



**DE DAMA A  
REINA DEL DESIERTO**

¡De prometida sorpresa del rey... a tener a tener un hijo suyo!

Cuando el reino de Riyaal se quedó sin gobernante de forma trágica, el príncipe Javid tuvo que dar un paso al frente para calmar la inquietud del pueblo. Era un famoso playboy que nunca se había imaginado que fuera reinar ni, desde luego, que tuviera que casarse por conveniencia con la dama de compañía Anaïs Dupont para obtener la corona.

Salida de entre las sombras y lanzada a un trono que no deseaba, Anaïs sabía que los votos matrimoniales serían temporales. Pero la luna de miel provocó en ellos mucho más de lo que prometía el acuerdo al que habían llegado, sobre todo porque la increíble química entre ambos tuvo sorprendentes consecuencias.

## *Capítulo 1*

**J**AVID Al-Jukrat no hacía promesas que no pudiera cumplir.

Reconocía sus múltiples defectos. De hecho, se beneficiaba de su fama de playboy, pero cumplía su palabra. Y su poder la respaldaba.

Por eso era un destacado diplomático y por eso su hermano, jeque de Jukrat, se mordía la lengua continuamente y daba a Javid la libertad de hacer lo que le gustaba y en lo que sobresalía.

Javid levantó la cabeza de la almohada de seda, abrió un ojo inyectado en sangre y lo fijó en el joven ayudante que se hallaba al pie de la cama.

Y Javid hizo una nueva promesa.

—Te triplicaré la paga de Navidad y te garantizaré un puesto de ayudante en cualquier ciudad del mundo, si te marchas y me dejas dormir una hora más. Sabes de sobra que puedo hacerlo.

Tenía la voz ronca y pastosa a consecuencia del exceso de bebida y del exagerado entusiasmo en una celebración de carácter carnal.

¿Quién iba a culparlo?

Le gustaba la compañía femenina y no temía verbalizar el placer que le proporcionaba una mujer cálida y complaciente en la cama. Y la actividad de la noche anterior había sido notablemente... atlética.

Abrió el otro ojo y suspiró aliviado al ver que estaba solo en la enorme cama. Aunque lo entusiasmaba tener compañía, no consentía que sus invitadas se quedaran a dormir si su permiso, que rara vez concedía.

Volvió a centrar la atención en su ayudante, en cuyo rostro había una mueca de frustración. Al joven le había resultado insultante su propuesta.

—Alteza, no estaría cumpliendo con mi deber si no le informara inmediatamente de los temas delicados que surgen.

Javid gimió, se puso una almohada en la cabeza y consiguió no oír el resto del ofendido discurso. A pesar de su alivio al ver que estaba solo, deseaba que volviera la vibrante pelirroja que lo había mantenido ocupado hasta la madrugada.

Estaba convencido de que Wilfred no lo habría despertado si ella hubiera estado en la cama. ¿Qué era tan importante para tener que sufrir a su ayudante reprendiéndole a las..., consultó su reloj, cinco y diecisiete minutos de la madrugada?

Pasaron varios minutos, pero Javid sabía que Wilfred no había salido discretamente de la habitación. Notaba su mirada condenatoria.

Apartó la almohada con un gruñido y se incorporó sin hacer caso del dolor de cabeza que le anunciaba una terrible resaca.

—Piénsalo bien antes de seguir, Wilfred. A no ser que este asunto concierna al bienestar de mi hermano, mi cuñada, mi madre o algún otro familiar, puedes que te quedes sin trabajo.

Wilfred reconoció el tono de advertencia en su voz que utilizaba en las relaciones diplomáticas y le permitía conseguir lo que deseaba.

—¿Y bien? —preguntó con impaciencia.

Wilfred tragó saliva y sacó pecho. Javid lo había contratado por esa determinación de hierro. Nunca se echaba atrás, por mucho que lo atacara. Muy pocos soportaban sus estados de ánimo. Lo sabía porque había tenido seis ayudantes en tres años. De momento, Wilfred llevaba año y medio con él.

No duraría mucho más si continuaba allí plantado sin decir nada.

Como si hubiera percibido el inminente estallido, el joven alzó la cabeza. Y Javid, aunque no creía en las premoniciones ni en el destino, reconocía el remordimiento y la aprensión.

La vacilación, la precaución, ¿la lástima?

Todas esas emociones cruzaron por el rostro de Wilfred. Lo que fuera a decirle no sería agradable.

—Se trata de Sus Majestades, el rey Adnan y la reina Yasmin de Riyaal —dijo Wilfred.

Javid soltó el aire aliviado. Las únicas personas que verdaderamente le importaban eran su hermano, su cuñada Lauren y su sobrino recién nacido. También le importaban los habitantes de Jukrat, que su hermano

gobernaba, pero solo porque Tahir llevaba toda la vida preocupándose de sus súbditos, por lo que él también lo hacía.

Aparte de ellos... Pensó en su padre, que había muerto rechazándolo, que nunca había tenido una palabra amable para él.

Sonrió con amargura.

Javid le pagó esa injusticia con una vida de excesos que sabía que lo indignaba. Y se distanciaron mucho antes de que el anciano diera su último suspiro.

En cuanto a su madre...

Su sonrisa se evaporó. Ella no fingía quererlo ni él que le importara. Le consentía utilizar desvergonzadamente su apellido para progresar en los círculos sociales parisinos, siempre que no tuviera que soportar la indignidad de las cenas y reuniones que ella le exigía a Tahir.

En los cinco años anteriores solo habían intercambiado unas cuantas frases, la mayoría de ellas en la reciente boda de su hermano.

Miró a su ayudante con los ojos entrecerrados.

—Estos días en California han sido un regalo que me he hecho, después de pasarme meses enfrentándome a los numerosos problemas que tiene mi primo en su reino. Lo sabes porque me buscaste una semana en el calendario libre de compromisos laborales, ¿no es así? Y, si lo recuerdas, te di unos días libres para que te divirtieras en un hotel de cinco estrellas.

—Desde luego, Alteza.

Javid hizo una mueca. Por mucho que le dijera que lo llamara por su nombre cuando estuvieran solos, Wilfred se negaba a hacerlo.

—Entonces, ¿por qué vuelves a molestarme hablándome de Adnan y Yasmin?

Había cumplido la promesa hecha a Tahir. Había accedido a pasar seis meses en Riyaal para mejorar las terribles medidas políticas de Adnan, que se convirtieron en nueve, dado la deplorable situación del reino. Javid se había debatido entre la frustración, el enfado y la diplomacia.

Pero había cumplido con su deber ayudando a Adnan a evitar graves conflictos internacionales. Había dejado a varias personas de su confianza en puestos importantes para asegurarse de que el reino de su primo no se hundiera y de que sus descontentos súbditos no provocaran un golpe de estado.

Satisfecho por el trabajo bien hecho, se subió a su jet privado para volar a California a celebrar su éxito y su libertad. Y el comienzo había sido estupendo.

Por eso no entendía por qué Wilfred pretendía...

—Alteza, su hermano lleva horas intentando hablar con usted. Como no lo ha logrado, su ayudante me ha llamado al hotel.

Javid se puso tenso.

—¿Por qué?

Wilfred carraspeó.

—El helicóptero en el que viajaban el rey Adnan y la reina Yasmin para volver a su residencia de verano se estrelló ayer por la mañana. Lamento comunicarle que no ha habido supervivientes.

Javid se quedó petrificado y se le hizo un nudo en el estómago.

Aunque su primo hubiera sido obstinado, temerario y estúpido y no supiera gobernar, era pariente suyo. Y Yasmin estaba embarazada de su primer hijo.

El dolor se apoderó de él y lamentó sus crueles pensamientos de hacía unos segundos.

Se levantó y se acercó a la ventana, con vistas a Santa Bárbara. Ahora entendía por qué su ayudante lo había despertado. Tahir deseaba darle la noticia antes de que se enterara por alguna otra vía.

—Su Majestad continúa queriendo hablar con usted —le recordó Wilfred.

Javid suspiró. Le dio la impresión de que sus vacaciones estaban a punto de terminar de forma dolorosa. Tahir querría que acudiera al funeral y tal vez le pediría consejo sobre a quién entregar el trono que su joven primo había dejado vacío tan pronto y de manera tan trágica.

Mientras se dirigía al lujoso cuarto de baño comenzó a elaborar una lista de candidatos. A muchos les encantaría reinar, pero Javid sabía que solo unos cuantos serían capaces de hacerlo sin que el poder se les subiera a la cabeza y cayeran en los mismos errores que su primo.

—Comunica a mi hermano que hablaré con él dentro de un cuarto de hora. Y encárgate de las declaraciones pertinentes y de las coronas para mandar al palacio.

—Sí, Alteza.

Quince minutos después, Javid se había puesto un traje y una corbata negros. Se había afeitado la barba de una semana y peinado el cabello.

Esperaba en el estudio que se estableciera la conexión digital para hablar con su hermano.

El playboy había desaparecido en un tiempo récord y el diplomático había ocupado su lugar. Algunos compararían esa capacidad de cambiar con la de un camaleón. Él prefería pensar que era pura fuerza de voluntad. Sabía lo que quería y no tenía reservas para conseguirlo.

El rostro de Tahir apareció en la pantalla. Javid contuvo la respiración mientras le examinaba el rostro.

Sabía por qué lo hacía.

Ninguno de los dos había tenido una infancia feliz. La de su hermano, como heredero del trono, fue mucho peor. Javid sospechaba que su desvergonzada caída en toda clase de excesos había sido su forma de llamar la atención para desviarla de su hermano.

Tahir, recién casado y claramente feliz, daba muestras de dicha marital ante la mujer, su madre, que llevaba mucho tiempo haciéndole la vida imposible. Aunque Javid deseaba que Tahir fuera feliz, no conseguía creer que lo fuera. Por eso le examinó el rostro, para comprobar si su dicha era real o se trataba del falso afecto al que estaba acostumbrado por parte de su madre y de las mujeres que habían pasado por su vida sin que les hubiera consentido ni siquiera tocarlo, ya que sabía perfectamente que solo buscaban la oportunidad de disfrutar de su condición de miembro de la familia real, su riqueza, sus habilidades sexuales y la brillantez de su mente.

Tahir entrecerró los ojos como si adivinara lo que pensaba su hermano y lo desaprobaba. Javid lamentó el destello de ira que iluminó los ojos de Tahir antes de que adoptara una expresión neutra. Sabía que poner en duda su felicidad lo consideraba un grave insulto.

—¿Seguro que han fallecido los dos? —preguntó en voz baja.

—Se ha confirmado. Se hará la declaración oficial esta misma mañana, pero ya se ha publicado en algunos medios.

—Organizaré mi agenda para poder acudir al funeral. Voy a elaborar una lista de candidatos para elegir a un gobernante interino hasta que se forme un consejo oficial para... —se calló al observar la peculiar expresión de su hermano.

—El consejo ya se ha formado.

Javid calculó la diferencia horaria y asintió.

—Nos hemos reunido esta mañana —prosiguió su hermano—. Habrías formado parte de él, si hubieras estado disponible.

Las palabras de Tahir, que llevaba la misma sangre guerrera que él en las venas, le produjeron un nudo en el estómago y le cortaron la respiración.

—Ahora lo estoy —dijo en tono seco. Había llevado a cabo su labor diplomática y se había ido muy contento.

Sin embargo, lo molestaba haberse perdido la reunión del consejo, pero, a largo plazo, ¿no implicaba una cosa menos que hacer?

Había anhelado ser libre desde que se dio cuenta de que estar con sus padres significaba ser objeto de rechazo y recriminaciones. Destacar en la carrera diplomática se convirtió en la manera perfecta de cumplir sus deberes reales y alejarse de su padre. Con solo veintiún años de edad, se fue de Jukrat, donde rara vez volvía.

Tenía casa en California, El Cairo, el Pacífico Sur y en otra media docena de lugares. Con un jet privado y fondos ilimitados a su disposición, se había forjado una vida solitaria, salvo cuando necesitaba compañía. Y no iba a disculparse por ello ni a cambiarla.

¿Y qué si despertarse frecuentemente con una mujer distinta comenzaba a cansarlo? Era una etapa pasajera. Su apetito era lo bastante sano para soportar un periodo de inactividad. O tal vez debería aventurarse en nuevos territorios, como comprarse el yate que llevaba tiempo deseando y navegar mar adentro con unas cuantas rubias a bordo.

—¿Ah, sí? —preguntó su hermano.

A Javid se le puso la piel de gallina, pero no hizo caso.

—Si no me has llamado para que te ayude a formar el nuevo consejo, ¿para qué me has llamado?

—Porque se han tomado ciertas decisiones que debes conocer.

—Si mi opinión no era necesaria, ¿por qué debo saberlas?

Tahir esbozó una leve sonrisa.

—No he dicho que no fuera necesaria. De hecho es vital.

—Ve al grano, hermano. Si no me necesitas, tengo varias reuniones esperando.



La sonrisa de su hermano desapareció y Javid contuvo la respiración.

—Te necesito, Javid, probablemente más que nunca, porque has sido el único candidato posible

—¿Candidato a qué? —preguntó en tono duro—. Mejor no, no me confirmes lo que creo que quieres decir —le advirtió, presa de una gran inquietud.

—Me resulta imposible no hacerlo. Sabes que Adnan no tenía más parientes cercanos que nosotros. Y yo estoy fuera de combate por razones evidentes, lo que implica...

—¡No! —Javid se levantó de un salto y se alejó de la pantalla como si poner distancia fuera a detener el tren que se abalanzaba sobre él a toda velocidad—. ¡Ni hoy ni mañana ni nunca!

El rostro de Tahir se endureció.

—Ya está decidido.

—Déjate de artimañas, hermano. Recuerda con quién estás hablando. Nada está decidido, sobre todo cuando una de las partes interesadas se resiste.

—Sé con quién hablo. Eres un rebelde consumado. Por un lado escandalizas; por el otro, haces milagros diplomáticos... cuando quieres. ¿Me estás amenazando con destruir todo lo que has ayudado a construir en Riyaal?

—Lo único que digo es que deberías habértelo pensado antes de presentarme lo que crees que es una decisión definitiva —afirmó Javid entre dientes—. Sobre todo cuando sabes que no quiero reinar. Hacerlo era tu destino, no el mío.

Su hermano torció el gesto, pero su expresión no era tan dura ni amarga como solía serlo. Javid se preguntó si sería obra de Laura. Daba igual. Su objetivo inmediato era librarse de la soga con que su hermano quería atarlo. —Te equivocas.

—¿Cómo? —preguntó furioso. Entendía la furia y la frustración que lo invadían, pero no le gustaba el presentimiento de que aquella conversación no iba a servir de nada, dijera lo que dijera.

—Entras en una habitación y haces que la gente cambie de opinión. Sales de ella y la vida de muchas personas mejora. Te engañas al creer que no tienes nada que ver con el resultado de tus actos, pero todo lo que haces modifica destinos ajenos. Dime, ¿no es eso una forma de gobernar?

Javid lo miró con la boca abierta, pero recuperó el dominio de sí mismo.

—No seas absurdo.

Tahir no respondió y se limitó a mirarlo fijamente.

—Tengo cuatro candidatos perfectos para que gobiernen de forma interina —le enumeró los nombres en los que había pensado antes de ducharse.

—Son estupendos para formar parte de tu consejo de asesores.

Javid se pellizó el puente de la nariz. El dolor inicial de las sienes, a causa de la resaca, se le estaba extendiendo a todo el cuerpo.

—No me escuchas.

—Claro que te escucho, pero mi instinto me indica que eres el candidato más adecuado para el puesto. Eres mejor que todos los demás juntos.

—Pero no tienes en cuenta una cosa: no quiero ese puesto.

La mirada de Tahir se endureció y, en ese momento, Javid vio a su padre. Aunque los ojos de su hermano no expresaran la censura y el desprecio permanentes de los de su progenitor, un escalofrío le recorrió la espalda.

—Pero eres sangre de mi sangre, Javid. Y Riyaal te necesita. Después de haberte esforzado tanto en ayudar a los súbditos de Adnan, ¿vas a fallarles ahora?

Era un golpe bajo. Sin embargo, en muchos aspectos, Javid respetaba la implacabilidad de su hermano. Era un rasgo que compartían y que utilizaba cuando le convenía. Lo habría decepcionado más que Tahir hubiera intentado engatusarlo.

Su furia aumentó al ver que su hermano hacía un gesto de asentimiento a alguien fuera de la pantalla. Y cuando llamaron a la puerta del estudio y entró Wilfred, Javid no tuvo que abrir la carpeta que colocó delante de él para saber lo que contenía.

Cuando Wilfred activó otra pantalla en la que apareció uno de los hombres en los que Javid había pensado para el puesto de gobernador interino, lo invadió una sensación de inevitabilidad. Fulminó a su hermano con la mirada.

—¿Qué hace él ahí?

—Tu ayudante y el que pronto será tu jefe de personal van a ser testigos, para que el proceso pueda iniciarse.

—Aunque creas que se trata de una conclusión inevitable, voy a imponer varias condiciones.

—Lee el documento y verás que ya he previsto algunas.

Javid centró su atención en el documento que sellaba su destino como gobernante de un reino que no deseaba. A mitad de la lectura, alzó la vista.

—¿Quince años? ¿Quieres que me comprometa a reinar quince años? Estás de broma, ¿no?

—¿Cuántos propones?

—Cinco —le espetó Javid pensando que era una oferta más que generosa.

—Doce.

—No, siete. Son más que suficientes.

—Diez. Sabes perfectamente lo que cuesta consolidar un buen gobierno.

Javid apretó los dientes. Diez años era lo que solía recomendar en las negociaciones diplomáticas que llevaba a cabo.

—Muy bien, diez años, ni un segundo más.

Javid siguió leyendo.

—¿Una esposa? ¿Quieres que me case y ya has elegido a la que será mi esposa?

—Por desgracia, hermano, el consejo considera que esa condición es innegociable. No estoy de acuerdo, pero ya se ha decidido. El día antes de la coronación, que será dentro de tres semanas, te casarás con la prima de la difunta reina.

## *Capítulo 2*

**E**L dolor de Anaïs Dupont se hallaba en una fase dominada por la cólera. Ya había pasado por la sorpresa, la negación y el llanto, tras haber visto el cuerpo de su querida prima descender a la tumba junto al de su amado esposo.

Ahora la dominaba la ira por la absurda muerte de su prima y por la del bebé al que ya no conocería.

Pero, sobre todo, la había enfurecido la noticia que le había llegado del palacio de Riyaal, tres días después del funeral; la indiferencia con la que la habían impedido volver a Francia, a petición del jefe del consejo del reino, cuya identidad era un misterio.

Y después le habían dado la noticia, que le había provocado un nudo en el estómago, de que iba a adoptar un nuevo papel que le revelarían a su debido tiempo. Como si no tuviera nada mejor que hacer que quedarse sentada cruzada de brazos.

Aunque, ¿no era eso lo que había hecho durante los tres años que había sido dama de compañía de su prima? Yasmin solo había sido una reina decorativa, un adorno del brazo de su esposo, que este sacaba y exhibía cuando era necesario y luego volvía a colocar en un lujoso estante, donde pasaba el tiempo organizando exquisitas meriendas y charlando con amigos y cortesanos.

Y su prima estaba contenta. Y radiante de alegría al quedarse embarazada.

Pero en momentos sombríos, Anaïs habría deseado haberse quedado en Francia y haber mandado una carta o un correo electrónico, en vez de haber ido a Riyaal a dar el pésame a su prima por la muerte de su madre.

¿Acaso, en los meses posteriores a su llegada, no había deseado haber reflexionado sobre la situación en que se hallaba, antes de cazar al vuelo la oportunidad de vivir en otro país?

Claro que, las cosas habían cambiado en los últimos tiempos, cuando su prima se había convertido en la reina de un país al borde de la crisis.

De repente, sus días dejaron de estar dedicados a cotillear mientras tomaba café con pastas, para emplearlos en calmar los nervios de su prima embarazada, que pasaba de las náuseas matinales a la preocupación por su esposo y por la agitación que reinaba en el país.

Anaïs había ocupado un puesto de relaciones públicas en Francia, y se dio cuenta de que el esposo de Yasmin, el rey Adnan, era un desastre en ese aspecto, lo cual era contraproducente para su gobierno. Por eso se alegró de que nombraran a un asesor independiente, un famoso diplomático contra el que Adnan había despotricado cinco minutos seguidos, antes de aceptar la oferta del jeque Tahir Al-Jukrat.

Anaïs había suspirado aliviada, pero solo hasta la primera vez que lo vio, cuando pudo confirmar todo lo que había oído sobre el príncipe playboy convertido en diplomático. Observó que cautivaba sin esfuerzo a todas las mujeres a su alrededor en la cena de bienvenida, su desvergonzada arrogancia y su seductora sonrisa, que hacían que las mujeres se acercaran a él como atraídas por un imán.

Salvo ella, desde luego.

Se mantuvo alejada de Javid Al-Jukrat esa noche y los meses siguientes y agradeció que se pasara la mayor parte del tiempo encerrado con el rey Adnan hablando de asuntos de estado y llevando a cabo la tarea que se le había encomendado.

Lo que hiciera por las noches no era de su incumbencia. Y si de repente se preguntaba cómo pasaría las horas entre el anochecer y el amanecer aquel hombre magnífico, y quién era la desventurada mujer que estaría en su lecho, sobre lo que había abundantes rumores, se reprendía a sí misma y continuaba con sus tareas.

Porque el gato escaldado del agua fría huía.

La amargura hizo que frunciera los labios.

Un playboy como el escandaloso príncipe fue el motivo de que Anaïs se alegrara de marcharse de Francia durante un tiempo y de que hubiera aceptado un trabajo en el que prácticamente no haría nada, pues era la oportunidad de lamerse las heridas en un reino situado en el desierto, a miles de kilómetros de su país, después de lo que Pierre le había hecho.

Todo porque se atrevió a creer que podría cambiarlo con su devoción por él, su inteligencia e ingenio. Pero resultó que su prometido, a pesar de

que afirmaba que era la mujer de su vida, prefería las curvas voluptuosas, la sexualidad explícita y la vacua adoración.

Y no a la sensata y pragmática Anaïs.

A la aburrida Anaïs.

Se contuvo para no recordar la última pelea que habían tenido y siguió deambulando por la suite. Llevaba casi dos horas aguardando. El avión que esperaba tomar había despegado hacía mucho tiempo. El coche que le habían regalado Yasmin y Adnan seguía en el garaje. Sabía que podía irse si de verdad quería hacerlo, pero la lealtad a su prima se lo impedía, además de la necesidad de asegurarse que no iba a romper ningún protocolo establecido por los reyes. Tal vez, en el fondo, sentía curiosidad por el nuevo papel que querían asignarle.

La ira dio paso a la ansiedad. Conocía los rumores que rodeaban la muerte de su prima y su esposo, como el de que el accidente del helicóptero no había sido cuestión de mala suerte.

El asesoramiento llevado a cabo por Javid Al-Jukrat en Riyaal había eliminado la creciente tensión. Aunque su reputación personal fuera escandalosa, su competencia profesional era impecable. Su liderazgo causaba entusiasmo.

En otras circunstancias, ella lo habría admirado.

No.

No podía admirar a un hombre semejante, a un donjuán que iba destrozando sentimientos a su paso de forma consciente o inconsciente. Los hombres como él eran monstruos incontrolables, incapaces de cambiar de comportamiento.

Mon Dieu, ¿por qué no hacía más que pensar en él?

Llamaron a la puerta. La abrió, dispuesta a dar rienda suelta a la ira.

—Ya era hora de que me dijeran qué pasa... —se quedó con la boca abierta al ver que la persona en quien estaba pensando se hallaba delante de ella.

Con su presencia, ocupaba la entrada, lo cual no era cualquier cosa, ya que la suite tenía una puerta de dos hojas. Pero del príncipe emanaba una fuerza que lo llenaba todo y que se extendió a medida que el silencio se prolongaba entre ambos.

Ella alzó la mirada y se encontró con unos ojos tan brillantes como el sol del desierto en el crepúsculo. Uno ojos que la cautivaron, mientras

observaba su color. No eran castaños como los de su hermano, sino del color del bronce y obligaban a quien los miraba a seguir haciéndolo porque poseían una cualidad hipnótica.

—Y si no, ¿qué haría, señorita Dupont?

El tono burlón la devolvió a la tierra. Bajó la vista liberándose de la fascinación de aquellos ojos. Pero su mirada se detuvo en los labios que esbozaban una sonrisa sardónica.

A Javid Al-Jukrat le gustaba tratar a las mujeres como si fueran juguetes. A las que no acababan en su cama las trataba con divertido desdén y las desechara como si fueran inferiores.

Anaïs notó el poder y la autoridad que emanaban de él y volvió a recordar por qué se había mantenido alejada.

A diferencia de otros miembros de la nobleza, no vestía a la manera tradicional. Los trajes hechos a medida resaltaban un físico sin tacha. Desde el negro cabello hasta la punta de los zapatos italianos desprendía una seguridad en sí mismo que a ella le ponía los pelos de punta.

Él tardó unos segundos en darse cuenta de que ella apretaba los dientes y tenía los puños cerrados.

—¿Va a contestarme o me va a pegar? —preguntó enarcando una ceja, divertido.

Ella vio que, detrás de él, había una docena de guardias a lo largo del pasillo y frunció el ceño.

—¿Qué hacen aquí?

—Invíteme a entrar.

—¿Por qué iba a hacerlo? Obviamente se ha equivocado de habitación.

Esta es mi suite privada.

—Lo sé perfectamente, señorita Dupont.

—Estoy esperando a quienes hayan convocado esta reunión para que me den explicaciones. Tengo que marcharme.

Toda señal de diversión desapareció del rostro de él.

—¿Dónde?

Ella miró el reloj en busca de algo que la aliviara de la fuerza de su presencia.

—A mi casa, a Francia. El avión que iba a tomar hace una hora que ha salido. No pienso perder el siguiente.

—Eso no va a suceder.

—¿Qué quiere decir?

Él dio un paso hacia delante, lo que la obligó a retroceder. Parpadeó atónita al ver que él cerraba la puerta.

—No lo he invitado a entrar.

—Espero que, al final, me disculpe por la descortesía.

—¿Cómo dice?

Él pasó a su lado y se dirigió al espacioso salón que había al lado del dormitorio.

Furiosa, ella lo siguió, incapaz de apartar la vista de sus hombros y de su cuerpo, que se introducía con gracia animal en su espacio personal.

Él se detuvo junto a la chimenea y se volvió hacia ella.

—Siéntese, señorita Dupont.

Ella abrió la boca para protestar, pero se mordió la lengua. Fuera lo que fuese lo que Javid Al-Jukrat quería decirle no podía ser nada personal. Él la había considerado intrascendente la primera vez que se habían visto y ella le pagó con la misma moneda durante los meses siguientes. Pero sabía que el consejo se había reunido después del funeral y creía que Javid tendría información al respecto que ella desconocía.

En cualquier caso, pertenecía a la familia real, por lo que no podía echarlo.

Se sentó lo más lejos posible de él. Alzó la barbilla y enarcó una ceja.

—Solo hace unos días que enterramos a su prima. ¿Qué prisa tiene por marcharse?

—No sabía que mis actividades fueran asunto suyo ni que deba pasar el duelo del modo que a usted le convenga.

Observó que él apretaba los dientes, lo que le indicó que no estaba tan tranquilo como quería aparentar.

—Su puesto aquí era el de dama de compañía y confidente de la reina, ¿verdad?

—Me parece que ya conoce la respuesta.



—Es que me desconcierta que tenga tanta prisa por marcharse. ¿Hay esperándola otro trabajo en el que no tenga que hacer casi nada?

Anaïs se dijo que el calor que sentía en las mejillas era producto de la ira, no de la vergüenza. Él no tenía derecho a despreciarla de ese modo.

—¿Ha venido a insultarme, Alteza? —preguntó con toda la frialdad de la que fue capaz.

—Ha formado parte de la casa real el tiempo suficiente para saber que las apariencias lo son todo. —¿A qué ha venido?

Durante unos segundos, él miró al vacío. ¿Reflexionaba sobre lo que iba a decir o no deseaba decirlo? Después su mirada se agudizó y sus ojos adquirieron el brillo dorado que la fascinaba.

—En aras de la claridad, tengo que decirle que he sido yo quien ha convocado la reunión.

Ella tragó saliva.

—Muy bien, ¿para qué? —preguntó con voz levemente temblorosa.

—Era confidente de la reina, de lo que deduzco que es capaz de ser discreta.

Aún más enfadada, ella se levantó de un salto.

—No sé por qué sigue insultándome veladamente. ¿Es así como trata a las mujeres que no caen rendidas a sus pies?

Él volvió a esbozar una sonrisa, lo que hizo que ella dirigiera la vista hacia su labio inferior, demasiado carnoso y sensual para ser de un hombre. E inmediatamente pensó en lo que ella haría con esos labios, mientras la excitación se apoderaba de su cuerpo y se le concentraba en la pelvis, lo que le recordó que, aunque llevaba tiempo sin buscar la atención de un hombre, seguía siendo de carne y hueso.

Virgen, ciertamente, pero una mujer.

—Solo intento determinar cuál era su cometido en el palacio.

—Claro. Y yo soy la virgen María.

Él enarcó las cejas y contuvo la risa.

—Muy interesante.

—No, no lo es —exclamó ella, molesta consigo misma por lo que estaba pensando—. Acabemos de una vez, por favor. Y antes de que diga nada más, sepa que nunca me he dedicado a cotillear en palacio.

Él asintió.

—Muy bien, le conviene no hacerlo.

—¿Por qué?

—Porque su siguiente papel aquí va a ser más complicado que sentarse a beber té y a hablar de la Semana de la Moda en París.

—Voy a ahorrarle problemas, alteza. No deseo un nuevo puesto. Tengo hecho el equipaje y me marcho esta tarde.

—El equipaje se puede deshacer —afirmó él, como si ella fuera idiota.

Anais respiró hondo con la esperanza de que se le despejara la cabeza y le desapareciera la desagradable sensación que había dejado de controlar su vida.

Él se le acercó lentamente, como si tuviera todo el tiempo del mundo o no quisiera asustarla. Pero a cada paso, ella notó que su tranquilidad desaparecía. Cuando se detuvo a pocos metros de ella, con las manos en los bolsillos, ella tragó saliva de forma convulsiva.

—El anuncio oficial tendrá lugar esta mañana, pero he venido a comunicarle que ha sido ascendida del puesto de organizadora de meriendas al de reina de Riyaal.

Sus palabras resonaron en los oídos de ella hasta que consiguió procesarlas. Lo miró en estado de shock.

—Quoi?

Durante unos segundos deseó no haberse puesto en pie. Apenas había comido desde la muerte de su prima y la pena le perturbaba el cerebro, pero no podía ser que le hubiera oído decir que...

Negó con la cabeza. Era imposible que lo hubiera dicho.

—Lo he dicho —murmuró él, lo que hizo que ella se percatara de que había verbalizado las últimas palabras.

Anais volvió a negar con la cabeza.

—Se equivoca. No puedo ser reina.

—Me temo que ya se ha decidido.

—¿Se teme que ya está decidido? Pues que se revoque la decisión. No puedo ser reina —repitió ella con más firmeza.

Él alzó la cabeza y su rostro adquirió una expresión implacable y regia que demostraba que pertenecía a la realeza. Aunque había pasado casi toda su vida adulta en Occidente, poseía la sangre y el vigor de un guerrero árabe.

—El consejo se reunió hace una semana. Está decidido.

—¡Pues revoque la decisión!

—Parece que cree que puede decidir sobre este asunto.

El tono cínico de su voz hizo que le mirara el rostro, que mostraba cierta resignación. Pero antes de que pudiera descifrar a qué se debía, él volvió a hablar.

—No se trata de un concurso en que se pueda elegir a otro ganador, si el primero no está conforme o no está disponible. Usted es la única que aparece en la lista.

Sus palabras la alarmaron aún más, pero ella desechó la alarma diciéndose que aquello era absurdo.

Y que debía tomar un avión.

Se dirigió al dormitorio, sin hacer caso del temblor de sus piernas. Agarró la bolsa de viaje, se volvió y se quedó petrificada al ver que él la había seguido.

—Veo que sigue creyendo que va a marcharse.

—Es la ventaja de vivir en el siglo xxi, Alteza. Puedo hacer lo que quiera. Diga al consejo que busque a otra que quiera ser reina. No me interesa el puesto.

Él sonrió con cierta tristeza.

—Por desgracia para usted y para mí, eso no significa nada.

El tono grave de sus palabras la conmocionó.

—Eso es absurdo.

—No lo es —declaró él en tono serio.

Ella se le acercó. Él no se movió. Seguía teniendo las manos metidas en los bolsillos.

—Haga el favor de apartarse, Alteza.

Él abrió los ojos un poco más, lo que le indicó que lo había sorprendido, pero decidió no analizar por qué eso la excitaba.

—Al menos, el proceso no será aburrido —dijo él en tono duro.

—¿Por qué ha venido usted a darme la noticia, en vez de los miembros del consejo? Adnan era su primo, pero... —Pero ¿qué?

—El funeral ya se ha celebrado. ¿No debería usted volver al lugar del que procede?

—Necesitan que esté aquí. Se diría que es esencial.

Ella notó que le dolía la mano de la fuerza con la que estaba agarrando la bolsa de viaje.

—Si el consejo ha elegido a la reina, supongo que también habrá elegido al rey —el corazón comenzó a latirle a toda velocidad al mirarlo al rostro. Él no respondió, sino que se limitó a sostenerle la mirada.

—¿Alteza?

—Llámame Javid. Cuando estemos solos, puedes hacerlo.

—¿Por qué íbamos a estar solos de nuevo?

—Porque, como has supuesto, el consejo ha elegido al nuevo rey.

Un montón de sensaciones la asaltaron al comprender la verdad que el rostro de él manifestaba.

—Acabemos con el suspense. Dentro de diez días subiré al trono de Riyaal y recibiré la corona como nuevo rey. Poco después, usted, señorita Dupont, será coronada reina.

Javid se dijo que no debía sentirse insultado por el rechazo inmediato que siguió a la sorpresa que ella experimentó. Un rechazo que prosiguió, mientras negaba con la cabeza y se alejaba de él.

—Non.

Él apretó los dientes, alterado y enfadado por la reacción. Era el mismo desdén que le había demostrado al conocerse, hacía meses, cuando él llegó a Riyaal.

Apenas los acababan de presentar y ella lo miró como si fuera invisible y se pasó el resto del banquete sin hacer caso de su presencia. Estaba acostumbrado a las mujeres que fingían no prestarle atención, una artimaña que desaparecía en el transcurso de la cena o durante la noche.

No fue el caso de Anaïs Dupont

Había mantenido una actitud distante las escasas veces que se habían visto tratándolo como si fuera una molestia de la que no podía librarse. Y

él no se había dado por aludido porque tenía demasiado trabajo resolviéndole a su primo los problemas.

Pero ya no podía pasarlo por alto.

No solo rechazaba ser reina, sino que la trastornaba la idea de casarse con él. Lo excitó el desafío que le suponía. Hacía tiempo que no se enfrentaba a uno de esa clase. Paladeó con gusto la palabra que salió de su boca:

—Sí.

Ella lo miró con los ojos como platos y él le pareció que se veía absorbido por su color turquesa. Desechó la sensación, molesto consigo mismo.

Los miembros del consejo se habían ofrecido a darle la noticia a ella, pero él se había negado.

Aquella mujer le planteaba un reto al que no podía resistirse, pero también quería darle la noticia personalmente. Era diplomático y sabía cuándo había que negociar.

Su resistencia y rechazo seguían irritándolo. Pero su piel pálida y sin mácula, que deseaba acariciar, hizo que la sangre se le acumulara en la entrepierna y le despertó los sentidos como hacía tiempo que no le sucedía.

—A la reina se la elige entre los parientes directos. Supongo que eso ya lo sabías.

Ella asintió con brusquedad. El cabello que llevaba recogido en un descuidado moño estuvo a punto de soltársele. Nunca la había visto con el cabello suelto. Y reprimió el deseo de introducirle los dedos en él.

¿Qué le pasaba?

Creía haberse quedado satisfecho con las rubias y pelirrojas de California. Aquella situación le estaba haciendo mella. Debía volver a California a gozar de su libertad.

—Entonces, sabes que, como único pariente vivo de Yasmin, según la ley de Riyaal, eres la única opción.

Ella cerró los ojos con fuerza. Casi contra su voluntad, él se le acercó hasta que le llegó su aroma a flores. Lo inhaló lentamente. Prefería los aromas afrutados a los florales en una mujer, pero aquel, que creyó que era a lilas, lo intrigó y volvió a aspirarlo. Y lo hizo otra vez.

—Tiene que haber otra solución —dijo ella con voz implorante. —  
¿Por qué te comportas como si fuera una condena a prisión?

Ella parpadeó. Los ojos se le llenaron de un enojo que los hizo brillar.

—Aunque no dejes escapar la oportunidad de llevar la corona de tu primo, yo no quiero aceptar un puesto para el que creo que hay otras personas más capacitadas.

—¿Crees que no lo estás, después de tantos años sin hacer nada?

—No he estado sin hacer nada. He dado mi apoyo cuando ha sido necesario.

—Entonces no tienes que preocuparte. Si lo prefieres, puedes seguir sin hacer nada cuando seas reina. Lo único que te pido es que, de vez en cuando, te intereses por la gente.

Ella comenzó a temblar y a respirar agitadamente. Él le miró los senos y el atractivo escote del vestido. La oleada de deseo que lo invadió lo sorprendió. Era evidente que sus aventuras californianas no le habían quitado las ganas.

—No sabía que estuvieras sordo. No habrá boda. No voy a ser tu reina. Búscate a otra.

—Ah, me desafías. No sé qué me gusta más: una reina reacia o su capitulación final.

Antes de que ella pudiera contestar, él alzó la mano y ella no dijo nada.

—Al entrar a formar parte de la casa real firmaste una serie de documentos, entre ellos el de tu consentimiento a ocupar cualquier puesto que el rey te pidiera. Y este rey te ha elegido como reina. Te aconsejo que te acostumbres rápidamente a la situación. La noticia de la boda se hará pública mañana. La boda tendrá lugar a final de mes. Y, aunque solo sea por Yasmin y por todo lo que apreciaba, te presentarás.

## Capítulo 3

**I**BA a ser reina. Llevaba dos semanas intentando hacerse a la idea.

Al mirar a su alrededor, nada le parecía normal. Había sido lanzada a lo desconocido.

Iba a ser reina, a pesar de toda su resistencia.

Estuvo tres días intentado convencer al consejo para que cambiara de idea. Javid rebatió todos sus argumentos con esa mueca burlona que hacía que ella le mirara continuamente los labios.

Pero en su cabeza seguían resonando las últimas palabras de Javid: «Por Yasmin y por todo lo que apreciaba...».

¿Fallaría a Yasmin por su vehemente negativa? ¿Y si cualquier otra persona era incluso peor de lo que se temía que sería ella?

A medida que pasaban los días, esas palabras le pesaban más y el hecho de que el consejo se negara a elegir a otra persona, por el acuerdo que ella había firmado, eliminó los últimos restos de su resistencia.

Los preparativos de la boda habían comenzado. La semana anterior habían llegado diseñadores de París, Milán y Nueva York. Una semana después se celebraría una ceremonia para hacer oficial su nombramiento, algo que aún la conmocionaba.

Se hallaba en el salón de sus nuevos aposentos. Había exigido vivir en la suite de su prima. Si no podía elegir su destino, al menos podía decidir dónde dormir en el palacio. Pero, por desgracia, las únicas habitaciones disponibles se hallaban en el ala oeste, al lado de los aposentos de Javid, y se comunicaban por una puerta.

Anais no le dio importancia, al igual que cuando Javid había llegado al reino en misión diplomática, pensaba mantenerse alejada de él. El modo aséptico en que se había organizado la boda le parecía perfecto. Sería un matrimonio de conveniencia en beneficio de la estabilidad del reino, como

había dicho Javid. Que ella durmiera en la suite de al lado no significaría nada.

Salió a la terraza y aspiró el aire fresco de la tarde con la esperanza de calmarse, pero solo consiguió ponerse más ansiosa.

El nombramiento de Javid como rey de Riyaal había sido muy bien aceptado por la mayoría de la población. Una encuesta demostró que era más popular que su primo. Sin embargo, el puesto de ella había sido acogido con escepticismo, lo que a Anaïs la preocupaba.

¿Y si hacía desgraciados a sus súbditos?

—Señora, siento molestarla, pero tenemos que elegir las tarjetas que indican el lugar para sentarse.

Anaïs apretó los dientes. La presión en sus sienes aumentó. No quería ocuparse de aquello, pero sabía que nadie haría nada con respecto a la boda, si antes no contaba con su aprobación.

Respiró hondo y se volvió. Las tres mujeres que esperaban instrucciones la miraron con aprehensión y pesar. Y ella estuvo a punto de ponerse a gritar, pero alzó la barbilla y respiró hondo.

Debía a su prima hacer todo lo que estuviera en su mano por el reino que tanto había querido. Así que desempeñaría su función todo el tiempo que fuera necesario.

—Utilizaremos el papel de color crema y las letras de color azul oscuro, así como la cubertería del siglo XVIII que se empleará en el banquete de la coronación —dijo sonriendo.

Por suerte, la estaban ayudando sus largos años de experiencia en solucionar problemas en la empresa en la que había trabajado. Las horas siguientes las dedicó a tomar decisiones sobre una interminable lista de detalles.

Cuando comenzaba a querer darse un respiro, Faiza, la mujer que le habían asignado como secretaria y ayudante personal, funciones que Anaïs desempeñaba anteriormente, la miró sonriendo.

—Lo último que tiene que hacer esta tarde es merendar con Su Alteza.

—No recuerdo que estuviera en mi agenda.

—Espero que no le importe, pero el ayudante de Su Alteza me lo ha pedido y, he pensado que, como a esta hora ya habríamos terminado... Puedo anularlo, si lo desea.



Anais negó con la cabeza. De todos modos, tenía que aclarar ciertas cosas, así que era una buena oportunidad.

—No, está bien. Iré a merendar con él.

Aunque detestaba hallarse en presencia de Javid, no era necesario que todo el mundo se enterara ni tampoco lo era enemistarse con los que deseaban un poco de alegría tras la reciente tragedia.

Un cuarto de hora después, se quedó sola.

Entró en el vestidor y se miró al espejo. El traje de chaqueta de Chanel que llevaba puesto le serviría para su reunión con Javid. Abrió los armarios de cristal que contenían productos de maquillaje y accesorios.

Se pintó los labios de rosa con mano levemente temblorosa. Sus nervios aumentaron al recorrer el pasillo que conducía al despacho de Javid. Como había comenzado a suceder la semana anterior, al saberse la noticia de su nuevo puesto, todos se inclinaron ante ella.

Anais deseó volver a la época en que nadie le prestaba atención, cuando estaba al lado de Yasmin. Inmediatamente se reprendió a sí misma. Si pudiera volver atrás, lo primero que desearía sería que su prima siguiera viva.

Al llegar a las puertas de los aposentos de Javid, se le acercó un hombre de mediana edad que había sido el ayudante personal de Adnan.

—Su Alteza está terminando de hablar por teléfono. ¿Quiere entrar y esperar?

Ella asintió y lo siguió con la boca seca y los nervios a flor de piel. Miró a su alrededor buscando a Javid, que se hallaba sentado al escritorio y la miraba con una expresión de ferocidad que ella ya conocía.

Notó que hablaba en chino mandarín con fluidez y que el ayudante se había marchado en silencio. Y se dio cuenta de que se había quedado inmóvil en el centro de la habitación, detenida por el efecto hipnótico de la mirada de Javid.

Cada vez era más consciente de por qué las mujeres perdían la cabeza por él. Era por su forma de moverse, de mirar a una mujer excluyendo todo lo demás, como si, en ese momento, ella fuera lo único que existía. Pero se dijo que no iba caer presa de su encanto.

Había aprendido la lección con Pierre.

Recordarlo hizo que recuperara el movimiento, al mismo tiempo que él le señalaba con la barbilla dónde sentarse. Ella se volvió, contenta de

alejarse de su escrutinio. Solo entonces vio a un empleado al lado de un carrito de plata con diversos sándwiches, una tetera y una cafetera.

Anais se sentó en un sillón y se puso las manos en el regazo.

—¿Desea la señora té o café?

—Té con leche, sin azúcar —contestó sonriendo.

El empleado le sirvió el té, mientras ella oía que Javid acababa de hablar por teléfono.

Teniendo cuidado de no mirar en su dirección, agarró el plato de sándwiches y el té que le dio el empleado, los colocó a su lado y fijó la mirada en la taza. Javid murmuró algo en árabe al empleado. Ella lo hablaba y entendía muy poco.

Retrasó, hasta que el empleado se fue, el inevitable cruce de sus miradas.

—Ah, pensaba que no ibas a prestarme atención durante toda la reunión.

—Estoy segura de que no lo hubieras consentido —dijo ella en un tono más seco del que hubiera deseado, pero le resultaba imposible sentirse a gusto con él.

—Qué bien me conoces. No habría conseguido casi nada en la vida, si hubiera permitido que esas cosas me detuvieran. Come algo.

Ella se había tomado varios descansos a lo largo del día, pero el nudo que tenía en el estómago le había impedido aprovechar el impecable servicio de comedor del palacio.

Como si Javid tuviera la culpa, le rugió el estómago, lo que hizo que se sonrojara.

¿Qué tenía Javid que la cohibía tanto?

—Me basta con el té, gracias. Si no te importa, me gustaría que me dijeras por qué estoy aquí.

Él dio un sorbo de café y se colocó el platito en la rodilla.

—Me ha parecido aconsejable que nos pongamos al día. ¿Los preparativos de la boda van bien?

Todo en él era indolente, lánguido, salvo la agudeza de sus ojos, que no se perdían nada. Ella se dijo que haría bien recordarlo.

Iba a darle una contestación superficial, pero se detuvo. Las mujeres se apresuraban a decir que todo iba bien, cuando no era así. Llevaba días topándose con un muro, pero decidió intentarlo por última vez.

—He trabajado en relaciones públicas y reconozco lo que puede acabar siendo un desastre. Aún estás a tiempo de cortar por lo sano.

—Tal vez debería hacerlo, ante tu actitud derrotista.

—No soy derrotista, sino pragmática.

—Es evidente que llevas mucho tiempo alejada del campo de las relaciones públicas. ¿No deberías intentar hallar una solución, en vez de tirar la toalla antes de empezar? ¿Eso es lo que le aconsejarías a un cliente?

—Esto es mucho más importante.

—No lo es. Todo problema, grande o pequeño, tiene solución. Dime uno que consideres insuperable.

—Yasmin estaba embarazada cuando... El reino estaba exultante con la noticia. ¿Cómo vamos a enfrentarnos a la expectativa de que haya un heredero al trono?

Él apretó los dientes con tanta fuerza que ella creyó que se le iba a romper la mandíbula. Debería felicitarle al haber hallado un tema del que el gran Javid Al-Jukrat no se burlaba. Pasaron los segundos y creyó que no iba a contestarle. Lo hizo con voz gélida.

—Un hijo no forma parte de mis planes inmediatos, y supongo que tampoco de los tuyos, por lo que tendremos que contentar a los habitantes de Riyaal de otro modo.

Ella se quedó sin aliento. No debería haber imaginado ni por un momento que su respuesta sería distinta. Que su hermano, el jeque de Jukrat, adorara a su hijo recién nacido no implicaba que Javid estuviera deseando tener hijos. Y aunque lo estuviera, ¿se imaginaba que iba a ser con ella, cuando el suyo sería un matrimonio de conveniencia en el que no habría sexo?

—Sigo esperando que me respondas, Anaïs. ¿Tienes lo que hay que tener para luchar o vas a tirar la toalla antes de que te hayan coronado?

Era terco como una mula.

—Dieu aide moi —masculló ella.

—¿Invocas la ayuda de un poder superior tan pronto? —preguntó él en tono divertido. ¿No deberías esperar, como mínimo, a la primera semana de casados?

Él hablaba francés, claro.

—¿Te tomas todo a broma?

Una sombra de amargura le cruzó el rostro.

—Ni mucho menos, pero eso no quiere decir que no busque el placer, siempre que pueda —recorrió el cuerpo de ella con la mirada, lo que la dejó sin habla—. Hablando de placer...

—Perdona, pero no estoy dispuesta a hablar de ninguna clase de placer contigo.

—La pronuncias como si fuera una palabra ofensiva, habibti.

Anais sabía lo que significaba esa palabra y también que él estaba jugando al llamarla «cariño».

—Javid... —se detuvo a tomar aire.

Decir su nombre le provocó un calor que le abrasó el cuerpo. ¿Qué le pasaba? Nunca se había sentido así con Pierre. Y era el hombre con quien pensaba pasar el resto de su vida.

Pero también el hombre que la había decepcionado de forma humillante. Recordarlo fue como echar un jarro de agua fría sobre su ardor interior, lo que la calmó lo bastante para decir lo que pensaba.

—Tengo cosas que hacer, así que te agradecería que nos centráramos en los temas importantes.

—¿Crees que el placer no lo es?

—¿Y eso qué importa? —preguntó ella, cada vez más enojada.

—Estamos a punto de casarnos. ¿No piensas que tengo derecho a conocer tu vida sexual?

—¿Vas a contestar mis preguntas sobre el tema o se trata únicamente de que lo haga yo?

Él se recostó en el sofá y agitó una mano mientras la seguía mirando con ferocidad.

—Me parece justo que me hagas preguntas, puesto que yo te exijo el mismo grado de sinceridad.

Ella se esperaba una respuesta machista, como que, puesto que era un hombre, no debía darle explicaciones. Pero ahora que le había dado luz verde, Anaïs se dio cuenta de que no estaba dispuesta a preguntarle nada. No quería conocer los detalles de su vida sexual.

—Creo que la prensa sensacionalista da al detalle tus hazañas sexuales, en el caso de que me interese conocerlas.

—Me decepcionas. ¿No quieres recibir información de primera mano?

Además, me interesa saber qué opinión tienes de mí.

—Supones que tengo algún tipo de interés por ti.

La expresión de Javid se endureció durante una fracción de segundo.

—De cualquier modo, mis aventuras sexuales se acabarán inmediatamente, como es natural. Supongo que tú me asegurarás lo mismo.

Anaïs tuvo ganas de reír y de decirle la sorprendente verdad: no solo no tenía un amante, sino que nunca se había acostado con un hombre.

Al final decidió no hacerlo. Como mínimo, él se sorprendería, como otros cuando lo contaba. Pero lo más probable es que volviera a burlarse de ella. Y no lo soportaría.

—Contéstame, Anaïs.

Ella se sobresaltó, porque era una de las pocas veces que la había llamado por su nombre, con perfecto acento francés. Y la excitó.

—No tengo ningún amante.

Se dio cuenta que él no estaba tan tranquilo como parecía, porque dejó la taza y se acomodó en el sofá, mientras los ojos se le iluminaban con un brillo triunfal.

—Muy bien.

—Ahora que ya hemos solucionado ese tema, ¿hablamos de cuánto tiempo va a durar este... asunto?

—¿Cómo dices? —preguntó él en tono gélido y frunciendo el ceño.

—Los gobernantes van y vienen, aunque sean reyes. Aunque haya accedido a este matrimonio de momento, no creo que ninguna ley pueda mantenerme en él indefinidamente. Así que te vuelvo a preguntar cuándo recobraré la libertad.

A pesar de su propia reacción cuando Tahir le había comunicado que sería rey de Riyaal, a Javid lo desconcertó la intensa reacción negativa de ella. Estaba aplicando un doble rasero, desde luego, pero no era un hombre perfecto.

Que ella también quisiera ser libre debería haberlo alegrado.

Sin embargo, la idea de que se fuera antes del periodo al que él había accedido, lo enfureció de forma inquietante. Y que eso sucediera inmediatamente después de la intensa satisfacción que había experimentado al saber que no tenía un amante lo puso de mal humor.

El problema no podía ser él, obviamente. Se removió en el sofá, desconcertado. Debía de estar perdiendo facultades, si el enfrentamiento con una mujer difícil lo incomodaba tanto. Pero el reto que suponía lo animó a seguir.

—¿No crees que te estás precipitando? Puede que dentro de unas semanas te percares de lo mucho que te gusta ser reina. ¿No quieres esperar un poco antes de exigir la libertad?

Ella lo miró de un modo que le indicó que lo había calado. Pero no podía ser así, ya que nadie lo hacía.

—Tú no entras en negociaciones diplomáticas a ciegas, así que, ¿por qué esperas que lo haga yo?

—No lo hago a ciegas, pero sí con cierto grado de confianza.

Ella lo miró con los ojos como platos, porque no se esperaba esa respuesta. Javid sonrió. La mayoría esperaba de él soluciones rígidas, pero hacía tiempo que había aprendido a ser flexible para conseguir lo que se proponía.

—¿Te sorprende que tenga confianza?

Ella alzó la atractiva barbilla, lo que hizo que él se fijara en su rostro y en los carnosos labios que, para su gusto, se fruncían con demasiada frecuencia y deberían suavizarse con un beso.

Suyo.

—La confianza no está en mi lista de prioridades.

—¿Qué la encabeza? —preguntó él con curiosidad.

—Que un hombre sea honrado e íntegro y que, si hace una promesa, la cumpla.

La vehemencia de su respuesta aumentó su curiosidad.

—Entonces, voy a prometerte algo que te tranquilizará. Si te comprometes a ser reina, te quedarás sin motivos para reclamar la libertad.

Ella lanzó una carcajada.

—¿Te parece gracioso?

—Me divierte que creas que bastará con que pase por el aro para sentirme realizada. ¡Qué típico de un hombre!

—¿Me estás llamando machista? —El que se pica...

Javid se sintió levemente ofendido. Le habían llamado muchas cosas, pero no machista.

—Ya te he dicho que yo carezco de la confianza que tú posees — prosiguió ella—. Así que, ¿qué hacemos? Me gustaría que decidiéramos un periodo de compromiso. ¿Dos años?

—¿De qué tienes miedo?

Ella volvió a mirarlo con los ojos como platos durante unos segundos, antes de desviar la mirada.

—¿Por qué sigues intentando convertir esto en algo que no es? ¿No has pensado que estoy haciendo lo que me aconsejaste: anteponer los intereses del pueblo?

De repente, él se dio cuenta de lo que pasaba.

—¿Crees que no estarás a la altura de las circunstancias? — murmuró.

Se produjo un silencio.

Siempre que se habían visto, ella se había comportado como una mujer segura de sí misma, que no se andaba con rodeos ni respondía con evasivas, como hacían las mujeres que él solía tratar.

Ahora lo había dejado asombrado, pero fue al grano.

—¿Quién te ha hecho creer que no estás a la altura?

Ella lo miró, sorprendida, antes de adoptar una expresión neutra.

—Nadie. No sé qué te hace pensar eso.

Javid decidió aceptar su respuesta conteniendo la curiosidad.

—Entonces, demuéstrame que estoy equivocado.

Ella abrió la boca para contestarle, pero él alzó la mano.

—Estoy dispuesto a retomar ese tema más adelante, pero no habrá límite temporal.

No hizo caso de la voz interior que le reprochaba su hipocresía. Si ella seguía con él todo el tiempo que debía gobernar, se separarían sin resentimiento. Y si ella se marchaba antes... Apretó los dientes al comprobar de nuevo lo que lo disgustaba la idea.

Ella se levantó y él, como otras muchas veces, la miró de arriba abajo catalogando sus atractivos rasgos. Y eran numerosos.

No era su tipo, desde luego. Prefería a las mujeres con más curvas, pero su cuerpo sobresalía y se hundía en los puntos adecuados. Y en cuanto a su actitud insufrible, se la había encontrado con la suficiente frecuencia en su vida profesional para saber que una mujer que lo desafiaba en el plano intelectual lo atraía lo bastante en el físico para llevársela a la cama. Aunque no había planeado que eso sucediera entre ambos.

—Veo que no nos vamos a poner de acuerdo. De momento, vamos a dejarlo, pero no creas que no voy a sacar el tema de nuevo cuando me parezca conveniente. Olvidas que, como la reina que tantas ganas tienes de que sea, tendré poder para hacer lo correcto.

Él asintió.

—Te doy mi palabra de que volveremos a hablar de ello, si es necesario.

Una expresión atravesó el rostro de ella durante un segundo. De tratarse de otra persona, Javid habría dicho que era de gratitud, pero desapareció instantáneamente para ser sustituida por otra de desdén.

Tal vez se tratase de la desesperada necesidad de ganar, una actitud que había desarrollado porque de niño siempre perdía, pero supo que le causaría mucho placer borrar esa expresión del rostro de ella.

Anais no sabía que se había declarado la guerra entre ambos ni que la ganaría él.

—¿Hemos terminado?

Él esbozó una sonrisa.

—Ni muchos menos, ma petite. Acabamos de empezar.

Volvió a contemplar la expresión de su rostro, pero no se molestó en analizarla. La examinó de nuevo de arriba abajo y tuvo que contenerse para no desabrocharle el único botón de la chaqueta.



Quería explorar su delgada cintura y acariciarle las mejillas. Pero se obligó a permanecer sentado. No tenía sentido asustarla antes de que fuera reina. Ya habría tiempo de analizar ese extraño deseo de querer tocarla cuando estaba en su presencia.

—Pero sí, hemos terminado. Puedes irte.

Ella alzó la barbilla. Era indudable que se había ofendido. En ese momento, el teléfono del escritorio comenzó a sonar. No fue a contestar de inmediato, sino que se levantó y se acercó a ella, que se estiraba la falda.

Al ver que él la miraba, dejó de hacerlo y dio media vuelta de forma tan regia que él se preguntó si sabía que ya representaba el papel que iba a desempeñar.

—Anaïs.

Ella se armó de valor ante los escalofríos que la recorrieron al oírle pronunciar su nombre.

—¿Sí?

—Mañana se hará el ensayo de la coronación y unos días después el de la boda. Espero que acudas a ambos.

«¿De qué tienes miedo?».

Dos años antes, ella hubiera contestado que de nada. Pero las circunstancias le habían erosionado la seguridad en sí misma. Aunque odiara reconocerlo, por eso se había ido de Francia aprovechando la invitación de su prima.

«¿Vas a esconderte eternamente?».

La voz interior se parecía mucho a la de su madre. Por amor a su prima, cumpliría con su deber lo mejor que pudiera, pero seguiría reservándose el derecho a cambiar la opinión de Javid sobre su disponibilidad.

—Allí estaré.

Giró sobre los talones y salió del despacho con la cabeza muy alta.

## *Capítulo 4*

**E**N los días siguientes, Anaïs descubrió la habilidad de Javid para manipularla.

Cada vez que le pedía que se vieran, él se negaba cortésmente, y en cada acontecimiento social, y hubo muchos, le fue imposible hablar con él porque estaba rodeado de gente que reclamaba su atención.

Ni siquiera en la ceremonia de la coronación, a la que acudieron invitados de todo el mundo, pudo pasar unos minutos a solas con él. Tuvo que observar a varios metros de distancia cómo le colocaban la corona. Él alzó la cabeza con orgullo y proclamó solemnemente su compromiso con el trono y con sus súbditos.

Javid conocía sus inútiles intentos y se deleitaba en ellos.

No desaprovechaba la oportunidad de dirigirle una sonrisa burlona cada vez que ella abría la boca para dirigirse a él, pero la interrumpía un dignatario que debía hablar con Su Majestad urgentemente.

En un último intento desesperado, la noche antes de la boda, agarró el móvil para llamarlo, pero se dio cuenta de que no tenía su número. Como le daba vergüenza pedírselo a Faiza, le dijo a ella que lo llamara, pero esta le recordó que, por tradición, en Riyaal no podía haber ninguna clase de contacto entre los novios el día antes de la boda.

La última noche de su vida de soltera se acostó presa de turbulentas emociones. Al día siguiente, su vida estaría inextricablemente unida a la de Javid.

La mañana llegó muy deprisa. Con el corazón en la boca, Anaïs vio que Faiza le traía el desayuno sonriendo de oreja a oreja.

Desde que otros habían decidido su destino, lo único bueno que le había sucedido era la relación con su inestimable ayudante.

—Buenos días, Alteza.

—Faiza, no sé cuántas veces te he dicho que me llames Anaïs.

—Y yo le he dicho, Alteza, que no me puedo saltar el protocolo — protestó Faiza riéndose.

—Pues apúntate que es uno de los primeros protocolos que voy a cambiar.

—¿Eso quiere decir que está deseando casarse?

Anaïs reprimió un gemido de frustración. No la sorprendía que su astuta ayudante se hubiera percatado de su reticencia. Miró la bandeja de plata con el desayuno y tragó saliva.

—Haré lo que se espera de mí.

—Eso es lo único que desea el pueblo, Alteza. Sobre todo en estos tiempos difíciles —afirmó Faiza con solemnidad, antes de servirle el café—. La peluquera y sus ayudantes la esperan con impaciencia. Supongo que querrá estar sola unos minutos, pero no podrá hacerlos esperar mucho más.

Y así comenzó el día más largo de la vida de Anaïs.

Sus padres habían muerto y sus parientes franceses estaban demasiado lejos para haberlos invitados a la boda, por lo que intentó mantener a raya la soledad mientras las doncellas la vestían y preparaban.

Casi no se reconoció cuando se levantó para que le colocaran bien la cola del vestido.

En el espejo vio una figura alta y delgada con un vestido de color ámbar salpicado de piedras preciosas en el cuello y las mangas: zafiros, rubíes, amatistas y un gran diamante en el centro del cuello. Había otro igual en el centro de la tiara que llevaba en la cabeza y en el anillo de compromiso.

Se miró los delicados dibujos de jena de las manos. La ceremonia más tradicional se celebraría esa noche, pero le habían puesto la jena antes para que estuviera lista para el acontecimiento.

Javid y ella habían acordado, a través de los coordinadores de la boda, que tendría lugar una ceremonia occidental y otra tradicional. En Riyaal había varias religiones, por lo que estaba contenta de que la boda se celebrara de ambas maneras.

Cuando las puertas de la suite se abrieron, sintió un escalofrío.

—Ya es la hora, Alteza —musitó Faiza.

Una última mirada al espejo le devolvió la imagen de una mujer aparentemente serena. Anaïs rogó que la ilusión se mantuviera. Se dio la vuelta y salió sin apenas hacer ruido con las sandalias de tacón incrustadas de joyas a juego con las del vestido.

Decenas de empleados del palacio se hallaban alineados a lo largo de los pasillos para verla. Ella esbozó una sonrisa forzada. Al salir a la luz del día, agradeció que el velo la protegiera del sol.

Al pie de las escaleras del palacio la esperaba una limusina. La sorprendió ver en su interior a una mujer con un vestido verde esmeralda que le realzaba los ojos del mismo color y el hermoso rostro.

La mujer se inclinó hacia delante y sonrió, cuando Anaïs se acercó a la puerta.

—Sé que no forma parte del protocolo, pero, cuando Tahir me dijo que no tenía dama de honor, me ofrecí voluntaria, al menos hasta la catedral. Espero que no le importe.

Anaïs se percató de que se trataba de Lauren Al-Jukrat, la esposa de Tahir, rey de Jukrat, y madre de su hijo recién nacido.

—No me importa, pero ¿está segura?

—Me hago idea de lo que significa estar lejos de la familia en esta situación. Al menos, charlaremos de trivialidades para que no piense en lo nerviosa que está.

Anaïs le sonrió, pero sus nervios aumentaron. Lauren llevaba poco tiempo reinando, pero sus súbditos estaban encantados con ella. El impacto que había causado como enviada del reino a Naciones Unidas había dado lugar a elogiosos titulares en todo el mundo.

—No creo que sea capaz de charlar de cosas sin importancia, Majestad —dijo Anaïs, una vez que Faiza la ayudó a subirse a la limusina, que arrancó en dirección a la catedral, donde tendría lugar la ceremonia.

—Llámame Lauren, por favor. Me halagas, pero creo que mi hijo de seis meses no es de la misma opinión —el amor y el cariño que transmitía su voz eran inconfundibles.

—¿Dónde está el príncipe?

—Con su padre y la niñera. Y te aseguro que uno de los dos está contando los minutos que faltan para que regrese y vuelva a desempeñar mis funciones de madre y esposa —afirmó Lauren de buen humor.

A Anaïs le conmovieron el amor y la adoración que transmitían sus palabras. Aunque no se creía lo que publicaba la prensa sensacionalista, no le había pasado por alto la mutua devoción que Lauren y su esposo sentían. Circulaba el rumor de que habían salido en la universidad y se habían reencontrado posteriormente y descubierto que experimentaban sentimientos más profundos.

Anaïs se reprochó los celos que sentía. Solo ella tenía la culpa de no saber que una persona no cambiaba porque otra así lo deseara, de no haberse dado cuenta de que las afirmaciones de Pierre de que había dejado de ser un playboy eran mentira.

Creía que lo había hecho cambiar. Ella, una virgen que huía del riesgo y a quien no habían besado de verdad hasta los veintiún años, como le confesó a Pierre ante su frustración por tener que esperar a la noche de bodas para acostarse juntos.

Qué arrogante había sido al creer que había tenido éxito donde su madre había fracasado, al intentar domar a los canallas con los que salía.

—Ya hemos llegado, Anaïs.

Sobresaltada, vio que habían aparcado delante de la catedral. Al menos, Lauren estaba en lo cierto: había conseguido que no pensara en lo nerviosa que estaba ante lo que le esperaba tras los muros de la catedral de Riyaal.

Pero ahora que estaban allí y que faltaban unos minutos para que viera a su futuro esposo, los nervios se transformaron en náuseas.

—Te prometo que todo saldrá bien —dijo Lauren poniéndole la mano en la rodilla.

Anaïs respiró hondo y asintió.

Se estaba comportando como una tonta. Había dejado claras sus intenciones durante las semanas anteriores y sabía lo que la esperaba como esposa de Javid.

Sin embargo, él no le había dado la oportunidad de hablar de una cosa.

El sexo.

Concretamente, de qué pensaba hacer él al respecto. Estaba muy bien lo de que no volviera a verse con sus antiguas amantes, pero no habían hablado de las futuras.

Ni de que, a ella, la mera idea le... —¿Anaïs?

Se bajó del coche y reprimió un grito cuando la multitud que llenaba la plaza frente a la catedral la vitoreó.

—¿Lo ves? Ya te quieren —murmuró Lauren a su lado.

Ella negó con la cabeza.

—A todo el mundo le gusta una boda real. Solo soy el último tema de conversación de las redes sociales.

—No me lo parece, pero ya te darás cuenta tú sola —le apretó la mano, antes de marcharse seguida por sus guardaespaldas, a los que Anaís no había visto hasta ese momento. Se quedó sola delante de la alfombra roja flanqueada por soldados vestidos de gala.

Sonaron trompetas procedentes del tejado. La multitud volvió a vitorearla.

«Puedes hacerlo. Por amor a Yasmin, por el afecto que te demostró cuando estabas hundida. Haz que su pueblo sea feliz, aunque solo sea durante un tiempo».

Anaís adelantó un pie y luego otro agarrando cada vez con más fuerza el magnífico ramo de rosas y orquídeas y con el corazón desbocado al contemplar a las miles de personas congregadas que la miraban con avidez.

El corazón estuvo a punto de salirse por la boca al divisar a Javid.

Como nuevo comandante en jefe del ejército, se había puesto el uniforme púrpura de gala, en el que lucía las medallas que había ganado durante su breve periodo en el ejército de Jukrat.

Por primera vez desde que lo conocía, no tenía una actitud indolente. Estaba muy erguido y orgulloso. El cabello le brillaba, estaba bien afeitado y la sensual curva de su boca presentaba un inusual rictus de seriedad.

Fijó los ojos en ella con fiera intensidad, lo que la dejó sin el poco aliento que le quedaba.

En resumen, Javid Al-Jukrat, recién coronado rey de Riyaal, parecía un rey guerrero moderno, por lo que intimidaba ser el centro de su atención.

Por suerte, Anaís consiguió no tropezar al acercarse a él, que le tendía la mano con autoridad.

Alguien le quitó el ramo y ella dio la mano derecha a Javid, lo cual hizo saltar chispas en su interior. A pesar de las veces que se habían visto, era la primera vez que se tocaban.

Y aunque ella quiso atribuir a los nervios el nudo que se le había formado en el estómago, supo que se debía a Javid, no a las circunstancias.

Ella movió levemente los dedos, ansiosa por soltarse de su mano.

Él la miró y, para colmo, se llevó la mano de ella a la boca y la besó en los nudillos, lo cual provocó el murmullo de la gente. Ella lo miró para comprobar si había recuperado su expresión burlesca.

Pero no era así.

Su expresión era aún más feroz. Le brillaron los ojos mientras le recorría el cuerpo con la mirada absorbiendo cada detalle.

Si cualquier otro hombre la hubiera mirado así, Anaïs lo habría considerado una manifestación de instinto posesivo que proclamaba al mundo que la futura reina pertenecía al rey.

Pero había un acuerdo entre ellos. En un matrimonio de conveniencia no había sitio para la posesión ni para las promesas que la mirada de él le transmitía y que ella no tenía interés alguno en que cumpliera.

Promesas que la asustaban, porque eran sentimientos como los que su madre intentaba provocar en sus parejas para despertar su interés; un interés que se desvanecía al cabo de unas semanas, por lo que se volvía a encontrar sola y camino de una nueva depresión.

Esa repetida secuencia de la vida de la madre hizo que Anaïs se jurara que no se dejaría llevar por la emoción ni los sentimientos, que no daría ni la hora a un donjuán ni le entregaría las riendas de su bienestar emocional.

¿Acaso no se había ido al otro extremo del mundo para alejarse de su exprometido, al que creía haber hecho cambiar, cuando él se había limitado a no mostrarse como era en realidad?

Tragó saliva y él le apretó la mano. Cuando ella volvió a mover los dedos, la soltó. Al situarse frente al cardenal, Anaïs se repitió que nada cambiaría. Su corazón permanecería protegido y a salvo dentro de la fortaleza que le había construido. Y ni chispas ni fuegos artificiales lo pondrían en peligro.

Pronunció los votos. Ya era oficialmente Anaïs Jukrat Al-Riyaal y su esposo estaba a punto de levantarle el velo para darle el beso.

El oxígeno huyó de sus pulmones y el esfuerzo de creer que no iba a afectarla le puso los nervios de punta.

—Tranquila, ma petite. No pretendo besarte hasta hacerte perder el conocimiento delante de nuestros invitados. Estás a salvo —le susurró él.

Ella emitió un leve gemido, cuando le puso las manos en los hombros. Algo mareada por la falta de aire, Anaïs agravó sus problemas al mirar la boca que se le acercaba inexorablemente.

Mon Dieu, ¿habría otro hombre con labios más pecaminosos que los de Javid? Eran unos labios que prometían el paraíso.

Un instante después, recibió la respuesta, cuando esos labios rozaron los suyos, una vez, dos veces: probablemente no la había.

A la tercera caricia, él los apretó contra los de ella. Las chispas se convirtieron en llamas y los escalofríos en descargas eléctricas. Lo agarró de los brazos poniéndose como excusa que debía hacerlo porque los estaban mirando, cuando lo cierto era que no había podido evitarlo, como tampoco que otro traicionero gemido saliera de su boca, cuando él le rozó los labios con la punta de la lengua.

Los aplausos de los invitados la devolvieron a la realidad. Él sonreía con masculino orgullo y al cabo de unos segundos se inclinó para susurrarle al oído:

—Me encanta tu mirada de conejo sorprendido por los faros de un coche, pero tal vez podrías intentar sonreír para que nuestros invitados no crean que te han traído a rastras al altar.

Ella parpadeó sorprendida al darse cuenta de que ya habían recorrido la mitad de la nave. Los móviles estaban prohibidos en la catedral, pero los medios de comunicación oficiales estaban grabando la ceremonia para la posteridad.

Anaïs consiguió sonreír mientras salían. Javid se detuvo y volvió a besarla en los labios, ante el rugido de la multitud y el sonido de las campanas de la torre de la catedral.

Mientras los conducían a otra limusina, lo único que deseaba Anaïs era estar en silencio.

Pero Javid no era de la misma opinión.

—Estás muy guapa. Ahora entiendo la utilidad del velo. Impide que los hombres sencillos queden en ridículo antes de pronunciar los votos.

Ella consiguió esbozar una sonrisa fría y burlona.



—¿Te consideras un hombre sencillo?

La sonrisa que él le dedicó le incendió la pelvis.

—Hubo un tiempo en que deseé serlo, pero...

—¿Te percataste de que eras demasiado especial para ser sencillo?

Si esperaba quebrar la armadura de su arrogancia, estaba equivocada.

—Desde luego, pero eso no implica que tu aspecto no me impresione.

Ella volvió a quedarse sin aliento porque él, que no le había soltado la mano, se la llevó de nuevo a los labios.

Anaïs la cerró y la retiró.

—No hace falta que hagas eso. Nadie nos mira.

—Te equivocas. Siempre hay alguien que nos vigila. Si lo olvidas, te pondrás en peligro, querida esposa.

Anaïs comprobó que él estaba en lo cierto durante el banquete que siguió a la boda. Cambió la indumentaria occidental por un vestido tradicional de novia de Riyaal y más joyas a juego con la tiara, que no se quitó, y se dirigió, ante el evidente júbilo de sus doncellas, hacia el salón de baile, donde se celebraría la segunda ceremonia.

Tambores y platillos anunciaron su llegada, pero, como le sucedía con aterradora frecuencia, fue la majestuosa figura de Javid la que atrajo su atención. Se había puesto la toca árabe tradicional. No se unió al baile destinado a desearles salud y alegría como pareja recién casada. Se limitó a observar a Anaïs, que se le acercó. Él la tomó de la mano y fueron a sentarse al estrado que se hallaba al otro extremo del salón.

Tres horas después, Anaïs temía no poder borrar la sonrisa de su rostro. Había bailado, bebido champán y probado la exquisita comida. Pero sentía un nudo en el estómago y se percató de algo que no le gustó.

Lauren, la única persona de los presentes que le caía bien, estaba al otro lado del salón con su esposo y Javid. La mujer que Javid le había presentado como su madre se hallaba cerca, con un grupo de invitados. Se preguntó por qué Javid no le prestaba atención y por qué la madre no dejaba de mirarlo, pero lo que acababa de descubrir le produjo náuseas.

Se excusó con una sonrisa cortés ante el grupo con el que se hallaba y salió del salón. Por los ensayos, sabía que había un aseo reservado para

Javid y ella. Se dirigió hacia allí y no la sorprendió mucho que Faiza apareciera a su lado.

—¿Todo bien, Majestad?

Anaïs tragó saliva y aceleró el paso, deseosa de librarse de lo que sus ojos habían visto claramente.

Se mojó las muñecas con agua fría, pero no se calmó. Se volvió hacia su ayudante.

—La jefa de estado del vestido verde y la embajadora pelirroja han sido amantes de Javid, ¿verdad?

Faiza no fingió ignorancia.

—Sí, Majestad, según los medios de comunicación.

Anaïs se dijo que estaba exagerando y que debería pasarlo por alto. Pero ¿acaso no había cometido el mismo error con Pierre? ¿No había hecho caso omiso de lo que tenía ante los ojos hasta ser el hazmerreír de sus conocidos?

—¿Y la directora ejecutiva de negro?

Faiza asintió.

Las náuseas se le intensificaron.

—Muy bien, Faiza, puedes irte.

—Majestad...

Anaïs se obligó a sonreír.

—Estoy bien.

Faiza suspiró, asintió y se fue. Anaïs se quedó sola por primera vez en varias horas.

Se secó las manos, mientras la verdad se le abría paso en el cerebro.

Javid había invitado a sus antiguas amantes a la boda.

¿Era una señal de que no pensaba dejar de tener aventuras? ¿Por qué no había insistido ella en que hablaran de aquel asunto?

¿Y qué le habría dicho?

¿Que le prohibía hacerlo? ¿Que se lo consentiría, si era discreto?

Rechazó con fiereza la segunda posibilidad. Dejó la toalla y se dispuso a salir.

En ese momento entró el objeto de sus caóticos pensamientos. Desconcertada, vio que Javid cerraba la puerta, echaba el pestillo y se apoyaba en ella con los brazos cruzados mirándola fijamente.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó ella, furiosa. ¿Cómo sabía dónde estaba? ¿Se lo habría dicho Faiza?

—Si dudas de la lealtad de tu ayudante, no lo hagas. Pero su cara de póquer la ha delatado.

—Dime a qué has venido. Como ves, estoy ocupada.

—Ya lo veo. Estás ocupada lanzando comentarios ácidos y retorciéndote las manos, pero ¿por qué? —preguntó él enarcando una ceja.

Quiso acusarlo de un montón de cosas, pero la principal se impuso de forma frenética, a pesar de su intención de parecer tranquila e indiferente.

—¿Has invitado a tus amantes a mi boda?

Se percató de que lo había sorprendido, pero él recuperó su indolente actitud de inmediato y se le acercó.

—¿Qué has dicho?

—Ya me has oído. He visto a tres de ellas bebiendo champán tan tranquilas. ¿Es que no tienes vergüenza?

—En este caso, no, ma femme —contestó él encogiéndose de hombros.

Por primera vez en su vida, ella tuvo ganas de hacer daño físico al alguien, de pegarle un puñetazo en el pecho y arañarle el rostro. Tuvo que contenerse para no gritar.

—Muy bien. En ese caso, voy a decirle a Faiza que invite a mis examantes la próxima vez que haya una ceremonia de esta...

Javid la interrumpió con un gruñido. Ella retrocedió hasta topar con la pared. Él apoyó las manos a los lados de su cabeza y la acorraló sin tocarla.

—Repite eso —dijo él con voz de trueno.

A pesar de lo cerca que se hallaba de ella, lo miró a los ojos con descaro.

—No dejas de pedirme que te repita lo que digo. ¿Su Majestad es duro de oído?

Él le enseñó los dientes, lo que hizo que le mirara los labios, que aún le parecieron más sensuales a aquella distancia.

—Al conocerte, creí que eras frígida. Me alegro de que solo estuvieras fingiendo.

Ella esbozó una sonrisa indiferente.

—Piensa lo que quieras. Me importa un...

No pudo seguir hablando porque él apretó sus labios contra los de ella.

El beso no fue ni tan breve ni tan educado como el de la catedral.

Javid la besó con pasión, deseo e intensidad. Le pasó la lengua por los labios y a ella le pareció que se derretía. Repitió la caricia más lentamente exigiéndole que lo dejara entrar.

Y cuando ella, incapaz de resistirse, le dio permiso y él se introdujo en su boca y la exploró con tanta maestría que la hizo gemir, deseó que no se detuviera.

Mon Dieu, así que era eso lo que se sentía.

En ese momento, ella no podría haber ni siquiera levantado un dedo para detenerlo, aunque le fuera la vida en ello. Quería que aquellos labios hábiles y sublimes bloquearan el mundo exterior; que sus manos se aferraran a aquellos anchos hombros y sentir el gemido de la garganta de él entre los labios de ambos; que el cuerpo de él se apretara contra el suyo hasta ser presa de un deseo salvaje.

Gimió al notar su erección y le introdujo los dedos en el cabello. Y se sintió poderosa cuando el gimió de satisfacción.

Fue esa satisfacción, el vago eco de la advertencia de que estaba en sus manos, que aquello era otra forma de conquistarla, lo que la devolvió a la realidad.

Sin hacer caso de la protesta de su cuerpo, lo agarró de los hombros para separarlo de ella.

—No, para.

Él se echó hacia atrás inmediatamente, mientras ella deseaba volver a sentir su cuerpo apretado contra el suyo. No pudo evitar que él le examinara el rostro ni que sus ojos febriles se detuvieran en sus labios hinchados.

—Bueno —dijo él con voz ronca de deseo y triunfo—. Así está mejor.

—¿Mejor que qué?

—Ha sido nuestro primer beso.

—¿De qué hablas? Me has besado después de pronunciar los votos matrimoniales.

—Pero eso ha sido para las fotos, no un beso de verdad.

Le examinó el rostro para comprobar su reacción con una desvergonzada mirada de satisfacción masculina.

—Ahora sí parece que te he besado de verdad, no como esa tontería de la ceremonia que no me ha hecho sentir casi nada.

¿Que no había sentido casi nada, cuando a ella los labios le habían seguido cosquilleando tras ese leve roce?

—Si es así como intentas evitar el tema del que estamos hablando, no va a servirte de nada.

—Si estuviera tratando de evitarlo, querida, lo sabrías. No lo intento —se puso muy serio—. Esas mujeres forman parte del pasado, pero no invitarlas hubiera provocado un problema político mucho mayor que tu incomodidad.

Levantó la mano y le acarició la mejilla con los nudillos.

—Debo pedirte perdón y que seas indulgente. Puede que, a largo plazo, necesitemos a alguna de ellas para ayudarnos en asuntos del reino, así que es mejor que estén de nuestra parte.

Anais no supo si la desconcertaba más que reconociera los hechos, sus disculpas o de que empleara la primera persona del plural.

Abrió la boca, pero no emitió sonido alguno. Y él aún no había terminado. Entrecerró los ojos mientras su mano descendía por el cuello de ella, el brazo y la muñeca hasta llegar a la cintura.

—Volviendo a un asunto más urgente, ten cuidado con tus amenazas. Yo no comparto a una mujer

—¿Ah, no? Pues tu desenfreno amoroso está bien documentado.

—No confundas un apetito sexual robusto y pasajero con la promiscuidad. Tus antiguos amantes quedan permanentemente excluidos de tu vida.

—A ver si lo adivino: estás estableciendo normas que te permitan tener aventuras extramatrimoniales, mientras yo tengo que sufrir... —  
¿Sufrir? Cualquiera diría, ma chérie, que te importa.

—Me importa tanto como a ti, que supongo que es muy poco.

En sus ojos se produjo un destello salvaje y primitivo.

—Pues me importa, y mucho. Así que te repito que yo no comparto. No lo he hecho nunca ni voy a hacerlo.

—Entonces, ¿no estás en el puesto equivocado? Porque tendrás que compartirte con millones de súbditos.

—Me estás malinterpretando. Y supongo que a propósito.

—¿Ah, sí? —preguntó ella sonrojándose.

—Sí. En beneficio del reino y de nuestro deber, no tendremos más remedio que dedicarles nuestro tiempo y a nosotros mismos. Pero, a puerta cerrada, serás solo mía, sin protestas ni evasivas. Eres mía, Anaïs.

Reconócelo y nos irá mejor.

—¿Y si no lo hago? —¿por qué seguía luchando contra él?

«Porque te gusta y te enardece como no lo ha hecho nada en mucho tiempo».

A ella le habría encantado poder negar lo que le decía la vocecita interior, pero era verdad. Y se asustó.

Él se le había acercado aún más. No podía respirar ni apartar la vista.

—¿Qué batalla libras contra ti misma?

Ella tragó saliva y alzó la barbilla.

—Merece totalmente la pena, si implica que no voy a tener que ceder ante ti.

—Vaya, otro reto —levantó la mano y la acercó lentamente a ella, como si fuera un gatito asustadizo al que tuviera que calmar—. Estoy deseando sumergirme en esa fiebre en la que parece estar inmersa.

Ella notó que los ojos se le cerraban ante su seductora voz. Intentó ponerse rígida, mantenerse indiferente, pero era un ser humano. Y la última vez que él la había acariciado había sido increíble. Así que dejó que los nudillos de él se le deslizaran desde la mejilla a la comisura de los labios. Reprimió un gemido y lo miró parpadeando para demostrarle que no era esclava de aquella locura que se había apoderado de él.

Javid continuó acariciándola con el pulgar por debajo del labio inferior. Y ella lanzó un gemido.

A él se le ensancharon las fosas nasales, como si olfateara a su presa buscando sus puntos débiles.

Porque ella era débil, y deseaba atrapar el pulgar con los labios y mordérselo hasta que fuera él quien gimiera.

Pero no. ¿Acaso no se había convencido de que debía hacer justamente lo contrario de lo que sus sentidos le exigían en ese momento?

Carraspeó, mientras él volvió a tomarla de la mano para llevársela a los labios, como había hecho en la catedral.

—¿Qué haces?

—Acompañar a mi esposa al banquete nupcial.

—Tenemos que hablar de otra cosa.

—Eso puede esperar. Estamos desatendiendo a los invitados.

Ella vaciló.

—Si salgo de aquí contigo, todos sabrán lo que hemos estado haciendo.

Él le acarició los nudillos y se puso su mano en el brazo.

—Muy bien. Así no nos retendrán, cuando les digamos que nos vamos a disfrutar de la noche de bodas.

## Capítulo 5

**J**AVID había elegido Bora Bora para pasar la luna de miel por tres motivos.

El primero, porque en el dossier que le habían entregado sobre su esposa se decía que era el primero de su lista de deseos.

El segundo, los rumores de que volvía a haber agitación en el reino, esperaba que se hubiera resultado cuando volvieran, diez días después.

El tercero, y más urgente, porque tenía allí una mansión de ensueño que sería perfecta para recoger el guante que su esposa acababa de lanzarle.

Aunque su intención inicial, al aceptar el trono, había sido la de que su matrimonio fuera de conveniencia y sin sexo, el beso que se habían dado en el cuarto de baño y la forma de reaccionar de Anaïs le había abierto nuevas posibilidades. Además, ¿por qué soportar un largo celibato cuando era innecesario?

Javid no era fácil de sorprender, pero Anaïs lo había conseguido varias veces en las semanas anteriores. Era culpa suya no haberse dado cuenta de a qué se enfrentaba.

Como también lo era no haberse enterado hasta después de la coronación de que la reina no pensaba compartir su lecho.

Y asimismo era culpable de intentar hacer algo al respecto inmediatamente, ya que era incapaz de no aceptar un desafío.

—A ver si lo he entendido. ¿Pretendes que ambos seamos célibes, a pesar de que está fuera de toda duda que somos compatibles?

—Si me hubieras dejado hablar contigo el día antes de la boda, como te pedí, ahora no te habrías sorprendido. Además, creo que esa era también tu intención, antes de lo sucedido en el cuarto de baño. No hay motivo para cambiar.

—¿Ah, no?



Ella tuvo el descaro de reírse.

—Te parece inaceptable que una mujer no quiera acostarse contigo, ¿verdad?

—Desde luego, si esa mujer es mi esposa —contestó él con desdén, presa de unos sentimientos que creía haber dejado atrás hacía años: la perplejidad y el rechazo.

No los había llevado bien de niño. Y los había eliminado de adulto por el sencillo sistema de ganar siempre. Solo los perdedores sufrían rechazo.

Solo los oportunistas se arriesgaban a lo desconocido.

Él planificaba, ponía en práctica estrategias y ganaba.

Sin embargo, no había sido así con Anaïs Dupont.

No, ya era Anaïs Al-Riyaal.

—Te he besado y te ha gustado.

—¿Y eso implica automáticamente que desee algo más? De todos modos, el beso ha sido un error. Por eso hice que nos detuviéramos.

Él creía que era fría e indiferente, pero había descubierto que era todo lo contrario.

Por ejemplo, la reacción que había tenido ante la desafortunada invitación a sus antiguas amantes no había sido precisamente indiferente.

Era un buen punto de partida.

—Sí, lo hiciste, pero antes me mostraste tus cartas, ma chérie.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que no vamos a llevar la existencia monástica que pretendes. Si era un asunto tan importante para ti como parece, deberías haberte esforzado más en hablar conmigo.

—¿Me estás diciendo que tengo yo la culpa de que hayas supuesto de modo infundado que iba a acostarme contigo? —preguntó ella, incrédula.

—Lo que digo es que puesto que has planteado algo tan fundamental, deberías aceptar que las conversaciones progresaran.

Ella lo había mirado, desencajada, pero había recuperado la compostura y apretado los dientes. Y él deseó volver a besarla, apretar la lengua contra sus labios y esperar a que los abriera.

La idea de que ella se lo hubiera permitido para negárselo después había hecho que el sentimiento de rechazo le oprimiera el pecho.

—Tu n'es pas serieux —dijo ella con vehemencia.

—Jamais plus.

Ahí había comenzado el frío punto muerto en que se hallaban. Ella había sonreído y jugado a los recién casados en público, pero el momento en que se subieron al avión real, había buscado una excusa para irse a la suite.

Él pensó seguirla, pero el deseo de hacerla cambiar de opinión lo detuvo. Porque una cosa era ganar y otra muy distinta aquella necesidad.

Lo alteraba la idea de que hubiera algo más por debajo de su sed de conquista, algo que tal vez se retrotraía a su infancia. No le gustaba pensar en cómo serían los diez años siguientes, debido a la tajante negativa de Anaïs, en que se sentiría solo y a la deriva en aquel viaje.

Además, no le había dicho que el motivo de no haber podido hablar con ella antes de la boda era que había surgido un asunto importante. Había tenido que reunirse con el patriarca de una de las familias prominentes de Riyaal, pero ambas partes habían abandonado la reunión sin haber llegado a un acuerdo.

Javid lanzó un suspiro de frustración mientras paseaba por la sala de reuniones del avión. Tras concluir la reunión con sus consejeros, fue a la cabina principal y se sirvió un whisky. Con el vaso en la mano, observó la puerta cerrada de la suite.

Aunque hubiera progresado poco, no estaba dispuesto a que su esposa le hiciera el vacío durante diez días.

«Deberías haberte esforzado más en hablar conmigo».

De todo lo que él le había dicho, esas palabras la hicieron reflexionar, porque había habido ocasiones en que podía haber insistido en que él le concediera cinco minutos para hablar. Incluso podía haberle mandado un correo electrónico. Un mensaje encabezado por No habrá sexo en nuestro matrimonio le habría llamado la atención.

¿Había postergado la conversación de modo inconsciente? Si era así, ¿por qué?

Se dejó caer en la cama. El ruido de los motores del avión no contribuyó a calmarle los nervios. Se negaba a aceptar que no hubiera

insistido más porque quería que el resultado fuera distinto del que había creído al principio: un matrimonio sin vida sexual, al menos por su parte.

Gimió y se tapó el rostro con la almohada.

¿Cómo era posible que estuviera dándole vueltas a aquello? Aparó la almohada y se dirigió al cuarto de baño.

A pesar de haber sido compañera de su prima varios años, se había mantenido en segundo plano. Por ejemplo, prefería quedarse el palacio, en vez de acompañarla en sus viajes al extranjero. Por eso era la primera vez que se había montado en el avión real y no sabía el increíble lujo que la rodearía ni la opulencia a la que tenía derecho por ser reina.

Negó con la cabeza. No quería pensar en eso ahora. Todos los aspectos de su vida eran tan abrumadores que se temía que, si no tenía cuidado, acabarían por aplastarla.

En lugar de ello, pensó en el destino al que se dirigían.

Bora Bora.

Era uno de los sitios a los que más deseaba ir. Y su esposo lo había elegido para pasar la luna de miel.

¿Por qué?

Salió del cuarto de baño. No pensaba dejar sin resolver el asunto que tenían pendiente, antes de que aterrizaran.

Una azafata le indicó la puerta de la cabina principal. Ella llamó.

—¿Sí?

La voz de Javid le produjo un escalofrío. Al entrar se lo encontró sentado a una mesa con varios papeles delante de él. Se había quitado la chaqueta y la corbata y se había arremangado la camisa.

Estaba despeinado y, a aquella distancia, la anchura de sus hombros resultaba imponente. Cuando se levantó, ella intentó detener la excitación que la invadió, que le endureció los pezones y le humedeció la entrepierna.

Le entraron ganas de dar media vuelta y encerrarse en la suite, pero no iba a darle la satisfacción de que se percatara de cómo la afectaba.

Así que avanzó hacia él, que rodeó la mesa y se le acercó.

—Creo que debemos hablar y resolver ese asunto de una vez por todas.

Él le indicó una silla cerca de las ventanillas del lado izquierdo del avión.

—¿Quieres tomar algo?

—Oui, merci —murmuró ella.

Él echó cubitos en un vaso y le preparó una bebida. Ella se sorprendió al ver que se trataba de un brandi con soda, su bebida preferida.

—¿Cómo sabías que...?

—No sería buen diplomático ni gobernante, si no hiciera los deberes.

Ella aceptó la bebida con inquietud. Si había hecho los deberes, ¿sabría el motivo de su marcha de París?, ¿sabría algo de Pierre?

Él, con su vaso en la mano, se sentó frente a ella. Anaïs dio un sorbo de la bebida y fue al grano.

—No quiero acostarme contigo. Pero, si quisiera, estarás de acuerdo en que, dadas las circunstancias de nuestro trato, el sexo supondría una complicación añadida.

—¿Intentas convencerme o convencerte?

—Yo ya estoy convencida. Eres tú quien has dado cosas por supuestas —afirmó cada vez más excitada.

—¿Así que lo que propones es que ninguno de los dos tenga vida sexual en el futuro? ¿No es una perspectiva innecesariamente solitaria?

Anaïs no se esperaba que la conversación fuera a discurrir por esos derroteros. Por cómo había fruncido el ceño Javid, parecía que él tampoco.

—¿No quieres estar solo? —musitó.

El rostro de Javid se endureció y ella pensó que reconocer algo así sería aceptar que era un ser humano de carne y hueso, con los sentimientos de una persona común.

Pero, bajo la apariencia de la arrogancia y el orgullo, lo era. Ella lo sabía porque sentía lo mismo. Había huido de Francia a Riyaal porque necesitaba el consuelo de Yasmin, porque necesitaba no sentirse tan sola.

—Lo que quiero decir —contestó Javid—es que es mejor aliarse que hacer las cosas solo. Los dos deseamos que el reino prospere y esté en paz. Por respeto a nuestros respectivos primos, ¿no merece la pena que lo intentemos?

—Pero yo ya soy reina, ya estamos unidos, ¿no?

—Las fachadas se desgastan y se acaban quebrando.

—¿A qué te refieres, Javid?

—Lo que digo es que en vez del enfrentamiento por el enfrentamiento, estos días dejemos que las cosas fluyan de forma natural. Estoy convencido de que nos servirá de ayuda para lo que nos espera más adelante.

Ella tragó saliva.

—¿Un método de ensayo y error físico y emocional? ¿Es eso lo que me propones, en vez de excluir por completo los sentimientos?

—Por mucho que nos guste pensar que en nuestra relación no hay cabida para los sentimientos, hay una base de confianza y de conexión, ¿no?

El corazón de Anaïs le dio un vuelco.

—Si no te conociera mejor, diría que acabas de reconocer que te caigo bien.

La burla sardónica que se esperaba no se produjo ni tampoco el rechazo de sus palabras. Él se limitó a encogerse de hombros.

—Me intrigas. Hace dos semanas, habría jurado que me eras indiferente. Pero reconozco que no es así, igual que reconozco que el camino que nos espera es duro, sin necesidad de añadirle obstáculos innecesarios.

«Me intrigas».

Anaïs intentó rechazar la sensación que le produjeron esas palabras, porque era sobrecogedora y estimulante. Sin embargo, no lo hizo al notar la importancia de que Javid lo reconociera.

¿O se engañaba?

La muerte de Yasmin la había dejado sin su última amiga y confidente. No creía que Javid fuera a ocupar su lugar, pero si la ayudaba a no sentirse tan sola, ¿no le resultaría más fácil soportar su nuevo e intimidante papel?

Él interrumpió los pensamientos.

—Sé valiente, Anaïs. Analiza mi propuesta, pero no esperes mucho. Frente a los empleados, los invitados y el público, continuaremos como hasta ahora. Te acariciaré. Y, ¿quién sabe? Puede que eches de menos mis besos. Pero nada permanece en secreto eternamente, sobre todo entre los

muros del palacio. Muchos ojos estarán pendientes de nosotros y se preguntarán por qué no dormimos juntos. Supongo que ninguno de los dos quiere ser objeto de interminables cotilleos y de una decena de biografías no autorizadas sobre nuestra vida sexual, antes de que acabe mi primer año de reinado.

Ella agitó la mano.

—Tú exageras.

—¿Ah, sí? Te olvidas de cuál era mi posición, antes de que se produjera esta situación. Sé de primera mano lo que es ser objeto de la atención pública por ser príncipe. Y te aseguro que lo que se ve y se lee en la prensa sensacionalista solo es la punta del iceberg, comparado con lo que la prensa indagará en busca de algo escandaloso. ¿Por qué vamos a pasar por eso, si no es necesario?

—No eras tan considerado cuando estabas soltero.

Él ladeó la cabeza y enarcó una ceja.

—¿Y eso no te indica nada?

Ella lo miró, confusa. ¿Quería decir que ella era la causa de dicho cambio?

La idea la petrificó. Estaba acostumbrada a pensar en él como playboy o diplomático, pero no como príncipe. Por el rictus de amargura de sus labios, se percató de que había otras facetas que desconocía.

¿Cuál era su mascota preferida en la infancia?

¿Quién era su mejor amigo en la escuela?

—¿Qué...?

Pour l'amour de Dieu, céntrate.

Porque, si no, lo siguiente que se plantearía sería ser su amiga y compartir esperanzas y sueños.

Frunció los labios.

—¿Así que debo dejarte que me manosees en público para continuar con esta farsa?

La expresión de él se endureció. La arrogante contracción de la mandíbula le recordó que era de sangre real y tenía la fortaleza y el orgullo de un guerrero.

—Yo solo recuerdo a uno de nosotros manoseando al otro en el cuarto de baño, habibti. Y te alegrará saber que no me disgustó.

Ella se sonrojó.

—Te he dicho que no era mi intención

—Es una pena, porque sería un prólogo excelente para nuestra historia.

Ella negó con la cabeza.

—No esperaba que esta conversación fuera...

—¿A desarrollarse así? Las cosas raramente lo hacen. El truco consiste en irte con más de lo que has llegado.

Durante su estancia en Riyaal, Anaïs había sido testigo del enojo de Yasmin cuando los medios de comunicación hacían un mundo de cualquier detalle. Lo único que le faltaba era que indagaran en su pasado y que la memoria de su prima se viera empañada por los trapos sucios de su relación con su antiguo novio.

Era evidente que Javid y ella no iban a ser amantes dichosos, pero ¿tenían que ser enemigos acérrimos?

Mientras ella se protegiera el corazón, ¿no podían deponer las armas y conseguir que las cosas fueran bien?

—De acuerdo, siempre que sea razonable y a mi ritmo.

—Muy bien —contestó él con un brillo de satisfacción en los ojos.

—Estás muy contento contigo mismo, ¿verdad?

—No, chère femme, estoy contento de que estés de acuerdo conmigo. Entiendo que las cosas no han sucedido de modo convencional entre nosotros, por lo que estoy dispuesto a esperar.

—Puede que tengas que esperar mucho tiempo.

—Puede, pero merecerá la pena.

La azafata llamó a la puerta para anunciarles que aterrizarían al cabo de un cuarto de hora, lo que puso fin a la conversación.

Javid se levantó y le tendió la mano.

Consciente de que la azafata estaría acerca y de que había aceptado la propuesta de él, Anaïs la agarró. Se sentaron en el sofá de la cabina principal y se abrocharon los cinturones de seguridad.

Después de aterrizar en una pista privada, en una de las islas, él le murmuró:

—Espérame.

Ella observó que iba a recoger la chaqueta y tuvo la primera impresión de lo que era no estar peleándose con él a cada segundo.

Para bajar del avión, él le puso la mano al final de la espalda y la condujo al primero de los tres todoterrenos que los esperaban. La mano de él la quemaba a través de la blusa y lanzaba oleadas de fuego al resto de su cuerpo.

Tras cruzar una verja de hierro forjado y recorrer un sendero flanqueado de árboles, llegaron a una espectacular villa de madera, un cruce de estilo polinesio y europeo.

Una docena de empleados los esperaban en la entrada con una expresión mezcla de amabilidad y admiración.

En el interior, la madera oscura alternaba con paredes blancas con coloridos cuadros. Carecía del lujo del palacio de Riyaal, pero era elegante y hermoso. En cada habitación predominaba la comodidad en forma de mullidos sofás, bonitas lámparas y notables esculturas.

Después de años deseándolo, Anaïs no se creía que estuviera allí. Claro que no podía olvidarse del motivo, sobre todo cuando Javid se le acercó, una vez que se hubo marchado el ama de llaves para hacerse cargo del equipaje.

—De momento, ¿cumple con las expectativas de tu lista de deseos?

—Más que eso... Espera, ¿conoces la lista de cosas que quiero que se cumplan antes de morirme?

—Por supuesto, y por eso he cambiado nuestro destino.

—¿Dónde íbamos a ir?

—Tengo debilidad por las Seychelles, pero ya iremos en otra ocasión.

El sonido de los cubitos de hielo atrajo su atención hacia el mayordomo, que llevaba una bandeja con refrescos.

—Gracias, Nathan.

El hombre le sonrió.

—De nada, Majestad. De parte del personal, quiero decirle que estamos muy contentos de verlo de nuevo.



—Gracias —contestó Javid sonriendo a su vez.

—¿Has estado antes aquí? —preguntó ella.

—Sí, varias veces.

—¿Es tuya la villa?

—Sí, además de la isla. Ambas son también tuyas ahora —le dio un vaso que contenía una bebida de color turquesa, tomó el suyo, con una bebida menos coloreada, y brindaron.

—Por nuestra alianza —dijo él.

A partir de ese momento, mientras recorrían la casa, él no dejó de tocarla, agarrándola de la muñeca para que se detuviera ante un cuadro, poniéndole la mano en la espalda para conducirla a una habitación o colocándole un mechón de cabello detrás de la oreja.

Anais estaba deseando que el recorrido terminara, cuando el ama de llaves los condujo a una impresionante suite en el ala oeste. En la terraza, una hamaca doble se mecía con la brisa y varias tumbonas invitaban a relajarse. Pero lo que hizo que ella contuviera la respiración fue la gran piscina, cuya agua brillaba a la luz del sol de media tarde.

—¿Nos vemos dentro de una hora en la piscina? —pregunto, Javid, como si le hubiese adivinado el pensamiento.

Solo se trataba de un baño, así que, ¿por qué se le hizo un nudo en el estómago?

—No le des demasiadas vueltas, ma chérie. Solo se trata de relajarnos, tras el largo viaje —dirigió la mirada hacia la cama con dosel del dormitorio de ella—. Supongo que no querrás acostarte ahora, porque, si lo haces, no podrás dormir esta noche a causa del desfase horario.

—Bien sùr.

—Entonces, hasta luego —pensando que él saldría por donde habían entrado, la extrañó verlo dirigirse hacia el otro extremo de la terraza, donde había otra puerta corredera.

—¿Dónde vas?

—Nuestras suites están conectadas por la terraza. Esta puerta estará siempre abierta, por si quieres usarla.

Anais sorprendida, sin saber si debía sentirse alarmada o indignada, lo vio entrar en su suite.

No recobró la calma al entrar en la suya, mientras los empleados le deshacían el equipaje en el espacioso vestidor, al lado del lujoso cuarto de baño.

Cuando se quedó sola, continuaba nerviosa. Había accedido a dejar de pelearse con Javid tanto en público como en privado, pero eso no significaba que fuera una presa fácil, como lo había sido con Pierre.

Esbozó una leve sonrisa. En vez de que él la pillara siempre desprevenida, iba a ponerse a su nivel y a bajarle los humos.

La idea adquirió fuerza mientras se ponía un bikini amarillo y un fino vestido a juego. Se cepilló el cabello, agarró las gafas de sol y se calzó unas sandalias de plataforma.

Una empleada la condujo por una serie de pasillos hasta la piscina. Anaïs llegó la primera. Eligió una tumbona y aceptó el refresco que le llevó la empleada.

Se percató de que se había olvidado del protector solar en la suite.

Arrugó la nariz justo cuando le llegó la voz de Javid.

—Seguro que el refresco no sabe tan mal.

—Claro que no. Está delicioso.

—Entonces, ¿qué te pasa? —preguntó él sentándose en la tumbona de la lado.

Anaïs no cesaba de devorarlo con los ojos. Llevaba un bañador de diseño y el reloj, que nunca se quitaba. Contempló su musculoso torso y el vello que le descendía hasta la pretina del bañador y más abajo. Estuvo a punto de gemir de deseo.

Él se estiró como un felino en la tumbona, con el rostro vuelto hacia ella.

—He olvidado la crema protectora.

—Hay más de una docena de empleados que te traerán lo que necesites.

—No me siento a gusto cuando otros me traen cosas.

—Pues aprende, porque ahora eres reina. Además, tienes cosas más importantes que hacer que lo que deben hacer otros contratados para eso.

Ella apretó los labios y él añadió:

—Recuerda que, incluso aquí, cada uno tiene su puesto. Si lo usurpas, aunque sea sin pretenderlo, harás que los empleados se sientan inseguros e incluso que te guarden rencor.

—No se me había ocurrido —murmuró ella.

Él sonrió.

—Pues este puede ser el principio de una amigable cooperación.

La idea de poder desempeñar bien el papel de reina la emocionó. Con Javid a su lado, no le resultaría tan difícil.

Javid hizo una seña a una empleada. Le murmuró algo y ella asintió sonriendo.

Anaïs experimentó un sentimiento que la sorprendió y molestó

—¿Te empeñas en seducir a todas las mujeres a tu alrededor o solo lo haces cuando estoy yo?

—¿Estás celosa, ma petite?

—En absoluto. Solo me preguntaba ante qué debo estar en guardia en el futuro.

Él se quitó las gafas de sol y las dejó en una mesita cercana.

—No saques las garras, habibti. En estos momentos solo me fascina una mujer.

Anaïs fue presa de nuevas emociones: la necesidad de inmunizarse frente a las palabras cariñosas que él empleaba; el enojo por haberle demostrado tan claramente que estaba celosa; y sobre todo, la agitación que le producía que hubiera dicho «en estos momentos».

Le acababa de recordar qué clase de hombre era.

Cuando la empleada volvió con una cesta que contenía diez marcas de crema solar, ella se lo agradeció con una sonrisa, dejó el vaso, se levantó y se quitó el vestido.

Oyó a Javid aspirar con fuerza, pero no lo miró. Trató de no sonrojarse ante su escrutinio, mientras la empleada colgaba el vestido, antes de marcharse.

El bikini que llevaba no era modesto, pero era eso, un bikini. Eligió una crema, se echó el cabello sobre un hombro y vio que Javid se había incorporado y la miraba fijamente.

—Yo te la pongo.

—Muy bien —le tendió el tubo y añadió—: a condición de que luego te la ponga yo.

Él se quedó sorprendido y ella se felicitó por haberlo desconcertado.

—¿Cómo voy a rechazar semejante oferta de mi esposa? Túmbate.

La observó durante varios segundos y se echó crema en la mano. A ella se le desbocó el corazón cuando la agarró del tobillo y le levantó la pierna para ponerse su pie en el pecho. Ella se quedó sin respiración. Y eso que apenas la había tocado.

Él comenzó a extenderle la crema por el empeine. Ya no la miraba, como llevaba haciendo varios minutos, sino que parecía absorbido por la tarea. Después de haberse dado la vuelta y de que él le hubiera dado crema en la nalgas y la espalda, Anaïs intentó no jadear ni verse afectada por la respiración agitada de él.

Era esa la reacción que buscaba: que él no la subestimara.

—Merci. Te toca a ti.

Él la miró con ojos brillantes y ella vio en ellos un destello de advertencia. Él se tumbó en la hamaca, como una pantera en sus dominios.

Anaïs agarró el tubo y rogó para salir ilesa del embrollo en el que se había metido.

## Capítulo 6

**J**AVID sospechaba que su esposa pretendía hacerlo caer en su propia trampa. Reprimió un gemido cuando ella le extendió la crema por los hombros. Si a eso se refería ella al poner las condiciones de ser sensatos y hacer las cosas a su propio ritmo, no iba a protestar.

Apretó los dientes. Se estaba volviendo adicto a Anaïs muy deprisa.

Una cosa era establecer una alianza para que los diez años de reinado no fueran insoportables; dejar que ella le ganara, incluso en algo tan efímero como el sexo, otra muy distinta.

Por algo había aprendido a no ser esclavo de una mujer. Eran volubles. Al igual que su madre, su afecto aparecía y desaparecía como el ciclo lunar y estaba íntimamente unido a lo que pudieran conseguir de él y de su posición.

Él obtenía lo que necesitaba, asegurándose de que ambas partes quedaran satisfechas, y nunca se quedaba el tiempo suficiente para ser utilizado o rechazado.

En cambio, se volvía indispensable para aquellos que le importaban, aunque le sobaban los dedos de una mano para contarlos.

Fuera lo que fuese lo que Anaïs le ofrecía, debía devolverle únicamente lo mismo, siempre que beneficiara al reino.

Así que reprimió la oleada de deseo que lo invadió cuando ella le deslizó los dedos por los tríceps y recordó que unas horas antes ella se oponía a aquello. Que hubiera cambiado de opinión tan deprisa... ¿Podía fiarse de ella?

Le daba igual.

Estaría en guardia. Y si acababan en la cama...

—¿Así está bien?

—No me quejo —respondió él en tono divertido, aunque seguía inquieto. Hacía tiempo que no se sentía tan perdido.

Pero era la primera vez que era rey y que se había casado. ¿No justificaba eso su estado de ánimo?

No.

El reto de gobernar le interesaba y le gustaba la idea de mejorar la situación de su país y su pueblo en el mundo. Al cabo de diez años, cedería el poder a su sucesor dejando el reino en mucho mejor estado que aquel en que lo había dejado su primo.

En cuanto a la reina...

Se abriría a ella solo hasta cierto punto.

—Date la vuelta.

Él lo hizo y observó que ella se ruborizaba. Sintió una profunda satisfacción masculina al ver que ella tenía los ojos clavados en su excitado miembro, pero desvió la vista inmediatamente.

Él se puso las manos detrás de la cabeza sin que le importara disimular el efecto que le provocaba que ella le deslizara las manos por el torso y las piernas.

—Es inevitable, chérie, lo mismo que para ti —le miró los erguidos pezones.

Ella se apartó bruscamente de la tumbona y dejó las gafas en la mesa.

—Voy a bañarme.

Javid se levantó sin hacer caso del deseo de obtener satisfacción inmediata de ella, de lamerle los pezones hasta hacerla gritar.

—Yo también. Creo que nos vendrá bien refrescarnos antes de que las cosas se nos vayan de las manos. No vayamos a escandalizar al personal el primer día de nuestra estancia.

Ella no contestó y se lanzó al agua. Sin mirarlo nadó hasta el otro extremo de la piscina y se apoyó en el borde con los brazos.

Él se tiró a su vez y ella se volvió hacia él cuando llegó a su lado.

—¿Cuál es el plan? ¿Pasarnos diez días bañándonos y holgazaneando?

No creo que pueda hacerlo.

—¿Por qué? ¿Cuándo fue la última vez que te tomaste unas vacaciones?

—No lo recuerdo.

—Pues ahí tienes la respuesta.

—¿Y tú? ¿Lo único que piensas hacer es tomar el sol?

—No, por desgracia estoy demasiado motivado para hacer solo una cosa a la vez.

Ella abrió mucho los ojos y comenzó a sonrojarse de nuevo.

—No era un comentario de carácter sexual, pero me agrada saber que no eres de mente estrecha —dijo él riéndose.

—¡No sabes lo que estaba pensando!

—¿Ah, no? —le acarició la mejilla con los nudillos—. Este sonrojo te delata.

Ella se apartó con brusquedad.

—El único que tiene una idea fija eres tú.

—No discutamos delante de los empleados, a menos que estés dispuesta a reconciliarte también delante de ellos.

Javid adivinaba lo que estaba pensando con total exactitud, pero ella volvió a asombrarlo al hacer algo inesperado: acariciarle la mejilla, imitándolo. Él contrajo los músculos abdominales ante la descarga eléctrica que le produjeron sus dedos.

—Bien s<sup>û</sup>r, mon cher —dijo ella deslizándole la mano hasta la nuca—. Sería impropio dar la impresión a los empleados de que no nos gustamos.

Javid tuvo que contenerse para no agarrarla por la cintura, atraerla hacia sí y besarla.

Ella le puso los dedos en los labios. A quien los estuviera viendo le parecería que lo seguía acariciando. Pero la presión que ella ejerció lo advirtió de que se detuviese.

Lejos de enfadarse, Javid se excitó más, abrió los labios y le mordió el dedo corazón.

Ella inhaló con brusquedad. Los ojos se le oscurecieron cuando él se lo lamió.

—Sigo esperando que me digas qué actividades vamos a realizar.

Javid quiso ordenarle que se acostara con él inmediatamente y que no saliera de la cama durante los diez días siguientes, salvo para comer. Pero no era un canalla y, además, ella se rebelaría. Por otra parte, deseaba ver dónde quería llegar ella.

Le soltó el dedo.

—He organizado un crucero al atardecer. Es un modo estupendo de conocer otras islas. En cuanto a mañana y al resto de los días, tendré que trabajar, por lo que la mayor parte del tiempo podrás hacer lo que quieras.

Ella enarcó una ceja.

—¿La mayor parte?

—Sí, te necesitaré de vez en cuando. Recuerda que tenemos un trato.

—Desde luego.

Él deseó que lo hubiera dicho en francés, porque era la lengua que utilizaba cuando estaba emocionada. Sin embargo, ¿no había jurado distanciarse de la emoción, de la falsa emoción? Maldijo en silencio mientras sonreía.

—Muy bien. Creo que media hora más aquí será suficiente por hoy.

Volvió a nadar, salió de la piscina y se tumbó de nuevo. Se puso las gafas y estuvo observándola mientras hacía varios largos, antes de salir del agua como una diosa. Intentó no comérsela con los ojos mientras se secaba el cuerpo ágil y flexible ni lanzarse sobre ella para acariciarla.

Lo consiguió por los pelos.

Mientras se tomaban un refresco, él le hizo un resumen de la historia de la isla, de su compra y de la construcción de la villa.

Media hora después, en parte aliviado y en parte contrariado, la besó en la mejilla diciéndose que lo hacía de cara a los empleados, no porque quisiera sentir la suavidad de su piel durante un segundo.

—El deber me llama. Me pasaré a recogerte dentro de tres horas. Dicho esto, se marchó.

Javid no fue a recogerla al cabo de tres horas.

Una sonriente Gemmie, una de las doncellas que al parecer también era peluquera y que había ayudado a Anais a arreglarse, le informó de que habían llamado a Su Majestad unos minutos antes, así que la vería en el embarcadero.

Ella agradeció esos minutos de más, antes de reunirse con él.



Porque, aquella tarde, las cosas no habían salido como esperaba; más exactamente, habían salido demasiado bien.

No negaba su influencia sobre Javid. Debía reprimir ese poder femenino que ejercía sobre él, porque podía ser peligroso. Le había encantado su reacción al acariciarlo. Y hubiera querido seguir haciéndolo.

¿Qué le pasaba?

Apretó los labios y Gemmie la miró.

—¿No le gustan los diamantes, Majestad?

Ella se obligó a sonreír.

—¿No podrías llamarme de otra forma, Gemmie?

Esta sonrió.

—¿Cuando estemos solas? ¿Le parece bien, «señora»?

Anais suspiró y asintió.

—Sí, por favor.

—Muy bien, señora. Debe decidirse entre los diamantes y las esmeraldas.

Anais se miró el fino vestido de verano, adecuado al calor asfixiante de Bora Bora. Le indicó a Gemmie las esmeraldas. Eran menos ostentosas: una grande en el medio y dos pequeñas a los lados en una cadena de platino, con pendientes a juego.

Las doncellas se habían horrorizado al decirles que prefería no llevar joyas. Lo cierto era que lo que le hubiera gustado era ponerse un traje de baño, envolverse en un pareo e ir descalza al muelle, pero, según parecía, una reina no hacía eso.

Tal vez había llegado el momento de iniciar otra tradición. A pesar de todo, le encantaban tanto el vestido como las joyas.

Salió de la villa con otra doncella, que la acompañó hasta el muelle.

Allí, la esperaba una gabarra. Cuando comenzaron a alejarse de la costa, Anais examinó el horizonte y se quedó con la boca abierta al ver el inmenso y elegante yate anclado a un kilómetro de distancia.

Varios guardaespaldas se hallaban situados en puntos estratégicos alrededor de la nave, lo que le recordó la posición de Javid. Parecía que ni siquiera salir en barco al atardecer en una isla idílica podía hacerse sin medidas de seguridad.

En la cubierta superior, hablando por teléfono, estaba Javid.

Cuando llegaron, un miembro de la tripulación la ayudó a subir al yate y otro se le acercó sonriendo.

—Bienvenida a bordo, Majestad. Sígame, por favor.

Unos minutos después llegaron a la cubierta superior.

Javid seguía hablando por teléfono en árabe y con el rostro muy serio. Cuando ella se le acercó, colgó y le entregó el móvil a un ayudante.

Ella se detuvo en medio de la cubierta, debido al impacto de la presencia de Javid.

Él, sin embargo, avanzó y la besó en la mejilla. En el interior de ella estallaron pequeños fuegos artificiales.

Tratando de recuperar la compostura, retrocedió fingiendo examinar el entorno.

—Cuando me hablaste de un crucero al atardecer, pensé en un barco pequeño, no en esto.

Él enarcó una ceja.

—¿No te gusta?

¿No le gustaba? Al igual que el título, las joyas y el jet privado, le confirmaba que su nueva posición le confería inmensos privilegios y riqueza. ¿Iba a continuar clamando contra una situación que duraba siglos?

—Sí.

Él asintió, satisfecho.

—Muy bien.

—¿No es un error subirse a una nave como esta con zapatos?

Él se encogió de hombros.

—Si es tuya, puedes hacer lo que te parezca.

Al recordar que él había cambiado el lugar de encuentro debido a una llamada telefónica, se preguntó si debía comentarlo.

Era el rey y tenía un grupo de consejeros. Pero habían decidido recorrer aquel camino juntos y apoyarse mutuamente.

Respiró hondo.

—¿Con quién hablabas?

Él se tensó levemente.

—No quiero aburrirte con asuntos de estado.

—También son míos, como no dejas de recordarme. ¿Entonces? — insistió al tiempo que aceptaba el cóctel que le llevaron en una bandeja de plata.

Él hizo un gesto a los empleados, que se marcharon silenciosamente. Después agarró a Anaïs por el codo y la condujo a la proa del yate.

La nave se deslizaba plácidamente por el mar. Los últimos rayos del sol iluminaban el agua de color turquesa. Con una bebida en la mano y la brisa refrescándole la piel, ella pensó que habría sido un momento perfecto de no ser por el ceño fruncido de Javid.

—Era de esperar que no todos se alegraran de mi elección como gobernante de Riyaal. Ha habido disensiones.

Ella contuvo la respiración.

—¿Muchas?

—Nada que no se acabe resolviendo.

—Sin embargo, es lo bastante grave para que te dediques a hacer llamadas en tu luna de miel.

—Puede que haya sido una tontería decir a mis consejeros que podían ponerse en contacto conmigo a cualquier hora, porque lo están aprovechando.

—¿Quiénes son los que disienten?

—El patriarca de la familia Al-Mejdi. Adnan le hizo promesas que no cumplió. Y cree que debería haber tenido voz y voto en la elección del nuevo gobernante del reino.

—A ver si lo adivino. ¿Quería que hubiera sido su hijo?

—En efecto.

—¿Y qué vas a hacer?

Javid dio un sorbo de la bebida mirando el horizonte. El sol se le reflejaba en los ojos. Y ella casi se olvidó de lo que hablaban.

—Voy a ser diplomático, de momento.

—¿Y si eso no sirve?

—¿Dudas del talento de tu esposo, habibti?

—¿No es mejor tener un plan alternativo?

—Sí, el mío es negociar con más dureza, pero estoy abierto a todo tipo de sugerencias.

—Hacer que personas así se sientan importantes suele solucionar el problema. He oído hablar de la familia Al-Mejdi. El matrimonio tiene tres hijos y dos hijas. Si el padre da largas a la hora de negociar, averigua en qué destacan los hijos y ofréceselo sin poner en peligro nuestros principios.

Deja que sean ellos los que apacigüen al padre.

Él la miró con los ojos como platos y sonrió.

—Reconozco que estaba equivocado. Puede que los halagos superen la diplomacia.

Anaïs sonrió sin poder evitarlo, como tampoco pudo evitar la cálida sensación que la invadió.

La mirada de Javid se detuvo en su rostro, antes de dirigirse a su cuello y al resto de su cuerpo. Dio un paso hacia ella.

—Basta de hablar de trabajo. Estás arrebatadora, ma chérie.

—Gracias, pero la puesta de sol, el único motivo de que estemos aquí, es en dirección contraria —señaló el oeste con la cabeza.

—Lo sé —dijo él sin apartar la mirada.

—Está cayendo en un cliché, Majestad.

—Pero el color de sus mejillas me indica que no voy descaminado, ma reine.

Anaïs temió en ese momento que las cosas siempre fueran así; que él se burlaría de ella, que verlo le causaría un agitación entre nerviosa y sexual.

¿Cuánto tiempo lo soportaría sin volverse loca?

—Deja de darle vuelta a las cosas. ¿Qué pasa por tu brillante mente?

—Estoy pensando en cómo volver a dejarte perplejo.

Él esbozó una sonrisa deslumbrante que a ella le aceleró el pulso. Mientras intentaba calmarse, él la acarició justo debajo del collar de esmeraldas.

—Estoy deseando que llegue nuestro próximo y estimulante enfrentamiento.

Hizo un gesto para que los empleados volviesen. Uno se quedó en la entrada de la parte cubierta, donde se había puesto la mesa para la cena. De unos altavoces cercanos sonaba música suave.

Era una escena maravillosa para la primera noche de una pareja en su luna de miel. Como campo de batalla para ver quién ganaba, a Anaïs le pareció que estaba perdiendo terreno.

En otra época de su vida, aquello era lo que había deseado.

Antes de la traición.

Antes del dolor.

—Me parece que debería sentirme ofendido por la expresión de tu rostro —dijo él, lo cual hizo que ella volviera a prestarle atención.

—No todo se refiere a ti.

Su respuesta lo disgustó.

—No estoy de acuerdo. Estamos de luna de miel. Todo debería girar exclusivamente en torno a nosotros.

—Nunca pensé que me encontraría aquí en semejantes circunstancias.

Él pareció confuso durante unos segundos. Después, su expresión se endureció.

—Ah, te imaginabas que estarías con otro. ¿Tal vez con tu exprometido?

Estuviste a punto de casarte, ¿no?

Ella lo miró con los ojos como platos, antes de recordar el informe sobre ella del que le había hablado. Comprobar que conocía la existencia de Pierre le produjo un sabor amargo.

—¿Debería haber demostrado tan mal gusto como tú y haber encargado un informe sobre tu antigua vida amorosa?

Él se encogió de hombros y ella se preguntó si iba a repetirse la escena en que él había afirmado, de forma tan primitiva y posesiva, que no la iba a compartir con nadie. Después se preguntó por qué no se sentía ofendida.

—No fue por curiosidad.

—Entonces, ¿por qué...?

—¿Sigues en contacto con él? —insistió él, sin responder a su pregunta.

Ella tragó saliva.

—No todas las relaciones acaban amistosamente —le espetó, lamentándolo inmediatamente.

—¿Qué pasó?

—Si te digo que no quiero hablar de ello, ¿seguirás insistiendo?

—No, pero seguiría siendo un misterio. Y no me gustan los misterios.

—Me traicionó de todas las formas posibles en que un hombre puede traicionar a una mujer. Me enteré de que no pensaba dejar de ser un playboy. Un playboy siempre será un playboy, ¿no?

La pregunta era tan incisiva que él la miró con dureza.

—Supongo que no pensarás que voy a hacer lo mismo.

—¿Quieres decir que todos los playboys no están cortados por el mismo patrón? —se burló ella, aunque deseaba que le respondiera afirmativamente.

¿Por qué?

¿Porque el hecho de no hallar similitudes entre Pierre y Javid debilitaba su resistencia? ¿Acaso porque podría tener la esperanza de que la sensación de que eran almas gemelas, cuando hablaban de gobernar juntos, no era insostenible?

Javid la miró con los ojos entrecerrados, cada vez más disgustado.

—Me he asegurado de que ninguna mujer pueda censurarme de ese modo tan despectivo.

—¿Estás seguro?

—Ninguna de mis relaciones ha acabado con acusaciones de promesas incumplidas.

—¿Así que habría sido culpa de ellas que sus sentimientos o su corazón quedaran heridos?

Él esbozó una sonrisa burlona.

—No vas a engatusar a un diplomático con hipótesis. ¿Qué te hace pensar que alguna mujer del pasado sintiera por mí algo que no fuera pasajero?

—¿Estás evadiendo la pregunta?

La sorprendió la idea de que todas sus relaciones hubieran sido superficiales. ¿Qué mujer en su sano juicio no querría...?

¡No! No iba a seguir por ahí. Era estúpido y peligroso.

—Lo que digo es que si crees que me parezco en algo al hombre que te traicionó, deberías preguntarte por qué.

Sin añadir nada más, la agarró del codo para conducirla a la mesa. Anaïs se percató de que ya no navegaban hacia el horizonte, sino en paralelo a él, lo cual proporcionaba una vista mejor de la maravillosa puesta de sol, que fue iluminándolos con sus distintos colores a lo largo de la cena.

El ambiente cambió. La tensión desapareció al servirles el primer plato y él volvió a mostrarse tan encantador como solía con el sexo opuesto.

La sacó a bailar después del postre, cuando el cielo se había vuelto de color púrpura. Ella no se resistió y se encontró en sus brazos bailando baladas francesas.

Cuando la apretó levemente la cintura para atraerla hacia sí, ella le puso la mano en la nuca y jugueteó con el cabello. Notó que él se ponía tenso, lo que le encantó.

Se dijo que el latir sincronizado de sus corazones era una cuestión biológica, que lo que los ojos de él despertaban en su interior era solo físico. Pero la idea de que deseaba que su matrimonio con Javid fuera más allá de la mera conveniencia la inquietó profundamente.

Él le había dicho que no era como Pierre y ella ansiaba que fuera verdad.

¿Hasta dónde estaba dispuesta a llegar para comprobarlo? ¿A acariciarlo? Ya lo estaba haciendo. ¿A besarlo?

¿A algo más?

Tragó saliva.

—¿Sigues debatiéndote en tu interior? Me sorprende que no estés agotada.

Ella sonrió.

—Puede que tenga más energía de la que te imaginas.

La apretó un poco más antes de soltarla.

—¿Es ahora cuando debo decir que estoy deseando comprobarlo para que me acuses de volver a caer en un cliché?

—¿No lo estarías haciendo?

—Puede que en cierto modo. Soy un hombre viril con su hermosa esposa en los brazos. Pero no me sorprende tu energía. A un hombre menos fuerte lo habría vencido tu resistencia a este matrimonio.

—Creo que tus cumplidos tienen doble sentido.

—O tal vez te esté diciendo que ambos somos seres superiores que deberían conseguir lo que desean sin mover tantas fichas en el tablero.

Su tono serio la puso nerviosa y la hizo desear cosas a las que creía haber renunciado hacía años.

—¿Te estás marcando un doble farol?

La desilusión brilló en los ojos de Javid, que frunció los labios. Ella se alarmó, lo que era absurdo, porque debería darle igual decepcionarlo.

Pero el ambiente había vuelto a cambiar. Una distancia fría se instaló entre ambos durante el resto de la noche.

Cuando, dos horas después, él la acompañó a la suite y le dio las buenas noches con frialdad, Anaïs se dijo que era lo mejor. Había pasado una velada con Javid, que podía calificarse de romántica, sin sucumbir a su encanto.

Debía considerarlo una victoria.

Entonces, ¿por qué se acostó con un nudo de anhelo en el estómago?



## *Capítulo 7*

**E**RA el tercer día seguido que Javid estaba en la terraza a horas intempestivas.

Reprimió una sonrisa autocrítica. Era incapaz de concentrarse, aunque aún conseguía reinar desde lejos e incluso conseguir alguna victoria diplomática sin perder demasiado prestigio.

Pero, fuera de eso, en las interminables horas que debería haber estado en el paraíso del placer, se enfrentaba a una resistencia inamovible. Y la causa era... Su esposa.

Observó la puerta corredera firmemente cerrada a pocos pasos de donde se hallaba. Tan cerca y a la vez tan lejos.

Como ella.

Llevaba tres días volviéndolo loco. Por una parte, ella le había confirmado que estaba justificado que insistiera en una unión armoniosa. Sus ideas para un mejor gobierno de Riyaal eran innovadoras y el miedo a no estar a la altura no le había desaparecido por completo, pero sí disminuido lo suficiente para que él se diera cuenta de que comenzaba a adaptarse a su nueva función.

Sorprendentemente, eso le había aliviado el temor ante la idea de reinar. Por primera vez en su vida no se sentía tan solo.

Ella pasaba con él todo el tiempo que exigiría una verdadera luna de miel. Cuando él la acariciaba la mejilla en público, ella lo imitaba o le ponía la mano en el brazo. Cuando él le sonreía, ella lo hacía de un modo tan deslumbrante que lo dejaba sin aliento.

Pero, al final, ella siempre se marchaba dejándolo enloquecido de deseo.

Debía reconocer que era una mujer única.

Pero su continuo rechazo le reabría antiguas heridas y le recordaba sus esfuerzos por intentar obtener una respuesta de quienes lo habían dejado abandonado hasta que lo necesitaban para hacer algo. Como sus padres.

Entonces, como ahora, sus esfuerzos habían resultado inútiles, pues sus padres no le habían prestado atención.

¿Corría el peligro de que se repitiera la situación, aunque en un plano distinto? ¿Lo esperaban el rechazo y la indiferencia?

Con el pecho oprimido, dirigió la vista al horizonte. Al menos no se había perdido un solo amanecer desde que habían llegado.

Se llevó la taza de café a los labios y saboreó el líquido ardiente con la esperanza de dejar de pensar en su esposa durante un minuto.

Oyó que la puerta se abría y supo que ella lo había visto porque contuvo una exclamación y detuvo sus pasos.

—Ah, estás aquí.

—¡Qué conmovedora reacción ante mi presencia!

Intentó con todas sus fuerzas no mirar en su dirección, pero fracasó. Al verla se le hizo un nudo en el estómago. Incluso recién levantada y despeinada estaba hermosa.

O tal vez fuera que se hallaba privado de sexo. Le parecía que Santa Bárbara pertenecía a un pasado distante e insatisfactorio, y el rostro de las mujeres se le había borrado.

Sorprendentemente, no echaba de menos aquellos días. Desde la coronación, el reto de gobernar tenía prioridad sobre todo los demás.

Bueno, sobre casi todo.

—¿Eso es café? —se dirigió donde estaba la bandeja con café que él había llevado al darse cuenta de que no podía dormir—. ¿Puedo?

Él le hizo un gesto de asentimiento y ella se sirvió una taza de esa forma tan elegante que tanto lo fascinaba. Después se le acercó, lo cual lo sorprendió.

Se dijo que no debería alegrarse, ya que probablemente ella volvería a atormentarlo. Pero lo único que hizo fue mirar el horizonte durante unos segundos, antes de volverse hacia él.

—¿Qué plan tenemos hoy? —preguntó, tras haber soplado el caliente líquido y haber avivado aún más el deseo de Javid.

Él hizo una mueca.

—Más tortura, supongo.

—¿Perdona?

Él sonrió.

—Has buceado, hecho esquí acuático, motociclismo acuático y parapente. Has tomado el sol y recorrido buena parte de la isla. Y todo ello haciendo una soberbia demostración de afecto fingido para los espectadores. Así que mejor dime tú qué plan tenemos para hoy.

La miró entrecerrando los ojos y anticipando la posibilidad de pelearse con ella.

—Se diría que se está quejando de que he hecho de todo menos lo que quería Su Majestad.

Javid estaba acostumbrado a que todos fueran muy educados con él, rayando la obsequiosidad. Salvo su esposa, que utilizaba su título cuando estaba enojada, sin importarle las consecuencias.

Por el rabillo del ojo vio un destello lejano que podía ser un jardinero que empezaba a trabajar o la sombra de un árbol, pero era la excusa que necesitaba para tocarla, para colocarle un mechón de cabello detrás de la oreja y deslizarle la mano por el cuello.

Ella se estremeció, lo que lo animó a acercársele más.

—Puede que sea así. Puede que me haya cansado de cómo están las cosas y quiera introducir algún cambio.

Ella dio un sorbo de café.

—¿Qué cambio?

Él no iba a reconocer que no sabía qué hacer. Lo que quería era dejar de luchar contra aquel inmenso deseo que lo estaba devorando vivo.

—Alguno que me permita dormir de una vez —contestó él, antes de quitarle la taza de la mano y tomarla en sus brazos.

Ella ahogó un grito justo antes de que él uniera sus labios a los de ella. Gimió cuando ella los abrió. Era la señal para hacerle todo lo que había planeado. Y cuando se detuvo con la misma brusquedad con que había iniciado el beso, siguió abrazándola.

—Bésame, por favor —le pidió con voz ronca.

Ella movió las manos como si fuera a levantarlas. Él contuvo la respiración, pero ella no las alzó.

—Nadie nos mira.

Lo asaltó el recuerdo del rechazo de sus padres, pero lo apartó de sí. Anaïs y él estaban unidos emocionalmente en su preocupación por Riyaal, en su compromiso para gobernar juntos. Pero ahora se trataba de algo puramente físico, de librarse de la locura que lo poseía.

—Entonces, bésame porque lo deseas.

Ella lo miró con los ojos como platos.

—Javid... yo... no deberíamos...

—Debemos hacer lo que queramos. Pero no intentes convencerme, Anaïs. Si consigues convencerte de que no me deseas, vete. Entonces, ambos sabremos la verdad.

Ella se lamió el labio inferior con la punta de la lengua.

Javid ahogó un gemido y se obligó a ser paciente, a pesar del deseo de devorarla y poseerla hasta quedarse saciados y exhaustos. Ella entreabrió los labios. Respiraba con dificultad. Los ojos se le oscurecieron por la intensidad del deseo.

—Dilo, Anaïs. Dilo y danos lo que deseamos.

Ella negó con la cabeza. Y él, desesperado, supo que nunca había deseado nada con tanta fuerza.

—No creo que...

—Deja de darle tantas vueltas. Toma lo que deseas, ma reine. Y no te disculpes.

Ella le miró el torso desnudo. Y a él le pareció que la piel le ardía. Su excitación aumentó, lo que le intensificó la erección.

Ella la vio al bajar la vista.

Lo miró con los ojos como platos y él estuvo a punto de echársela al hombro y llevársela. Pero no era un macho alfa, así que lo que hizo fue deslizarle la lengua por el cuello.

Cuando ella gimió sin apartarse, siguió lamiéndola gimiendo asimismo al notar la sedosa piel en la lengua.

—Madre mía, sabes de maravilla.

Ella le puso la mano en el hombro y ladeó la cabeza para que la acariciara mejor. Cuando sus ojos se encontraron, él insistió: —Dilo, Anaïs.

Ella volvió a lamerse los jugosos labios y suspiró hondo.

—Te deseo.

—¿Lo suficiente para poseerme sin reservas? —la presionó él, porque, aunque hasta entonces se había contenido, estaba a punto de estallar. En efecto, el príncipe playboy, el que ahora era rey de Riyaal, solo había podido aguantar tres días en manos de aquella seductora antes de sucumbir.

—Sin reservas —afirmó ella con voz ronca volviendo a lamerse los labios.

—Vas a tener que dejar de hacer eso.

—¿El qué?

Javid reprimió un gemido y le agarró el labio inferior con los dientes.

—Esto, entre otras cosas.

Ella enarcó una ceja.

—¿Alguna otra objeción?

¿Sobre cómo llevas días volviéndome loco? Tengo una lista, cariño.

Ella se sonrojó.

—Estoy deseando oírlo para demostrarte que tú tienes la culpa.

Él se echó a reír, lo que lo hizo sentir algo aliviado. La tomó en brazos y se dirigió a su suite.

—Me parece que vamos a dejarlo para después —vio que ella volvía a ruborizarse.

Si él no la llevara en brazos, Anaïs se habría caído a causa de la tensión que sentía al entrar en el dormitorio. Él lo notó, así como la mirada que dirigió a la cama deshecha.

Como si estuviera nerviosa.

¿Como si no tuviera experiencia?

La miró con los ojos entrecerrados. ¿Sus amantes anteriores la habían dejado tan insatisfecha que todo aquello le seguía resultando una novedad?

Por una parte, los celos que lo invadieron lo impulsaban a preguntarle; por otra...

—¿Quieres decirme algo, ma femme? —se sentía bien llamándola así. Y si eso lo hacía parecer un hombre de las cavernas, le daba igual. Podía añadirse a la locura que lo poseía en aquellos momentos.

Ella le comió la boca con los ojos. Era una invitación evidente.

—Me has demostrado que podemos estar unidos a la hora de gobernar. No voy a dar este paso a la ligera, Javid. No me decepciones.

A él se le hizo un nudo en el estómago. Otro reconocería que sus palabras lo emocionaban y se hubiera quedado maravillado por su confianza en él. Pero Javid no dejaba de pensar que le ocultaba algo.

Se juró que lo adivinaría, antes de besarla y gemir por el sublime sabor de sus labios. Su cálido cuerpo parecía hecho para sus brazos; la boca, para la suya. Tal vez deliraba, debido al prolongado deseo, pero estaba a gusto con ella en los brazos. Hasta el punto de que empezó a temblar, lo que le indicó que se adentraba en un terreno peligroso.

Ella le puso la mano en la nuca y le clavó las uñas, lo cual hizo que dejara de pensar y que solo se preocupara de atraerla hacia sí hasta que su aroma fue lo único que deseó seguir aspirando el resto de su vida.

La condujo a la cama, la tumbó en ella y le quitó la bata. La besó en el cuello, en el hombro y en la parte superior de los senos.

Anais contuvo la respiración cuando, gimiendo, él se metió un pezón en la boca. Ella ahogó un grito y se estremeció.

Javid agarró el camisón y tiró de él. La fina tela se rasgó. Y él, guiado por un instinto primitivo, se arrodilló y rasgó la prenda entera.

Ella lo miró jadeando.

—Tu es fou.

—Sí, estoy loco —le agarró un seno—. Me vuelves loco.

Al ver cómo temblaba, se lanzó sobre ella como una criatura hambrienta que la necesitara como el aire que respiraba.

Descendió por su cuerpo besándoselo. Cuando llegó a los sedosos rizos que le coronaban el vértice de los muslos y aspiró su aroma, pensó que el deseo que experimentaba no desaparecería enseguida. Tal vez...

No, no iba a contemplar la posibilidad de que hubiera una continuidad.

Le separó las piernas y le besó el interior de los muslos hasta hacerla retorcerse de deseo. Estaba cada vez más excitado. Entonces le deslizó la lengua por la suave carne, mientras ella gritaba de placer, pero vacilando, lo cual hizo que él volviera a preguntarse por su experiencia previa.

Javid había tenido muchas amantes, ninguna tan espontánea en sus reacciones como Anaïs. Le pareció que incluso la sorprendían a ella misma, la sobresaltaban y entusiasmaban.

Era una experiencia única, estimulante y adictiva.

Así que siguió dándole placer hasta que ella se puso frenética y alcanzó el clímax, acompañado de gruñidos de placer de él, ante el deleite que le causaba.

Anaïs creía que ver a Javid solo con los pantalones del pijama en la terraza ya era bastante tortura. Llevaba días soportándola mientras intentaba que la barrera emocional que había levantado no se derrumbara ante la intensidad de su deseo.

Verlo levantarse de la cama sin aliento, después del orgasmo más intenso de su vida, fue una tortura de otro nivel, deliciosa. Él se desnudó sin mostrarse cohibido, con una seguridad animal que aumentó el deseo que ella seguía experimentando.

Creía estar satisfecha, pero al ver su viril cuerpo desnudo supo que no era así. Se dio cuenta de que la intensidad de la necesidad que sentía no se parecía en nada a la que había experimentado en la relación con Pierre.

Se alegró de haber huido de ella, porque si esto era lo que le tenía deparado el destino...

Cuando él volvió a la cama, tras haberse puesto un preservativo, ella apartó de sí los malos recuerdos, pero se puso tensa.

Se había dado cuenta de sus ocasionales miradas circunspectas y sabía que había estado a punto de delatarse por la reacción a sus caricias.

«Díselo».

No sabía por qué mantenía en secreto que era virgen. Él lo descubriría enseguida. Tragó saliva, cuando su increíble cuerpo se situó sobre el suyo sin tocarlo. Él la miró a los ojos con esa atención que la excitaba y la alarmaba a la vez.

Desde que lo vio por primera vez, supo que no conocía a nadie tan intenso como él, pero ese nivel de intensidad había aumentado en los días

anteriores. Cuando estaban juntos, parecía que él absorbía cada una de sus reacciones, que tenía que ser testigo de todas sus emociones.

La observaba con una atención que la hacía pensar que nada más lo interesaba en aquel momento. Ella nunca había experimentado nada igual.

Y dudaba que volviera a experimentarlo.

—Abre las piernas para tu esposo, mon soleil —le susurró él.

Ella se estremeció. Las palabras cariñosas que salían de los labios de Javid hacían mella en su armadura. Notaba que se derretía.

Abrió las piernas y él miró fijamente el lugar con el que se había deleitado hacía un rato. Se le ensancharon las fosas nasales y se sonrojó de excitación al colocarse frente a la entrada al tiempo que la miraba a los ojos. —Mírame, mira cómo te tomo, habibti.

Sus palabras alertaron su cuerpo entero y, anticipando lo que iba a suceder, Anaïs se quedó sin respiración. Abrió la boca para decirle lo que le esperaba, pero no pudo articular palabra.

Lo miró a los ojos, mientras él la penetraba profundamente con un gruñido.

Se detuvo cuando ella chilló.

La sorpresa lo dejó petrificado y la miró con los ojos como platos al darse cuenta de lo que sucedía.

—¿Anaïs? —dijo con voz incrédula, insegura y levemente acusadora.

Ella bajó la mirada. Él le agarró la cabeza.

—No, mírame.

Ella tragó saliva.

—Explícate —musitó él.

Ella intentó encogerse de hombros, sin conseguirlo.

—Es que... Yo nunca...

Él entrecerró los ojos.

—¿Cómo puede ser? Recuerdo perfectamente que te mofaste de mí hablándome de tus amantes el día de la boda, con la intención de enojarme.

—Haber tenido amantes no implica haberse acostado con ellos.

—No juegues con las palabras.



Ella, nerviosa, se humedeció los labios y notó que él se removía en su interior. La sensación era tan deliciosa que intentó que se repitiera arqueando levemente las caderas.

Él apretó los dientes y volvió a sonrojarse.

—No habrá placer mientras no obtenga respuestas.

—Pues es evidente. No llegué a acostarme con mi exprometido. Ni con ningún otro hombre, ya que estamos.

—¿Cómo? —preguntó él, incrédulo, recorriéndole el cuerpo con la mirada—. Pues o estaba ciego o...

Ella lo hizo callar con un beso deslizándole la lengua por los labios. Él se estremeció con un gemido.

—¿De verdad quieres hablar de eso ahora? —murmuró ella—. Creía que los hombres valoraban la virginidad. ¿O lo que te molesta es tener que enseñarme a complacerte? Si es así, no te preocupes —añadió ella rápidamente, asustada ante la idea de perder aquella sensación, de perderlo a él.

La posesiva mirada de él la sorprendió.

—¿Y eso? —preguntó él en un tono igualmente posesivo. El hecho de haber mencionado su virginidad lo había marcado.

—¿No te has dado cuenta de que aprendo deprisa? —contrajo los músculos internos y la complació que él aspirara con fuerza y que soltara una maldición.

Para colmo, se acarició los pezones que se le endurecieron y se le pusieron de punta. Él jadeó.

—Anaïs, hablaremos después. Eres una bruja —dijo él antes de inclinarse para llevarse un pezón a la boca.

Ella gimió. Sus caderas se movieron por sí solas y sus manos se le aferraron a los hombros.

—¿Deseas algo? —preguntó él en tono burlón, sin moverse, mientras ella se retorció.

—Sabes que sí. Je veux plus —gimió ella al tiempo que le clavaba las uñas en los hombros.

Él se estremeció y los ojos se le oscurecieron de excitación.

—¿Quieres más? ¿Estás segura, habibti?

—Oui.

—Di mi nombre. Implórame. Dime por qué te mereces más.

—Tu eres terrible! —gritó ella.

Él le lamió despacio uno de los enhiestos pezones y después se lo metió en la boca, antes de contestarle.

—No, cariño, no soy terrible. Quiero lo que quiero y te quiero a ti. Dímelo y te daré más.

Ella le clavó las uñas con más fuerza y él pensó que le dejaría marcas, lo que lo enorgulleció.

—Más, por favor, Javid. Dame más —musitó ella temblando.

—Otra vez, pero en francés.

—¿Por qué?

—Porque me excita.

Ella lo repitió y ahogó un grito al notar que él se endurecía aún más en su interior.

—Mon Dieu.

—Exactamente. Y ahora que me has dado lo que quería...

La agarró de la nuca y comenzó a moverse. Ella echó la cabeza hacia atrás abandonándose al placer, que la hizo sollozar, mientras él la embestía sin parar diciéndole palabras en árabe y excitándola cada vez más, hasta que estalló sin poder remediarlo, mientras gritaba su nombre.

Javid observó a la mujer más desconcertante que conocía retorcerse de placer debajo de él y se esforzó en respirar. Se alegraba de que su instinto no lo hubiera engañado. Se había percatado de su inocencia, pero lo era mucho más de lo que se imaginaba.

Era virgen.

Cerró los ojos, mientras la palabra le resonaba en el cerebro. Hacía unos minutos habría jurado que le daba igual que una mujer tuviera experiencia o no. Descubrir que su esposa era virgen le había despertado un instinto de posesión que parecía intensificarse con cada embestida, con cada jadeo de ella, con cada gruñido de él.

Ese regalo que ella había mantenido en secreto hasta no tener más remedio que confesarlo no debería conmoverlo, pero lo hacía. Y él sabía por qué.

Era la primera cosa verdaderamente única que le habían entregado.

No había indiferencia posible ante eso ni forma de devolverlo.

Y ahora, al abrir los ojos para encontrarse con los de ella, que le ofrecía el cuerpo con una sonrisa tímida, que se volvió más atrevida al comprobar el poder que ejercía sobre él, supo que la recordaría como una de las experiencias más trascendentales de su vida.

Tal vez la mayor.

Volvió a besarla en la boca, reacio a afianzar esa idea, porque, si lo hacía, se arriesgaba a que ella ocupara un lugar importante en su vida.

Tal vez el más importante.

Volvió a gruñir sin poder evitarlo. ¿Qué le pasaba?

—Javid.

El susurro de su nombre lo lanzó al abismo, a cuyo borde se había estado aferrando todo lo que pudo. Y, por primera vez en su vida, perdió la noción del tiempo y del espacio y se convirtió en pura sensación, apretando su cuerpo contra el de ella, que gritó al alcanzar el clímax. El suyo le siguió inmediatamente y se entregó al júbilo que lo consumía.

Mientras intentaba tomar aire, no pudo apartar de sí la idea de que algo había cambiado ese día. Por mucho que quisiera calificar aquello de una lucha por el control del poder e incluso de un modo de quitarse de la cabeza a su esposa, no se trataba de eso. Y aún no estaba preparado para considerar dónde lo llevaría.

Así que en cuanto dejó de ver borroso, se apartó de ella, que se acurrucó a su lado, con los ojos cerrados, y le puso la mano en el pecho. Él le observó los labios hinchados por los besos y la piel cubierta de sudor.

«Es mía».

La idea estuvo a punto de cortarle el aliento. Antes de analizar su reacción, se levantó, la tomó en brazos y cruzó la habitación.

—¿Dónde vamos? —preguntó ella.

—No he sido todo lo delicado que debería. Un baño caliente te calmará —contestó él intentando no hacer caso de lo que le provocaba el sonrojo de ella y el contacto de su piel.

Se le pasaría.

Era forzoso.

Aunque tal vez no inmediatamente.

—Gracias, pero si es por eso por lo que parece disgustado, te aseguro que estoy bien.

Él la dejó en el suelo al llegar a la bañera. Con una mano en su cintura, abrió los grifos y echó gel en el agua.

—No estoy disgustado —le introdujo los dedos en el cabello—. Estoy... —no halló las palabras, lo cual fue el primer indicio de que aquello amenazaba la distancia y el dominio de sí mismo a los que siempre recurría. —¿Lo lamentas?

Ella había bajado la vista y contenía la respiración como si fuera a recibir un golpe.

—Claro que no. Intento no comportarme como un animal.

Se separó de ella y tiró el preservativo, antes de meterla en el agua. Después lo hizo él sentándose de espaldas a ella y le enjabonó la cabeza, al tiempo que volvía a pensar en el asunto que había quedado pendiente entre ambos.

—No me debes una explicación, pero querría saber por qué no me has dicho que eras virgen, habibti.

Anais había perdido la cuenta del número de emociones desconocidas que había experimentado en la hora anterior. La encabezaba, desde luego, la sublime experiencia de haber hecho el amor, aunque la expresión era demasiado insulsa para el torbellino emocional que le había supuesto perder la virginidad con Javid.

Y ahora, cuando era una batalla perdida intentar disimular lo que sentía, se temió que aquella montaña rusa no hubiera terminado, porque, en aquel momento, era incapaz de imaginar otro lugar en el que deseara estar ni otra persona con quien quisiera estar que no fuera con Javid.

Menos mal que estaba de espaldas a él, aunque era plenamente consciente de su masculina presencia.

—Anais.

Ella respiró hondo, sin molestarse siquiera en lamentar haberse burlado de él el día de la boda.

—¿Estás en contra de que una mujer tenga el derecho de decidir con quién se acuesta, dónde y cuándo?

Él dejó de masajearle la cabeza durante unos segundos.

—Si lo que intentas es librarte de mí ofendiéndome, no te va a servir de nada. Sabes perfectamente que no estoy en contra.

Ella se mordió el labio inferior.

—No era mi intención —se disculpó.

—¿Entonces?

—Las circunstancias impidieron que acabáramos en la cama.

Él no dijo nada, pero siguió lavándola y ella tuvo la sensación de que se derretía.

—Por otra parte, no me atrae la promiscuidad sexual.

—A esas palabras subyace un bagaje emocional.

Ella agachó la cabeza. Él le masajéó los hombros. Ella cerró los ojos, pero eso no le impidió seguir recordando, sino todo lo contrario. Así que volvió a abrirlos y contempló las burbujas de jabón en el agua.

—Mi madre tuvo varios novios mientras yo era una niña. Necesitaba el afecto de un hombre con una frecuencia que... —se calló y apretó los labios. —¿Con una frecuencia tan poco habitual que te preocupaba?

—Sí. Cuanto mayor me hacía, más de esos hombres creían que yo era igual que ella, que me gustaría recibir su atención —musitó apenada.

Javid masculló una maldición.

—¿Alguno intentó...?

—No. Me han contado historias en que eso destruyó familias, pero mi madre rompía la relación si alguno intentaba algo, aunque inmediatamente buscaba un sustituto.

Era una situación que la había desconcertado y dolido hasta que entendió que las relaciones normales entre hombres y mujeres no eran así. Entonces, el dolor aumentó por no ser nunca la primera en quien su madre buscaba afecto y aceptación.

Dauphine Dupont buscaba compañía como si la necesitara para respirar, pero enseguida sacaba defectos a la relación, incluyendo la que tenía con su hija. Los problemas más graves comenzaron cuando la madre le dijo que Anaïs no se sentiría realizada si no la imitaba y se buscaba también un hombre.

—Y eso te impulsó a hacer exactamente lo contrario. Te convertiste en una princesa de hielo para mantener a los hombres a raya. Y supongo que lo lograste.

A ella la sobresaltó la intuitiva respuesta de Javid, pues se hallaba absorta en los recuerdos

—No me veía comportándome así. Nuestra relación se deterioró porque no seguí su consejo. Mi madre creyó que afirmaba ser mejor que ella, aunque yo no basaba mi valía personal en tener o no tener una relación ni en servirme de mi sexualidad para asegurarme un lugar en la vida de un hombre.

—¿Pero cambiaste de opinión y te comprometiste con uno?

De haberse tratado de otro hombre, Anaïs habría pensado que el tono de la voz indicaba que estaba celoso. Pero Javid era rey y podía darse cualquier capricho y hacer realidad cualquier deseo, entre ellos el de conseguir a una mujer que le habían servido en bandeja de plata.

Volvió a respirar hondo.

—Pensé que Pierre era distinto. Me hizo creer que lo era.

—A ti no se te escapa nada, así que me interesa saber cómo lo hizo. —Convenciéndome de que dejaría de comportarse como un mujeriego — dijo ella con amargura, aunque no le pesó tanto como hacía unos días. Pero no quiso analizar el motivo.

—Es evidente que no le sirvió de mucho, ya que seguiste siendo virgen —¿era orgullosa satisfacción lo que ella percibía en su tono o eran imaginaciones tuyas?

Se puso tensa.

—¿Te alegra que su engaño no funcionara o que no fuera un playboy tan brillante como tú?

Javid exhaló con fuerza, y ella no tuvo que mirarlo para saber que lo había disgustado.

—Creía que te había quedado claro que no me gusta que me comparen con otro hombre, habibti.

—¿Ah, no? —le espetó ella sintiendo de nuevo la necesidad de sacarlo de quicio, como él hacía con ella.

—Dime qué te hizo para que quisieras castigar a todos los hombres.

—No a todos, solo a los que creen que hay unas normas para ellos y otras para las mujeres.

—Anaïs...

—Trabajábamos juntos, lo que probablemente no sea una buena base para una relación. Era mi jefe. Empezamos a salir pocos meses después de que él entrara en la empresa. No me dijo que era frígida por no acostarme con él tras un número adecuado de citas, lo que me resultó alentador — sobre todo porque, entre sus conocidos, tenía fama de rechazar a los hombres.

—Apostaba a largo plazo —apuntó él en tono mordaz.

—Así es.

—¿Por qué?

—No me molesté en averiguarlo. Al final, daba igual. Lo que sé es que, cuando le llamé la atención, me dio a entender que era culpa mía por no aceptarlo, que mi juegucito de reservarme lo había divertido al principio, pero que yo debía ser realista.

—¿Y eso implicaba...? —su voz era gélida, a pesar de que la seguía masajeando con suavidad.

—Aceptar que seguía queriendo casarse conmigo porque era de esas mujeres con las que un hombre se casa para ser respetable, pero que no esperase que fuera a cambiar. Para colmo, me dijo que me daba permiso para que yo también buscara otras relaciones, cuando nos casáramos.

Esa vez, Javid maldijo en voz alta con expresivas palabras francesas que a ella la sonrojaron.

—No hace falta que te recuerde que ahora eres reina y que dispones de muchos medios para hacerle pagar por sus errores.

Ella se preguntó dónde quedaban sus ideales feministas, cuando, a pesar del dolor que le producían los recuerdos, esbozó contra su voluntad una sonrisa al volver la cabeza y ver lo furioso que estaba por lo que le habían hecho.

—No me estarás sugiriendo que utilice mi posición para vengarme, porque estaría muy mal visto.

—No, no es eso lo que quiero decir, ma reine.

Mi reina.

Al recordar su posición Anaïs sintió un escalofrío cargado de poder y responsabilidad. Ahora que habían consumado el matrimonio eran oficialmente los reyes de Riyaal.

¿Durante cuánto tiempo?

La pregunta surgió de la nada, pero antes de poder reflexionar sobre ella, Javid le giró la cabeza y la besó larga y profundamente.

—¿A qué viene eso? —preguntó ella, aturdida.

—A que no me has contado nada de esa historia en francés.

—¿Cómo?

—Me he dado cuenta de que utilizas tu lengua materna cuando te emocionas.

Ella se quedó en estado de shock. ¿Cuánto de sí misma había revelado debido a eso?

—¿Así que crees que eso implica que me hace menos daño?

—Puede que te duela, pero no tanto como te imaginas. En tu fuero interno, te has dado cuenta de que, por suerte, conseguiste huir de las atenciones no deseadas de los amantes de tu madre y de tu ex.

El pánico de Anaïs aumentó. Javid adivinaba lo que sentía con precisión.

—Creí que eras diplomático no psicólogo.

Él sonrió con amargura.

—Hay síntomas fáciles de diagnosticar cuando tienes cierta experiencia. —¿Tú?

—Sí, pero ya te contaré la historia otro día. El agua se está enfriando.

Le aclaró la cabeza y la atrajo hacia su pecho.

—Tranquilízate —le susurró al oído—. De momento, olvidémonos del pasado.

Ella siguió tensa durante unos segundos, pero, como estaba tan deseosa como él de que los malos recuerdos desaparecieran, se apretó contra su cuerpo. Y él añadió:

—Ahora te entiendo mejor y sé que tengo que estar más pendiente de ti.

Así que prepárate, ma chérie.



## *Capítulo 8*

**A** PESAR de que Javid se lo había advertido, Anaïs no dejó de asombrarse los días siguientes.

Se decía que era tonta por aceptar la palabra de Javid, pero pronto descubrió que esta iba unida a acciones que demostraban que era cierta.

La deslumbraba con su brillante conversación y su ingenio. Cada vez más le pedía su opinión sobre asuntos de estado, cuando, a pesar de estar de luna de miel, tenía que dedicarse a sus deberes de gobernante.

Juntos debatieron las ventajas de organizar una Exposición Mundial para mostrar el talento cultural y los recursos existentes en todo el mundo. Adnan, el primo de Javid, había presionado mucho para conseguirlo, aunque al final, como casi todo, lo había relegado, porque ponerlo en práctica era más difícil que tener la idea.

Anaïs estaba entusiasmada con el proyecto y se quedó asombrada cuando él accedió a que formara parte del comité de relaciones públicas del acontecimiento.

Así descubrió lo que impulsaba a su esposo. Dedicaba toda su atención a lo que tuviera que hacer.

Y cuando, en el dormitorio, su atención se centraba en ella...

Javid era insaciable, lo cual a ella le parecía muy bien. Y según iban pasando los días, se dio cuenta de que su carácter cada vez le creaba menos problemas. De hecho, su opinión sobre él había cambiado por completo y se reprochaba por haber dejado que los amantes de su madre y el comportamiento de Pierre influyeran negativamente en su opinión de los hombres.

Javid no pretendía ser lo que no era. Cuando lo veía dedicarse a asuntos relacionados con Riyaal, su instinto la impulsaba a aceptar su palabra.

Y en cuanto a acostarse con él...

La gran compatibilidad que había entre ellos la asombrada hasta el punto de que había bajado la guardia y no veía ningún mal en seguir acostándose con él mientras estuvieran juntos.

—No me he marchado ni diez minutos y ya no me haces caso. No me gusta.

Anais siguió con los ojos cerrados tras la gafas de sol, mientras él le levantaba el brazo y se lo besaba desde la muñeca hasta el codo.

—Que seas rey no te garantiza automáticamente que monopolices mi tiempo.

—Pues debería. Seguro que está escrito en la constitución —afirmó él en tono divertido, lo que la hizo sonreír.

—Si lo estuviera, seguro que, a estas alturas, lo habrías subrayado.

Él le soltó el brazo y le agarró la cintura. Ella no tuvo que volverse para saber que se había tumbado a su lado en bañador, en la doble tumbona.

—No esperaba que volvieras tan deprisa. La llamada parecía grave.

—Lo era. Se han interrumpido las negociaciones con la familia Al Mejdi. El hijo mayor apoya al padre y anima a sus hermanos a rechazar la oferta que les hemos hecho.

Ella se alarmó, no solo por el tema de la llamada, sino porque se sentía culpable por no querer prescindir de la atención de Javid. Tampoco quería que se acabara la luna de miel.

Abrió los ojos y vio que él miraba a los lejos.

—¿Qué te pasa?

—Por mucho que me moleste, me temo que nos hallamos en una encrucijada en este asunto.

—¿Puedo hacer algo?

Él volvió a mirarla.

—Ya lo estás haciendo, habibti. En cuanto a este problema, cuando se llevan a cabo exigencias extravagantes sin pruebas concretas, hay que dejar que la justicia se ocupe del caso.

—¿Sin realizar una investigación?

—No creo que tenga elección. No voy a comprometer la integridad de Riyaal ni ante sus ciudadanos ni ante el mundo.

Ella le demostró su apoyo acariciándole la mandíbula.

—¿Tenemos que volver? —rechazaba la idea con todo su ser, pero debía ser realista.

Él le besó la palma de la mano.

—Veremos qué pasa. Les he dado una semana para que analicen mi última oferta. Nosotros dos emplearemos ese tiempo en buscar estrategias.

Anaïs no pudo defenderse de la calidez que le henchía el corazón.

Tampoco se resistió cuando él se quitó las gafas, las dejó en la mesa que había a su lado y la besó largamente hasta dejarla sin aliento. Lo que observó en el rostro de ella lo hizo sonreír con orgullo, al tiempo que le agarraba un seno y jugueteaba con el pezón.

—¿No vamos a ir a bañarnos desnudos, a media noche, a una cala cercana? —su voz ronca indicó a Anaïs lo mucho que deseaba hacerlo.

Ella le puso la mano en la nuca y lo atrajo hacia sí para besarlo.

—Me muero de ganas.

Diez horas después, Anaïs agradeció que hubieran podido bañarse a media noche a la luz de la luna, porque, poco después, otra llamada hizo que se agotara el tiempo que les quedaba de luna de miel.

La familia Al-Mejdi había comunicado sus quejas a los medios de todo el mundo y había convertido la delicada situación en una pesadilla.

El consejo recomendó a Javid que volviera inmediatamente. Y ahora se hallaban en el jet real regresando al reino.

Javid llevaba cuatro horas hablando por teléfono, desde que habían embarcado, y Anaïs se había dedicado a familiarizarse con las tareas que la esperaban. Javid estaba en la sala de reuniones; ella en el escritorio de la suite hablando con Faiza por videoconferencia.

La expresión del rostro de la joven era tensa.

—¿Todo bien? —preguntó Anaïs.

—Hay un poco de crispación, Majestad, pero, ahora que ustedes van a volver, estamos esperanzados.

Anaïs frunció el ceño. Se sentía culpable. ¿Había sido egoísta al disfrutar tanto tiempo de su idilio en la isla, cuando la necesitaban en el reino?

—Como se ha sabido el papel que desempeñará en la Expo, su agenda se está llenando a toda velocidad. ¿Quiere que la repasemos?

Ella asintió y comenzó una de las numerosas reuniones que le correspondían por ser reina de Riyaal.

Cinco semanas después, Anaïs pensaba que aquel bautismo de fuego había sido la punta del iceberg. Durante ese tiempo había recuperado su habilidad como relaciones públicas y aceptado que el protocolo real era una nueva forma de vida.

Fue un periodo en el que apenas vio a su esposo. Cuando Javid insistió en que se trasladara a su suite, la noche de su regreso, ella aceptó diciendo que era para guardar las apariencias. Y celebraron que ella hubiera capitulado haciendo furiosamente el amor. Pero se había despertado sola en la cama.

Y eso siguió sucediendo durante las semanas siguientes. Por la noche, cuando Javid se acostaba, la despertaba con las manos y la boca. Entusiasmada, ella caía en sus brazos, pero volvía a encontrarse sola por la mañana.

En un lamentable intento de atraer su atención, y sintiéndose al mismo tiempo culpable por robarle un tiempo que su pueblo necesitaba, había llegado una mañana muy temprano a su despacho, con la esperanza de que desayunaran juntos.

Él había esbozado una sonrisa forzada y distante, pero no le dijo que se fuera. El ambiente durante el desayuno fue tenso y la conversación superficial, cuando él no estaba tecleando en la tableta o dando instrucciones en árabe a su ayudante.

Después de aquello, Anaïs cortó por lo sano y no intentó volver a monopolizar su atención. Se decía que las exigencias de gobernar el reino disminuirían, pero eso no la ayudaba a dejar de percibir el abismo que se estaba abriendo entre ellos, sobre todo cuando había sido testigo durante la luna de miel del entusiasmo con que él estaba pendiente de ella.

Aceptar que ella ya no lo entusiasmaba, que la luna de miel se había acabado de verdad, le oprimía el pecho cada vez más, sobre todo porque aumentaba la frecuencia con que él no dormía con ella.

A medida que su dolor aumentaba y que no dejaba de pensar en cómo habían sido las cosas en la isla, se reprendía por ser débil. Ella no era así. Se había valido por sí misma antes de que Javid irrumpiera en su vida.

Era reina, pour l'amour de Dieu!

Entonces, ¿por qué se le llenaban los ojos de lágrimas y se sentía tan sola, cuando tenía montones de reuniones y de localizaciones para la Expo que visitar esa tarde, con un comité exclusivamente femenino?

Después de comprobar con pesar que Javid no había dormido esa noche en la cama, se levantó antes de que llegara Faiza.

Pero tuvo que detenerse al quedarse sin fuerza en las piernas. Volvió a la cama, sacudió la cabeza para disipar la niebla que la invadía y tragó saliva.

Unos minutos después, cruzó la habitación. Aunque dormía en la cama de Javid, no había vaciado por completo su propia suite, cuyo cuarto de baño y vestidor seguía usando.

Después de ducharse, se puso una bata de seda y se dirigió a la terraza para tener la primera reunión del día mientras desayunaba. Se detuvo al ver a su esposo.

Hacía tiempo que no lo veía únicamente envuelto en una toalla porque acababa de ducharse.

—No sabía que estabas aquí.

Él se mesó el empapado cabello.

—No voy a quedarme. Tengo una reunión dentro de diez minutos.

A pesar de sus frías palabras, él no se movió del sitio. Le miró el rostro y el pecho, lo que hizo que se le endurecieran los pezones. Y ella estuvo a punto de rogarle que le demostrara que la conexión que había habido entre ellos en la isla era cierta; que su incapacidad para dejar de pensar en él y su agitación no eran algo que le sucediera solamente a ella.

Se miraron fijamente e, impelidos por una fuerza invisible, se lanzaron uno en brazos del otro.

Él le introdujo los dedos en el cabello y levantó la barbilla con el pulgar.

Ella lo agarró de la cintura y entreabrió los labios.

Sonó el teléfono de la mesilla.

Y llamaron a la puerta.

Se separaron tan repentinamente como se habían abrazado.

—Javid.

Anaïs se humedeció los labios.

«Te echo de menos. Tenemos que hablar. ¿Qué nos sucede?».

No pudo pronunciar ninguna de esas palabras por miedo a que desencadenaran un seísmo al que no estaba dispuesta a enfrentarse. Así que se refirió a aquello a lo que ambos se habían comprometido.

—Hoy voy a visitar un emplazamiento para la Expo. Tu ayudante no me ha confirmado si vas a ir o no.

Volvieron a llamar a la puerta.

—No puedo, pero espero que me mantengas informado. Que me manden un correo electrónico de tu despacho cuando hayas acabado.

Dicho lo cual, se marchó.

Ella volvió a sentir debilidad en las piernas al abrir la puerta al mayordomo, que le anunció la llegada de Faiza. Sin dejar de pensar en la distancia definitiva entre Javid y ella, apenas pudo concentrarse en la reunión, y se sintió aliviada cuando acabó.

—Estaré lista para salir dentro de media hora.

—¿No ha oído lo que le he dicho, señora? —preguntó Faiza.

Ella se frotó las sienes. Comenzaba a dolerle la cabeza.

—Perdona, ¿qué has dicho?

—Se avecina una tormenta de arena. Tenemos que retrasar la visita hasta mañana o tal vez hasta pasado mañana.

—De acuerdo. ¿Qué es lo siguiente en la agenda?

—Nada, hasta que se programe una nueva actividad. Tómese la mañana y la tarde libres, si lo desea.

Anaïs fue a decir que era imposible, pero le dio un mareo. Llevaba un mes trabajando sin parar, incluso los fines de semana, porque era mejor que quedarse en el palacio suspirando por Javid. La idea de tener la mañana libre le pareció magnífica.

—Estupendo, merci.

Faiza sonrió.

—Le diré al mayordomo que le traiga el desayuno y que se asegure de que nadie la moleste.

—Gracias. Voy a leer un rato y, después, probablemente iré a bañarme.

No pudo hacer ninguna de las dos cosas, porque, en el momento en que el mayordomo entró con la bandeja, el olor a salmón ahumado la hizo ir al cuarto de baño a toda prisa, donde vomitó el té que se había tomado con Faiza.

Media hora más tarde, vomitaba por quinta vez cuando llegó la doctora de palacio, a la que había llamado discretamente el mayordomo.

Para entonces, Anaïs no necesitaba que la examinara para saber el diagnóstico.

Mientras vomitaba por tercera vez, una sospecha hizo que calculara su ciclo menstrual y se dio cuenta de que llevaba un retraso de tres semanas.

Así que, cuando la doctora entró y vio la prueba de embarazo que Anaïs había encontrado en el botiquín del cuarto de baño, la ayudó a acostarse y pidió al mayordomo que le trajera más té.

Una vez solas, la doctora sonrió.

—Enhorabuena, Majestad. Será un placer atenderla durante este maravilloso periodo.

—Gracias.

—No será un camino de rosas, desde luego. Debe empezar a tomar vitaminas. Y las náuseas matinales continuarán durante...

Anaïs apenas prestó atención a la serie de instrucciones que le dio la doctora. No dejaba de darle vueltas a la noticia. Estaba embarazada. Se tocó el vientre.

Iba a ser madre.

Javid iba a ser padre.

Su esposo, que llevaba casi un mes sin hablar con ella; que la había dejado esa mañana porque tenía cosas mejores que hacer que hablar con su esposa.

Estaba pensando en cómo iba a darle la noticia, cuando la puerta se abrió y entró él.

La miró con un brillo feroz en los ojos, que entrecerró al ver a la doctora. Esta le hizo una reverencia, antes de que él centrara toda su atención en Anaïs.

—¿Qué te pasa? —preguntó agarrándole las manos.

Ella tembló al sentir su contacto y se olvidó de lo que le acababa de suceder. Javid siempre tenía ese efecto en ella. Si entraba en la habitación y la miraba, se olvidaba de todo y de todos.

—Yo... Nada.

—Si no te pasara nada, no habrías estado vomitando durante una hora —miró a la doctora.

Esta miró a Anaïs y al observar su expresión afligida volvió a hacer una reverencia.

—Creo que Su Majestad es quien debe darle la noticia, Majestad. Con su permiso, los dejo. Estaré cerca por si me necesitan.

Javid asintió antes de volverse hacia su esposa.

—¿Anaïs?

Ella apenas oyó la puerta cerrarse. Se soltó de las manos de él para pensar con claridad. Él se mostró contrariado, pero no intentó volver a agarrárselas.

—Dime qué te pasa —dijo él con el ceño fruncido, mientras comenzaba a ir de un lado a otro por la habitación—. Si has comido algo en mal estado, las cocinas tendrán que ser...

—No he comido nada en mal estado —lo interrumpió ella con firmeza mirándolo a los ojos—. Son náuseas matinales. Estoy embarazada.

Él palideció y abrió la boca, incrédulo al tiempo que miraba la bandeja, apoyada en el vientre de ella, con los ojos como platos.

Pero fue la forma furiosa de negar con la cabeza la que le produjo escalofríos. Su completo rechazo le atenazó el corazón.

—¿Qué? No puede ser.

—Pues lo estoy —afirmó ella—. A pesar de que hemos tomado precauciones, ha sucedido.

Javid inspiró con fuerza.

—¿De cuánto estás?



Ella le escrutó el rostro buscando algo que no fuera la frialdad de un interrogatorio. Lo que vio le oprimió aún más el corazón. Era una expresión distante y envuelta en rechazo. Se la había visto muchas veces a su madre y a Pierre.

Se tragó el nudo de desesperación que se le había formado en la garganta.

—Aún no lo sé con certeza, pero podría ser de seis semanas.

Por primera vez, Anaïs vio que no estaba completamente seguro de sí mismo, que se hallaba desconcertado.

Él la miró durante unos segundos, pero no se le acercó ni le aseguró que estaría a su lado. Se puso aún más serio y se dirigió a la ventana.

Entonces, ella recordó lo que le había dicho la noche antes de casarse.

«Tener hijos, de momento, no entra en mis planes».

El silencio se hizo más espeso entre ambos.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó cuando no pudo soportarlo más.

Él se volvió. Su expresión era neutra.

—Lo único que podemos hacer. Haremos que te examine un médico en profundidad. Esperaremos el tiempo adecuado y anunciaremos el inminente nacimiento de nuestro hijo al reino y al mundo.

La frialdad de sus palabras fueron una sentencia de muerte para la esperanza que ni siquiera se había atrevido a reconocer que albergaba y que había comenzado en la isla. Se había hecho la ilusión de que la atención que él le había dedicado esos días y la compatibilidad existente entre ambos podían ser una base sólida para el matrimonio.

¡Qué equivocada estaba!

—Entonces, no hay nada más de qué hablar —contestó con un leve temblor en la voz que rogó que él no percibiera, al mismo tiempo que rogaba que volviera a acercarse a la cama y le demostrara lo que sentía ante la noticia.

Pero él no se movió, rígido e imponente. La miró durante unos segundos respirando con normalidad.

—¿Tienes todo lo que necesitas?

«Non», quiso decir ella.

—Sí —contestó. Al menos, conservaría la dignidad y no reclamaría un poco de atención como había hecho con su madre durante años. Si los días en la isla habían sido una anomalía, más le valía distanciarse ella también.

Aunque se temía que ya era tarde, que él se había introducido en su vida por completo y que su felicidad estaba irremediabilmente ligada a la suya.

Él asintió y salió de la habitación.

Anaïs se dejó caer sobre las almohadas temblando.

Llevaba semanas evitando la verdad. Pero cuando la puerta se cerró tras Javid, aceptó por fin la realidad. Aunque ahora estuvieran unidos por el vínculo inquebrantable del hijo que habían concebido, la unión que había habido entre ellos en la isla había sido una ilusión a la que ella se había aferrado.

Pero eso se había acabado.

Ahora, la única realidad sólida de su vida eran sus deberes como madre y reina. Mientras se acariciaba el vientre, se juró que no haría las cosas como su madre ni como su esposo.

Durante los dos días que duró la tormenta de arena, Anaïs se trasladó de la suite de Javid a la suya e intentó protegerse el corazón, que había estado a punto de entregar a alguien que no lo deseaba.

Javid estaba convencido de que nada lo había conmocionado tanto como que su esposa le anunciara que esperaba un hijo. Y era cómico, considerando todo el sexo que habían tenido las semanas anteriores y como cada vez que lo tenían se desesperaba más por la profundidad de su deseo por ella y de la necesidad de aferrarse a esa unión que no había experimentado con nadie más.

Esa forma de deslizarse gradualmente hacia la dependencia y la obsesión no era una experiencia agradable.

Por eso se había valido del asunto de la familia Al-Mejdi para mantenerse a distancia.

Se sentía desconcertado hasta el punto de evitar a su esposa, de ni siquiera poder desayunar con ella sin desearla con desesperación ni de poder ver su hermoso cuerpo mientras dormía sin sentir la necesidad de despertarla y dar rienda suelta a aquella ansia infernal que se había apoderado de él. Pero...

Un niño. Un heredero. Una responsabilidad de por vida, que requería algo más que diplomacia, que requería sentimientos de los que le habían privado durante su infancia, por lo que no tenía un modelo sobre cómo tratar a su hijo.

Hablaba en serio al decir que, de momento, no quería tener hijos, porque la mera idea lo asustaba. Lo cierto era que no estaba preparado para asumir la paternidad. Lo intimidaba más que ser rey.

Dos días después continuaba estremeciéndose de miedo. Al amanecer se hallaba deambulando por el despacho, donde había pasado otra noche, tras haberse quedado en estado de shock al volver al palacio y ver que Anaïs se había trasladado a su suite.

Lo aterraba la enormidad de lo que le esperaba en el futuro.

Miró el teléfono del escritorio.

Su madre había intentado retomar el contacto con él, desde que Tahir se había casado y era padre. Javid había rechazado sus intentos, porque, en su opinión, no había nada que salvar. Ya era tarde.

Ella ni siquiera había estado a su lado cuando su padre lo trataba como si fuera prescindible, sino que se había distanciado de él y solo le prestaba atención cuando lo necesitaba.

Aunque deseaba dar salida al caos que bullía en su interior, ¿cómo iba a confiar en su madre y en lo que le dijera?

Se le secó la boca al pensar en que tendría que enfrentarse a la situación solo. El miedo le hizo un nudo en el estómago.

Era el mismo miedo que se había apoderado de él impidiéndole decir nada a Anaïs para que no se percatara del torbellino de sus emociones. No era necesario que le transmitiera su incertidumbre.

Descolgó el teléfono y marcó un número.

—Por si los relojes no funcionan en Riyaal, te diré que está amaneciendo —gruñó su hermano.

Javid oyó al fondo un murmullo y el suspiro que soltó Tahir.

—Me dice mi esposa que no sea desagradable. Dime lo que tengas que decirme para poder volver a sus brazos.

Javid hizo una mueca, en parte por envidia y en parte porque prefería no imaginarse así a su hermano, aunque daría lo que fuera por estar en la misma situación con Anaïs.

—¿Qué te pasa, hermano?

—Mi esposa está embarazada —le espetó Javid sin poder contenerse. Retrocedió tambaleándose y se sentó mientras se mesaba el cabello. Se produjo un silencio.

—Ah, entonces supongo que ya no volverás a amenazarme por haberte propuesto que te casaras con ella. Es antes de lo que esperaba, pero... —Tahir... —le advirtió Javid.

—No hace mucho yo estaba en tu pellejo, hermano. Te cambia la perspectiva.

La emoción de la voz de Tahir hizo que se preguntara si se había equivocado al llamarlo. Necesitaba un consejo sensato, no el de un hombre embobado con su esposa y su hijo.

—No deseo un elogio de la paternidad. Lo que necesito... ¿qué necesitaba?

Oyó más movimiento y supo que su hermano se había levantado.

—¿Quieres que te diga que te sentirás como pez en el agua siendo padre?, ¿que nuestro pasado no se interpondrá? No voy a cometer la indignidad de mentirte. Es un reto al que tienes que enfrentarte con la madre de tu hijo.

Javid pensó en la tensa relación que existía entre ambos.

—Hablas de una unión que no existe.

—Pues te recomiendo que hagas algo al respecto. No es momento de ambigüedades, hermano, sino de decirle lo que quieres y, sobre todo, de prestar atención a lo que ella necesita.

«¿Y si no soy así? ¿Y si a la mujer fuerte con la que me he casado no le sirvo como esposo? ¿Y si no estoy a la altura?».

Se despidió y colgó, con la mente aún confusa.

Pero al salir el sol, recordó las palabras de Tahir.

«Dile lo que quieres, pero, sobre todo, presta atención a lo que ella necesita».

¿Qué más daba que le hubieran negado la satisfacción de todas sus necesidades por ser el segundo hijo y, por tanto, prescindible? ¿Y qué si la puerta de sus sentimientos había estado cerrada y la perspectiva de abrirla lo torturaba?

Se había forjado una nueva vida. Había superado obstáculos imposibles para situarse como un rey estimado en un tiempo récord.

¿No merecía la pena, por el bien de su futuro hijo, anular la distancia que su miedo y su inseguridad habían creado?

No solo por el bien de su hijo.

También por el de la mujer que le dominaba el pensamiento y le despertaba emociones hasta el punto de no poder seguir negando que era importante para él. La mujer que se había adaptado al papel de reina con tanta gracia y ecuanimidad que los habitantes de Riyaal se habían quedado hechizados con ella en solo unas semanas.

Habían establecido una perfecta sincronía en la isla, después del difícil comienzo de su relación. Ahora la apuesta era mucho mayor, pero ¿no lo sería también la recompensa, si ganaba?

Cruzó la habitación y abrió las puertas. Amin, que había sustituido a Wilfred, su secretario particular, se levantó de un salto del escritorio.

—¿Desea algo, Majestad?

—Aplaza las citas urgentes de esta tarde para otro día. Anula todo lo que tenga que hacer hoy.

—Muy bien, Majestad. ¿Estará disponible esta mañana?

No, si todo salía según el plan previsto.

—No, voy a desayunar con mi esposa y a pasar el día con ella... —se detuvo y frunció el ceño, cuando Amin carraspeó.

—Su esposa no está palacio. Se marchó hace una hora a visitar el emplazamiento de la Expo y estará fuera todo el día.

Javid reprimió una maldición y se mesó el cabello. Sintió inmediatamente la necesidad de ir a buscarla, pero tras la tensión que había entre ellos últimamente, ¿le gustaría que la interrumpiera en su tarea?

Además, lo que había planeado requería intimidad, porque le gustaría terminar su enfrentamiento desnudo con su hermosa esposa.

—Olvida las instrucciones que te he dado —dijo, lleno de frustración—.

Pero avísame en cuanto vuelva.

—Por supuesto, Majestad.

## Capítulo 9

**E**L emplazamiento de la futura Expo reunía todas las condiciones que deseaba Anaïs. Y cuando el equipo de arquitectos, planificadores y asesores turísticos estuvo de acuerdo en que era el primero en la lista, ella intentó entusiasmarse como lo había hecho al hablar de él con Javid.

Todo la retrotraía a los días idílicos de la luna de miel, lo que la oprimía el corazón y la hacía llorar.

Eran lágrimas que atribuía a la revolución hormonal del embarazo.

Se esforzó en sonreír, cuando Faiza se le acercó.

—¿Quiere acompañar al pequeño grupo al lago que pretenden utilizar para las exposiciones marinas?

Tras haber estado encerrada dos días en el palacio, por la tormenta de arena, no tenía ganas de volver, sobre todo porque la ausencia de Javid le confirmaba que le daba exactamente igual que estuviera embarazada.

—Iré al lago, pero puedes volver a palacio. Ha sido un día largo.

Faiza negó con la cabeza y Anaïs sonrió.

—Insisto. Como la tormenta ha durado más de lo previsto, mi agenda va a ser una locura durante los próximos días. Necesito que vuelvas y comiences a ocuparte de ella.

Faiza, claramente reacia, la miró.

—¿Está segura? Puedo hacerlo desde aquí.

—Lo estoy.

Anhelaba librarse durante un par de horas del escrutinio de su ayudante y de tener que mantener la compostura.

Faiza vaciló. Anaïs no le había hablado de su embarazo, pero su expresión hizo que se preguntara si no lo sabía ya todo el mundo.

—Estoy bien, Faiza. Vete.

Esta asintió, hizo una reverencia y se fue con dos guardaespaldas dejando a Anaïs con el resto.

Tres de los seis automóviles en los que habían llegado se dirigieron al lago. Anaïs se dio cuenta de que, tan al norte, había mala cobertura, aunque sabía que Javid no iba a llamarla.

En el interior del todoterreno no pudo continuar negándose a reconocer lo que sentía.

Había hecho algo impensable: se había enamorado de Javid. Probablemente aquella mañana en la terraza, en Bora Bora, cuando no solo le había entregado su cuerpo, sino también el alma, el corazón y el futuro, con la esperanza de forjar una unión en la cama y fuera de ella, en beneficio de Riyaal y en beneficio mutuo.

Ahora, el futuro se extendía ante ella de forma desoladora. ¿Cómo iba a marcharse, si era la madre del futuro heredero del trono?

Ahogó un grito cuando los neumáticos chirriaron en el camino. Se volvió y vio que el coche que la seguía había caído de lado. El suyo se balanceó y ella se golpeó el hombro con la puerta, antes de detenerse.

Se oyeron gritos. Unos segundos después, un rostro encapuchado apareció en la ventanilla. Unos ojos fríos la examinaron y le indicaron que abriera la puerta.

—¡No! —gritó el jefe de seguridad—. Pase lo que pase, quédese dentro, Majestad.

Anaïs asintió, pero el coche comenzó a llenarse de humo. Se percató inmediatamente de lo que sucedía.

—No puedo. Hay humo. No puedo respirar. ¡Mi hijo!

Agarró el picaporte.

—¡Majestad! —uno de los guardaespaldas le agarró la mano, antes de que pudiera abrir la puerta.

Ella se volvió.

—Van a entrar de un modo u otro. Si salimos, tendremos una oportunidad.

—Nos quedaremos con usted. No permita que nos separen.

Anaïs sabía que, en el momento en que abriera la puerta, la situación no estaría en sus manos.

La vista comenzó a nublársele

Aterrorizada por seguir inhalando humo, agarró de nuevo el picaporte.

Su último ruego, antes de desmayarse, fue que el hijo al que ya quería más que a su vida, no sufriera daño.

A Javid no le sorprendió su incapacidad de concentrarse durante todo el día. Aunque fuera el rey, sus empleados no disimulaban su irritación porque no dejaba de preguntarles si su esposa había vuelto.

Amin se había hecho cargo voluntariamente de decirle, cada diez minutos: «No, Su Majestad no ha regresado».

Así que, cuando llamó a la puerta y entró, Javid ya suspiraba decepcionado. Pero alzó la vista y contempló el rostro afligido de Amin. Se levantó de un salto.

—¿Qué pasa?

—Majestad, nos han informado de que han atacado la comitiva de la reina.

La vista se le nubló de terror.

—¿Dónde?

—Uno de los miembros de seguridad, que regresaba con la secretaria de Su Majestad, consiguió hablar con los guardaespaldas, antes de que la comunicación se cortara. Faiza está al teléfono —añadió Amid indicándole con la cabeza el móvil sobre el escritorio.

Javid respiró hondo y agarró el teléfono.

—Explícame por qué no estás con mi esposa.

—Lo siento mucho, Majestad, pero ella insistió en que volviera a palacio —¿Por qué?

—Creo que quería estar sola.

—¿Por qué? —preguntó Javid con el corazón desbocado—. Cuéntame todo lo sucedido desde que salisteis del palacio esta mañana.

Faiza le explicó el itinerario de Anaïs y todo lo que había hecho. Javid se sintió orgulloso y furioso alternativamente.

¡Por favor! Estaba embarazada, pero trabajaba más que tres hombres juntos. A pesar de que quería castigar a Faiza por haber dejado a Anaïs y por haber dividido el destacamento de seguridad, ya que ningún miembro de la realeza salía del palacio sin escolta, y sabía que Anaïs no habría dejado volver a Faiza sin protección, intentó no dejarse llevar por la ira.



Acabó de hablar justo cuando su jefe de seguridad entraba.

—¿Qué se sabe del paradero de mi esposa?

—Uno de mis hombres ha conseguido hablar cinco segundos por teléfono, antes de que la comunicación se cortase. Los atacantes han inutilizado dos de los tres vehículos. El de Su Majestad estaba intacto, pero lanzaron humo al interior para que los ocupantes salieran. Todo indica que la han secuestrado. Solo a ella —dijo en tono grave.

Javid retrocedió aterrorizado.

—¿Se sabe quiénes son?

—Aún no. Ha sucedido hace menos de un cuarto de hora.

Javid apretó los puños para librarse del miedo y se dirigió a la puerta.

—¿Hay algún herido?

—Los guardaespaldas y los miembros del equipo que viajaba con ella estaban inconscientes, pero ya se han despertado. Aparte de unos cuantos arañazos y magulladuras, están bien.

—Supongo que sabe dónde ha sido. —Sí, Majestad, pero... —  
Lléveme allí.

El viaje en helicóptero fue el más largo de su vida. Por un lado se sentía culpable y, por otro, rogaba a todos los dioses que conocía que su esposa estuviera a salvo.

La encontraría y se la llevaría sana y salva. Era el único resultado que contemplaba. Y después le rogaría que volvieran a estar juntos, porque aquella vida a medias que llevaba y que había creído que le bastaría carecía de valor sin ella.

La recuperaría.

El helicóptero aterrizó y se dirigió al todoterreno que había ocupado su esposa. Lanzó una maldición al ver el bolso en el asiento, con el contenido por el suelo. Se volvió hacia el jefe de seguridad.

—¿Están listos los drones?

—Sí, Majestad. Los rastreadores terrestres ya se han puesto en marcha.

La encontraremos.

Javid apretó los puños, desesperado.

—Sí, pero ¿cuándo?

El jefe de seguridad palideció y, como no podía responderle, se retiró discretamente dejando al rey abandonado a pensamientos tan horribles que no se los desearía ni a su peor enemigo.

Anaïs recuperó la conciencia poco a poco.

Primero oyó el crujido que hacía un animal al escabullirse.

Después notó que le dolía el hombro.

Por último, el dolor de cabeza prevaleció sobre todo lo demás.

Abrió los ojos y se sobresaltó al ver un perro que la observaba y que se puso a ladrar antes de salir corriendo.

Se llevó la mano al vientre. Alarmada, estaba intentando sentarse cuando entró una mujer de su edad, bien vestida, seguida de un hombre mayor que la miró con los ojos entrecerrados, pero sin malevolencia.

A Anaïs se le desbocó el corazón y comenzaron a sudarle las manos. La mujer le sirvió un vaso de agua y se lo tendió. Ella lo tomó, para no ofenderla, pero no bebió, a pesar de que se moría de sed.

—¿Sabe quién soy? —preguntó el hombre.

Anaïs asintió.

—Usted es Hamid, el hijo mayor de Al-Mejdi.

—Así es.

—¿Dónde estoy?

El hombre se encogió de hombros.

—No se preocupe por eso, Majestad.

—Y los que venían conmigo, ¿dónde están? ¿Qué les ha hecho? —se sintió momentáneamente aliviada por haber pedido a Faiza que volviera a palacio.

—No nos servían de nada, así que los hemos dejados allí. Están ilesos.

—¿Qué es lo que quiere de mí?

—De usted, nada. De su esposo...

Las palabras no pronunciadas consiguieron su propósito: producirle pánico.

Contempló el vaso de agua, antes de alzar la cabeza y mirar al hombre fijamente a los ojos.

—¿Cuánto tiempo llevo aquí?

Hamid esbozó una leve sonrisa.

—Espero que el suficiente para que su esposo se preocupe.

La furia se apoderó de ella.

—Es inútil que me utilice para chantajearlo.

—Entonces, ¿por qué se ha puesto a buscarla hasta debajo de las piedras?

Anais estuvo a punto de responderle, pero lo pensó mejor. Decir a aquel desconocido que Javid era posesivo con respecto a lo que consideraba suyo no serviría de nada. Miró a su alrededor.

La habitación carecía de ventanas. Tal vez fuera un almacén.

—¿Cuánto tiempo piensa retenerme?

Él volvió a sonreír.

—El suficiente para que mis exigencias sean atendidas, pero no lo bastante para hacerle daño ni a usted ni a su futuro hijo.

Anais ahogó un grito.

—¿Cómo lo sabe?

—Mi esposa me ha dado cuatro hijos. Conozco las señales. Y usted me lo acaba de confirmar.

Ella reprimió un gemido de desesperación.

—A Javid... Al rey no le va a gustar. Deje que me vaya.

Él se volvió hacia la puerta y le habló por encima del hombro.

—A su debido tiempo. Bébase el agua. Le aseguro que no pretendemos hacerle daño. Ahora le traerán algo de comer. Y cuando vuelva, puede que le diga algo sobre el rey del que tan buena opinión tiene.

Solo el intervalo entre las comidas le daba una idea del paso del tiempo. Después de que le hubieran ofrecido cuatro veces de comer, calculó que llevaba retenida día y medio; tal vez algo más.

El tiempo hizo estragos en su imaginación. Sobre todo después de lo que le dijo su captor durante la tercera comida.

Le confirmó que todo lo que le había contado Javid era mentira.

Se levantó de un salto, cuando él volvió a entrar acompañado de la joven, que le dejó la bandeja en la mesa, pero no se marcharon inmediatamente.

Él se sacó del bolsillo lo que parecía un teléfono por satélite y efectuó una llamada. Cuando respondieron, dijo:

—Majestad, creo que esperabais mi llamada. Me alegra saber que habéis llegado a un acuerdo con mi padre.

—Con tu padre, pero no contigo. Te has condenado al apropiarte de lo que es mío. Como le toques un pelo a mi esposa tus descendientes y tú pagaréis las consecuencias —afirmó Javid en un tono tan siniestro que a ella le produjo un escalofrío.

Antes de que Hamid pudiera responder, se cortó la comunicación.

Fue entonces cuando ella oyó el sonido del rotor de un helicóptero y, por encima de él, el rugido de cientos de motores.

Llegaba su esposo, acompañado de un verdadero ejército. Presa de pánico, su captor salió corriendo. Anaïs oyó gritos, seguidos de ruegos.

La puerta se abrió y apareció Javid, vestido de negro de los pies a la cabeza. El alivio y el agradecimiento hicieron que ella volviera a caer en la cama.

Él la miró durante unos segundos y después la tomó en brazos y la acurrucó contra su pecho como si fuera una niña. Y ella no protestó. Durante unos instantes quiso disfrutar de su calor y su fuerza.

El miedo a lo desconocido y a lo que le pudiera pasar al bebé la habían dejado exhausta. Apoyó la cabeza en el pecho de Javid para que los latidos de su corazón calmaran el de ella.

Él la apretó contra sí un poco más y salió. Ella frunció los ojos ante la luz del sol y puso la mano en la nuca de su esposo.

—Detenedlos a todos —dijo él—. Después me ocuparé de ellos.

Dos horas más tarde, Anaïs, ya en el palacio, se había bañado y acostado.

La doctora le había hecho un reconocimiento en profundidad, en presencia de Javid, y le había recetado beber mucho líquido y reposar unos días.

Anais agarró la caja de pañuelos de papel. Tantas emociones habían conseguido que llorara sin parar. Y, aunque no quería mostrarse débil ante Javid, sus hormonas no eran del mismo parecer.

Lo observó mientras deambulaba por la habitación mesándose el cabello. Faiza le había dicho que la habían retenido cuatro días.

Durante ese tiempo, Javid no debía de haberse afeitado, a juzgar por la incipiente barba que tenía. Que a ella le resultara tremendamente sexy solo era otro indicio de los sentimientos sin esperanza que le inspiraba.

—Gracias por haberme rescatado. Reconozco que estaba aterrorizada.

Él se detuvo y emitió el sonido de un animal herido, y a ella se le llenaron los ojos de lágrimas.

—Espero no tener nunca que devolverte el favor, pero te debo una.

Él frunció el ceño.

—No digas eso. ¡No me debes nada! ¡Haría lo que fuera porque estuvieras a salvo!

—Por curiosidad, ¿cuál ha sido el precio de mi rescate?

Él hizo un gesto de rechazo con la mano.

—No importa.

—Me importa a mí. Dímelo —dijo ella con voz temblorosa.

Él apretó los labios.

—Ningún miembro de la familia Al-Mejdi tendrá un cargo en el gobierno, desde luego, pero he aceptado la concesión que mi primo les había hecho: reducir las tasas de los bienes que importasen a cambio de que lo ayudaran a mantener la paz en el norte del reino. Lo que Adnan no sabía era que ellos mismos habían creado la situación que querían ayudar a resolver, una táctica que habían utilizado varias veces.

—Entonces, ¿por qué has accedido?

Él la miró, asombrado.

—¿Me lo preguntas en serio? ¿Sabes lo que he sufrido mientras estabas en su poder?

Pero Anais no se engañó creyendo que ella era el motivo.

—Deja de comportarte como si yo te importara —se llevó la mano al vientre—. ¡Como si te importáramos!

—¿Qué alternativa había?, ¿sentarme tranquilamente a la mesa de negociaciones y regatear con tu vida? ¿O habrías preferido que te dejara allí alegando que no sabía dónde estabas, mientras seguía con lo mío?

—Al menos, algo hemos progresado.

—¿A qué te refieres?

Ella respiró hondo, pero no le sirvió para calmar la angustia que sentía ante la posibilidad de que él contestara afirmativamente a la pregunta que iba a hacerle.

—¿Has acordado con el consejo real que reinarás diez años y que te da igual quién reine después, siempre que no seas tú?

Él se quedó rígido de la sorpresa y la miró con la boca abierta. Y no fue necesario que lo confirmase.

—Anais...

—Ahórrate las explicaciones. La verdad ha salido a la luz. Eres un hipócrita.

—Cuidado con lo que dices, habibti —la previno él.

—Tú no lo tuviste al presionarme con mis deberes y responsabilidades, cuando pensabas dar la espalda a los tuyos.

Él dio una zancada hacia ella.

—Las cosas han cambiado —negó con la cabeza—. Debes descansar. No es momento de hablar de eso.

—Tienes razón, no es el momento. Pero ten la seguridad de que no hará falta que volvamos a hablar del tema: J'en ai fini avec toi.

No le gritó las últimas palabras. A pesar de la angustia que sentía, las pronunció con calma.

Javid la miró atónito y ella se dio cuenta de que al haber hablado en francés había conseguido que la entendiera. De todos modos, por ser quien era, se le acercó con paso decidido y la miró con los ojos entrecerrados.

Ella se subió las sábanas hasta la barbilla y fijó la vista en la pared.

Transcurrieron unos tensos minutos.

Después, él se marchó y ella perdió la compostura que se había esforzado en mantener. Y comenzó a sollozar.

Durante los tres meses siguientes, se comportaron de forma civilizada. Cuando se anunció el embarazo, ella sonrió ante las felicitaciones de sus empleados y sus cariñosos súbditos.

Se decretó que el día que diera a luz sería fiesta, y el reino se liberó, por fin, de la tragedia de haber perdido a los reyes anteriores.

En público, Anaïs y Javid eran una pareja real moderna. Se agarraban de la mano y ejercían de anfitriones en ceremonias públicas. A veces, cuando la agonía de su amor no correspondido le resultaba insoportable, ella consentía que él le acariciara el vientre, donde su hijo iba creciendo.

Sin embargo, lo que el público no sabía era que iban juntos a todas partes porque, cuando no estaban en palacio, Javid se negaba a perderla de vista.

Con toda discreción, se había juzgado a sus secuestradores y se les había declarado culpables. Ya no suponían una amenaza.

A todos los efectos, las cosas podían volver a la normalidad.

Pero no era así. El abismo que se había abierto entre ellos era insalvable.

Y cuando, a la mañana siguiente, Javid se presentó en la suite de ella para la primera ecografía, Anaïs supo que no podía más.

Él la tomó de la mano para conducirla a una cama especial que se había instalado en el salón.

—¿Están listos, Majestades? —preguntó la doctora sonriendo.

Anaïs miró a su esposo. Las náuseas habían desaparecido. Estaba casi de cinco meses y ya se le notaba el vientre abultado. Cuando él la tomó de la mano, supo que solo lo hacía para aparentar.

Sin embargo, entrelazó los dedos con los de él y su calor aumentó la añoranza.

—Estamos listos —dijo Javid.

—¿Quieren saber el sexo?

—Oui —dijo ella.

Él asintió.

—Su hija está sana y bien.

Ambos miraron la pantalla y a ella el corazón le dio un vuelco.

Debería haber sido el mejor momento de sus vidas.

Anais se concentró en lo que les decía la doctora para no perderse nada importante, aunque su corazón gritaba de dolor.

Cuando la doctora se fue, se soltó de la mano de Javid.

—La semana pasada, la doctora me dijo que me sentaría bien un cambio de aires. Creo que voy a marcharme una temporada al Palacio Esmeralda.

Era una mentira piadosa. La doctora le había recomendado aire fresco, que podía tomarlo paseando por los jardines del palacio.

El Palacio Esmeralda, denominado así por el color del agua que lamía sus rocosas orillas era la elección más acertada. Las fotos que ella había visto eran asombrosas.

Javid asintió.

—Puedo organizarme para que pasemos allí una temporada. Dame unos días para resolver ciertos asuntos.

—¿Es que vas a venir conmigo?

—No pensarás que voy a dejar que te vayas sola.

—Pues sí, eso es precisamente lo que pensaba.

—Ni hablar.

—Te recuerdo que has triplicado las medidas de seguridad desde el incidente. ¡No estaría más segura en ningún otro sitio!

—Me da igual, voy a...

—No quiero que vengas, Javid.

Él se quedó inmóvil y se le endureció la expresión.

—Lo tienes todo planeado para excluirme ¿no?

A ella no le pasó desapercibida la amargura de su voz, que exacerbó la suya.

—Si no querías que eso sucediera, no deberías haberme engañado.

Él abrió la boca para contestarle, y ella se dio cuenta de que ansiaba pelearse con él o que él hiciera algo que le demostrara que lo sucedido le dolía de verdad.

Pero Javid, como solía hacer, dio media vuelta y se marchó.

Desesperada, Anais llamó a Faiza para que comenzaran a hacerle el equipaje.



## *Capítulo 10*

**J**AVID no sabía qué hacer.

Lo aterrizzaba perder a Anais. Llevaba un mes, que le había resultado espantoso, respetando sus deseos, sin ir a verla.

Ella volvía al palacio con frecuencia para dar la impresión en público de que las cosas iban perfectamente entre ambos. Pero no veía el momento de marcharse.

Y él estaba harto.

Así que experimentó una enorme satisfacción al detener el deportivo ante las puertas del Palacio Esmeralda y ver la expresión sorprendida de ella, que se hallaba en el vestíbulo, detrás del mayordomo.

—¿A qué has venido?

Él podría haberle contestado, con arrogancia, que era el rey, que todo lo que lo rodeaba, incluido el horizonte, le pertenecía y que, por lo tanto, tenía todo el derecho a estar allí.

Era lo que habría hecho el antiguo Javid. Pero estaba intentando cambiar.

Se guardó las llaves del coche en el bolsillo y subió las escaleras. Indicó con la cabeza a los empleados que se marcharan, una vez que los guardaespaldas se aseguraron de que estaba sano y salvo en el interior del edificio. Ellos también se fueron.

—Este juego ya dura demasiado.

Ella enarcó una ceja.

—¿Ah, sí? ¿O simplemente estás huyendo de tu madre?

Durante unos segundos, pensó que se burlaba de él. Pero no había nada en su hermoso rostro que lo indicara. Tenía la mirada apagada; el

brillo de sus ojos del que tanto había gozado durante la luna de miel había desaparecido.

Y pensó que estaba dispuesto a casi cualquier cosa para que reapareciera. Incluso había cedido a la petición de Tahir de ver a su madre, lo más probable para librarse él de ella.

El acuerdo se había traducido en dos tensas cenas. Y él había llegado a la conclusión de que no quería repetir la experiencia, a menos que su esposa lo respaldara con su presencia.

—Quiere conocerte. Como no lo hizo en la boda, se siente ofendida.

—¿Has venido por eso? ¿Para que regrese para seguir actuando?

—Si fuera por eso, ¿te resultaría más agradable mi presencia?

Ella suspiró.

—Javid...

—No, no me digas que me vaya —le rogó. Y no le importó hacerlo.

—Eres el rey, así que no puedo decirte que te vayas. No tengo ese poder.

—Tienes todo el poder. Y me aterra que no lo emplees porque crees que no merece la pena, que yo no merezco la pena.

—¿Qué dices?

—No me soportas. Por eso dejamos de dormir juntos, por eso te escondes aquí.

Ella rio.

—¿Hablas en serio? —preguntó, incrédula.

—Sí. Si no es verdad, dime por qué me has abandonado.

—¡Estoy aquí porque te has apartado de mí! ¡Porque me empezaste a tratar con frialdad en cuanto nos montamos en el avión para volver a Riyaal! —negó con la cabeza—. ¿Cómo te atreves a echarme la culpa? ¡Me abandonaste mucho antes de que yo lo hiciera!

El tragó saliva y el miedo le hizo un nudo en el estómago. Ya era tarde.

—Pero, en realidad, no pensabas quedarte. Solo diez años, ¿no? ¿Lo suficiente para demostrar lo buen gobernante que eras, antes de marcharte? Así es como haces las cosas. Te vuelves insustituible y luego te vas, cuando todos te necesitan. C'est ton modus operandi.

Ahora fue él quien la miró incrédulo.

—¿Insustituible? Todo el mundo quiere algo de mí, hasta que dejan de considerarme útil. Yo no tenía intención de ser rey ni ser alguien que otros necesitaran. Siempre he sido un adorno útil; un mediador, como mucho. Es cierto que regateé para gobernar durante un plazo concreto, pero solo porque creía que había alguien más adecuado para el puesto. Alguien como tú, habibti.

Ella lo miró con los ojos como platos y la boca abierta.

—¿Cómo yo? Tu es sérieux?

Javid sonrió.

—Insistí en que te quedaras porque sabía que nuestro pueblo se enamoraría de ti. Y así ha sido.

—Pero yo no quería el trono. No quiero reinar, si es sin... —negó con la cabeza—. Nos estamos alejando del tema.

—¿Que te abandoné antes de que tú lo hicieras? Sí, lo hice porque me aterrorizaba que me volvieran a dejar de lado, de que dejara de resultar útil o de que te asustara por lo mucho que te deseaba.

—¿Por qué?

—Mi padre me dejó muy claro que yo no estaba a la altura de sus expectativas. De niño, reaccioné portándome mal. Al crecer, me marché de Jukrat y llevé una vida que sabía que lo sacaría de quicio.

—Supongo que fue así, ¿no?

—Sí, pero incluso entonces quise demostrarle que no era un inútil. Así que me convertí en un excelente diplomático. La primera vez que requirió mis servicios, me entraron ganas de regodearme como nunca lo había hecho.

Javid se obligó a continuar, a excavar con mayor profundidad en el amargo pozo de su infancia.

—No lo hice porque daba gracias por resultarle útil. Pero en cuanto acabé mi trabajo, volvió a fingir que no existía. Y eso se ha repetido en más ocasiones.

—Pero yo no te he utilizado ni te he tratado así —susurró ella—. En la isla, me convenciste de que éramos iguales, de que me valorabas. Pero después me excluiste, salvo en la cama. Pensé que, para ti, solo era un cuerpo, no una mujer con cerebro y sentimientos.

Javid sintió tal opresión en el pecho que creyó que estaba sufriendo un infarto.

—No eras solo un cuerpo y éramos... somos iguales. Pero nunca había tenido lo que tenía contigo. Y me asustaba lo mucho que lo deseaba. Utilicé la excusa de los problemas de gobierno para distanciarme, porque temía que me rechazaras.

—Nunca lo he hecho.

—A veces, el miedo por el trauma es mayor que el propio trauma. Estoy condicionado y no encuentro una salida.

Ella se abrazó el vientre. Él sintió una oleada de deseo, pero no sexual, sino procedente del corazón; un deseo que lo impulsaba a arrodillarse ante ella y adorarla el resto de su vida.

—Pero estoy cambiando, mon soleil.

Ella negó con la cabeza con expresión dolorida.

—Era aterradora la facilidad con la que dejabas de sentir.

—No dejaba de sentir, sino que ocultaba mis sentimientos. Pero no puedo seguir haciéndolo. Los últimos meses han sido un infierno lleno de remordimientos y terror al pensar que lo había echado todo a perder; que no haberte dicho lo que sentía, esa mañana en que fuiste a ver el emplazamiento de la Expo, era el mayor error de mi vida.

Ella frunció el ceño.

—Un momento... ¿Pensabas hablar conmigo esa mañana?

—Llevaba tres días lamentando mi reacción ante la noticia de que iba a ser padre, otra cosa para la que no me sentía preparado. Pero no dejaba de pensar en la sincronía que había habido entre nosotros en la isla. Y en efecto, también quería decirte que lamentaba mi comportamiento. Y al descubrir que te habían secuestrado...

Ella se tambaleó y él le pasó el brazo por la cintura. Ella no lo rechazó.

—Fueron los cuatro días peores de mi vida.

—Lo fueron para los dos —susurró ella—. No sabía si volvería a verte.

Él soltó un gemido.

—No cumplí con mi deber de protegerte. Siempre lo lamentaré.

Ella le puso la mano en la mandíbula.

—No fue culpa tuya, sino de quienes me secuestraron.

Javid quiso gritar de alegría al sentir su mano. Pero aún no había acabado. Debía hacerlo para poder olvidarlo, tanto en beneficio propio como de ambos.

—¿Qué me habrías dicho esa mañana? —preguntó ella.

—Te hubiera suplicado que me perdonaras por dejar que el pasado interfiriera en el presente —le puso la mano en el vientre—. Y en nuestro futuro.

Ella se estremeció y los ojos se le llenaron de lágrimas.

—No llores, habibti. Esos hermosos ojos no deberían volver a verter lágrimas.

—Son las hormonas. Y las lágrimas son de felicidad.

Javid se las secó con los pulgares, mientras la esperanza se adueñaba de su corazón.

—También te habría dicho que te quiero, que la idea de vivir sin ti me aterrorizaba más de lo que me esperaba, a causa del trauma, y que haría lo que fuera para que me dieras otra oportunidad para recuperar lo que habíamos vivido en la isla.

Ella le deslizó la mano desde la mandíbula hasta la nuca.

—¿Sabes lo que te hubiera respondido?

—Dímelo —contestó él, emocionado.

—Que también te quiero, que solo deseo ser tu esposa, formar una familia y reinar contigo, no en tu lugar, porque eres un rey con mucho talento, mon coeur. Los habitantes de Riyaal tienen lo que necesitan y se merecen.

—Vuelve a llamarme así.

Ella sonrió.

—Mon coeur.

Él gimió y, por fin, besó a su esposa. Cuando, muchos minutos después se separaron, los ojos de ella brillaban. Y él se juró que no volvería a ser la causa de que aquel brillo se apagara.

Ella le acarició los labios con el pulgar, que él besó.

—Te quiero, Javid. Y estoy deseando que nuestra vida comience de nuevo y que nazca nuestra pequeña —se echó a reír—. Y me muero de ganas de conocer a tu madre.

—Pues no sabes lo que nos espera.

—Pero te encantan los retos. Sé que este también lo superarás.

Él volvió a besarla. Había encontrado la pieza que le faltaba a su corazón. Y cuando alzó la cabeza, la profundidad de su felicidad hizo que se tambaleara.

—Me dedicaré a ello, con una condición.

—¿Cuál?

Que lo que me acabas de decir, que me quieres y que deseas comenzar de nuevo nuestra vida, me lo digas en francés.

—Avec plaisir, mon amour.

## *Epílogo*

**C**INCO años después

Javid se acercó a su hermano en la cubierta del yate, que, con un vaso en la mano, observaba el impresionante despliegue que se desarrollaba ante sus ojos.

—Si quieres jugar, mi flota es mayor que la tuya.

Javid soltó una carcajada. En los últimos años reía con frecuencia. Uno lo hacía cuando era inmensamente feliz.

—No era mi intención, pero ahora que lo dices...

Observaron el desfile de barcos engalanados que constituía la clausura de la espectacular Fiesta de la Abundancia.

El abuelo de Javid había establecido dicha fiesta anual y, con el acuerdo entusiasta de Anaïs, su nieto la había introducido, hacía tres años, en Riyaal.

En otra época, Javid huía de los festejos como de la peste y buscaba una excusa para irse de Jukrat. Entonces, no veía motivos para estar agradecido por la llamada «abundancia», cuando carecía de lo que de verdad le importaba: amor y aceptación.

Ahora...

Una risa femenina sonó a sus espaldas, y los hermanos se volvieron. Javid observó la alegría en el rostro de Tahir al ver a su esposa embarazada.

El chiste que la reina Lauren contaba al grupo de amigas y familiares hizo soltar una carcajada a Anaïs, también embarazada, al tiempo que tapaba los oídos a Djamila, su adorable hija de cuatro años.

La niña se retorció para librarse y se puso a perseguir a su primo, que comenzó a gritar.

—Veo que tu hija está aprendiendo a torturar a los hombres —dijo Tahir en tono de burla—. Las cosas se equilibrarán, cuando nazca tu hijo.

—Mis hijos.

—¿Cómo? —preguntó Tahir, sorprendido.

—Vamos a tener gemelos, dos varones.

Tahir lo abrazó. Al separarse, Javid estuvo seguro de que su hermano estaba disimulando las lágrimas. ¿O tal vez era él?

Hacía tres días, el anuncio del médico había sido una tremenda sorpresa. Javid se debatía entre el júbilo y el miedo. Su esposa y su hija lo tenían embobado y, si se le añadían dos niños...

No estaba seguro de que en el corazón le cupiera tanto amor.

—Estoy orgulloso de ti, hermano —afirmó Tahir.

Javid asintió. Al cabo de unos segundos dijo:

—Hace un mes oí el rumor de que se había recomendado al consejo que resolviera una laguna legal para que mi esposa fuera reina.

—Debían asegurarse de que no hubiera fisuras. Y te merecías ser feliz, hermano. Los dos nos lo merecemos.

—Gracias.

Tahir sonrió y volvió a mirar a su esposa.

—Si soy el padrino de todos tus hijos, me lo habrás agradecido suficientemente.

—Trato hecho.

—¿Estás haciendo tratos durante los festejos? —lo reprendió suavemente Anaïs acercándose a él.

¡Qué hermosa era! Su juicio no era objetivo, por supuesto, pero cada día estaba más guapa.

Le pasó el brazo por la cintura, la atrajo hacia sí y la besó.

—¡Qué asco! —exclamó Djamila al aproximarse.

Ellos rieron. Javid la tomó en brazos. Tahir acarició el rostro de la niña, antes de irse a buscar a su esposa.

—Ya sabes que nunca pierdo la oportunidad de hacer tratos —dijo Javid.



—Sí —contestó ella, con los ojos brillantes—. Conozco ese rasgo tuyo.

—Pero ninguno se parece al que hice cuando me permitiste amarte —murmuró él.

—Arrêt, tu va me faire pleurer —susurró ella.

Él la besó en la mejilla.

—Llora todo lo que quieras, amor mío, siempre que sean lágrimas de felicidad.

Los ojos de ella, llenos de amor y felicidad, se clavaron en los suyos.

—Contigo, mon amour, lo son. Siempre.